Viviendo las Contradicciones

ENTRE BUITRES Y MARIPOSAS

Susan Classen

Montgomery Blair High Library
Silver Spring, Maryland

Viviendo las Contradicciones

ENTRE BUITRES Y MARIPOSAS

Susan Classen

M
B
C614c5
1996

Classen, Susan.

VIVIENDO LAS CONTRADICCIONES
Entre Buitres y Mariposas

Primera edición en inglés VULTURES AND BUTTERFLIES
Scottdale, Pennsylvania, USA: Herald Press, 1992

© Derechos en español reservados

EDICIONES SEMILLA - CLARA

SEMILLA
Apartado 371 - 1 Montserrat Zona 7
Ciudad de Guatemala
Guatemala

CLARA
Apartado Aéreo 57-527
Santafé de Bogotá 2
Colombia

Impreso en Colombia 1996

A mi Madre y Padre,
quienes me enseñaron cómo andar
a través de la senda
por la cual ellos vivieron y murieron.

Contenido

Prefacio de la Autora 7
1. Entrando en la Oscuridad 11
2. Llamada a Bolivia 21
3. Muerte y Gracia Misteriosa 33
4. Impotente para Estar Presente 43
5. Política de Manipulación 53
6. Aprendiando a Vivir en Medio del Sufrimiento . . 67
7. Bajo Arresto 81
8. Atrapada entre Mentiras y Verdades 95
9. "Primero Dios" 103
10. Dios está en Todas Partes 117
11. Odiando Toda Violencia 127
12. Herida, una y otra vez, Agotada 145
13. Lucha y Esperanza 155
14. Viviendo las Contradicciones 173
Notas 181
Autora 183

Hicieron posible esta obra:

Autor: Susan Classen

Traductor: Rubén Dario Nivia

Editora: Clara Helena Beltrán Suárez

Arte de Carátula: Martha Ordóñez

Diagramación del Texto e Impresión Laser: Fernando Gómez Lesmes

Oficina Responsable: Centro Latinoamericano de Recursos Anabautistas - CLARA

Impresión Litográfica: Editorial Buena Semilla, Santafé de Bogotá, Colombia.

Fecha: 1996

Prefacio de la Autora

Este libro nació de contradicciones: es el resultado positivo de mi lucha contra la impotencia y el dolor.

En 1989, me propuse pasar dos meses recorriendo Norteamérica, con el fin de compartir mis experiencias en El Salvador. Había completado un mes de mi itinerario cuando descubrí que no tenía la reservas físicas ni emocionales para continuar. Al día siguiente de haber cancelado los compromisos que tenía para ofrecer charlas, recibí una llamada por medio de la cual me informaron que mi padre tenía un tumor cerebral y que su pronóstico era desalentador. Fui a casa en Ohio para estar con él.

Durante los siguientes meses me sentí culpable y frustrada; culpable por haber dejado de compartir en un momento en el que los acontecimientos políticos hacían de la situación de El Salvador algo particularmente crucial, frustrada por no poder hacer nada por mi padre, aparte de acompañarlo en su muerte. Tenía que hacer algo.

Entonces decidí escribir. Escribí las historias de mis amigos salvadoreños cuyas experiencias había estado compartiendo en mis charlas. Escribí acerca de mi padre y de mis intentos por entender, tanto su sufrimiento como el del pueblo salvadoreño.

Envié mis escritos a algunos de mis amigos, entre los cuales estaban Joan y Michael King. Michael, un viejo amigo de la universidad, ahora editor de Herald Press, me llamó semanas más tarde animándome a considerar la posibilidad de escribir un libro.

Decidí aceptar el desafío y comencé a escribir este libro dos semanas después de la muerte de mi padre. Me sentía animada a medida que descubría que escribir era para mí una terapia. Entonces, retorné a El Salvador donde, durante los siguientes meses, experimenté la guerra como nunca antes la había vivido. Para entonces, agotada emocionalmente, sentí como si la violencia y la muerte estuvieran a punto de ahogarme. Sintiendo que tenía que salir, regresé a los Estados Unidos.

Inicialmente, escribir fue una excusa apropiada para tomar tiempo y luchar contra mi propia situación emocional. Podía justificar el "lujo" de estar lejos de El Salvador, porque estaba haciendo algo "útil", algo para "otros". Desde un comienzo he dicho que, intelectualmente, escribir era algo bueno para mí, sin embargo, me tomó varias semanas empezar a desarmar mis sistemas de defensa emocional para reconocer hasta dónde necesitaba sanidad interior. Tuve que dejar de escribir para otros y escribir para mí misma, tuve que admitir que manejar mis sentimientos no era un lujo, sino algo esencial para mi vida emocional y espiritual.

Permanecí en la Casa Madre Loretto, en un área rural de Kentucky, durante cinco meses muy intensos, procesando y escribiendo mis experiencias. Estoy altamente agradecida con las hermanas que tan cálidamente me acogieron en su comunidad, llena de oración y madurez. Estoy particularmente agradecida con Elaine, Susan Carol y Danielle, quienes me acompañaron, a su manera, mientras reviví mis 10 años en Latinoamérica.

Regresé a El Salvador pensando que, básicamente, había terminado de escribir. Cuando me enteré que Herald Press quería que le hiciera varias revisiones a mi escrito, me sentí frustrada. Mi proceso terapéutico había terminado, estaba ocupada. La vida había seguido su curso. Sin embargo, con el ánimo que me brindó Michael comencé a hacer las revisiones. Una vez más empecé con la actitud de que estaba escribiendo para otros. Me animé a medida que hacía los recortes; no era tan difícil como esperaba. Este trabajo confirmó que yo había superado

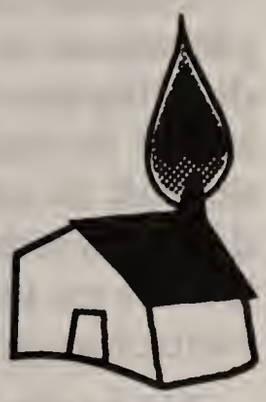
mis emociones y que me había aislado lo suficiente como para decidir qué era esencial en mi relato.

Una semana después de haber terminado mis revisiones, descubrí el hilo común que tejía mi vida. Ese hilo son las **contradicciones**. Dios está desafiándome a vivir las contradicciones de la vida, en lugar de querer resolverlas.

No entiendo la contradición de la esperanza que resulta del sufrimiento, pero la gente de El Salvador, tan llena de esperanza, da evidencias acerca de la verdad expresada en Romanos 5:3: "el sufrimiento produce perseverancia; la perseverancia, carácter; y el carácter, esperanza" (Rom 5:3, Nueva Versión Internacional - NIV). Las experiencias con la desgracia y la muerte, me han ayudado a reconocer, si no todavía a entender, la contradicción de la vida que renace de la muerte. Juan 12:24 (NIV) emplea la naturaleza para describir este hecho. "A menos que el grano de trigo no caiga en tierra y muera, solo quedará. Pero si muere produce mucho fruto". Mi propia lucha contra la impotencia me ha enfrentado cara a cara con la contradicción de que el "poder ... se perfecciona en la debilidad" (2 Cor 12:9, NIV).

Escribir ha sido una experiencia espiritual. No empecé con lo que quería decir y entonces lo escribí. Escribí y luego filtré las palabras hasta que descubrí lo que el Espíritu de Dios estaba tratando de enseñarme. Estoy muy agradecida con muchas personas que me apoyaron a lo largo de este proceso, particularmente con Kori, quien me alentó desde el principio. También estoy agradecida con los amigos que me ayudaron a hacer legible este manuscrito.

-Susana Classen
San Salvador, El Salvador



1

Entrando en la Oscuridad

20 de noviembre de 1990

Hoy hay guerra. Nunca había sentido tan real la posibilidad de mi propia muerte.

Me senté a escribir a la luz de una vela, en una pequeña aldea de la zona rural de El Salvador, ansiosa de registrar todos los detalles de los dramáticos eventos de ese día.

Después de pasar algunos días en San Salvador, salí a las seis de la mañana en bus para asistir a una reunión en la ciudad de Chalatenango, cerca de mi casa. El viaje transcurría sin contratiempos hasta que, a unos 15 kilómetros de nuestro destino, un camión del ejército que bloqueaba la carretera, nos detuvo.

Los soldados nos ordenaron bajar del bus para revisar nuestros documentos. Un oficial preguntó si había extranjeros; me aproximé hacia él, preocupada de que no me permitiera continuar el viaje. Me sentí más tranquila cuando sólo me preguntó si llevaba una cámara conmigo. Luego, el oficial dijo de manera indiferente, que había habido enfrentamientos armados durante la noche en Chalatenango, que todo estaba bajo control.

Volvimos al bus. De repente, hubo disparos en las colinas cercanas; la gente a mi alrededor se agachó para protegerse, y el conductor comenzó a virar para devolver-

se. Tomé un minuto para decidir si me bajaba del bus o no; estaba pensándolo cuando una mujer a quien conocía se me acercó, y me sugirió que podríamos bajarnos juntas. Estar con alguien más me pareció lo mejor, así que nos bajamos junto con otras diez personas.

Fuimos a una casa cercana donde un buen número de personas se había reunido; después de una media hora de disparos ocasionales, 15 de nosotros nos dirigimos hacia la ciudad. Encontramos personas sentadas en las aceras frente a sus casas, una cuadra abajo del cuartel y del convento donde el enfrentamiento había tenido lugar. De vez en cuando había un disparo tan cercano, que podía escuchar cómo silbaba sobre nuestras cabezas.

No pude llegar hasta el convento como lo tenía planeado, así que cuando dos de las personas con las cuales estaba dijeron que iban al pueblo de Guarjila, decidí unirme a ellas. Si no podía llegar a casa en Las Vueltas, ir a Guarjila era la mejor opción. A medida que nos dirigíamos hacia la carretera a Guarjila, me sentí aliviada, pensando que estábamos dejando atrás el lugar del enfrentamiento armado.

En el sitio en donde habitualmente había un retén militar, comenzamos a encontrar soldados heridos que trataban de llegar a la cuidad. Algunos estaban caminando, otros iban a lomo de caballo o eran transportados en hamacas; todos parecían atemorizados y temblorosos.

Por la gente que iba por la carretera nos enteramos de que había habido enfrentamientos en Tepeyac, que se encuentra a unos 45 minutos a pie de donde nos encontrábamos. Mientras caminábamos, la pareja de Guarjila y yo discutimos qué hacer. Cuando escuchábamos disparos, esperábamos hasta que volviera la calma, y luego continuábamos.

Cinco minutos más tarde hubo disparos tan cerca, que vi la grava saltar donde caían las balas. Nos devolvimos corriendo hasta la casa más cercana; allí esperamos hasta que vimos la ambulancia de la Cruz Roja que llegaba a evacuar a cinco soldados heridos. Yo había contado 20 soldados heridos desde que dejamos la ciudad.

Nos habíamos puesto en camino de nuevo y ya habíamos pasado la iglesia, cuando unos soldados nos ordenaron regresar. Nos llevaron al portal de una casa donde un oficial nos preguntó hacia dónde nos dirigíamos y revisó

nuestros documentos; fue bastante amable dadas las circunstancias, pero transmitió por radio nuestros nombres al cuartel.

Acababa de transmitir el mensaje, cuando la guerrilla atacó desde una posición directamente al frente del portal abierto. El oficial se tiró al piso y comenzó a disparar su arma; periódicamente, gritaba a través de su radio dando órdenes a los soldados dispersos a nuestro alrededor. Nosotros nos agachamos junto al oficial, detrás de la única protección disponible, un horno de barro. El tiroteo posiblemente no duró más de 15 minutos, pero pareció una eternidad.

Esa noche escribí mis pensamientos en mi diario.

> ¡Atrapada en un puesto de un comando militar que estaba siendo atacado! Mi principal pensamiento fue "¡Qué manera de morir!" Parecía una manera inútil de dejar de existir. Mi corazón latía aceleradamente, pero mi mente estaba funcionando conscientemente. Mentalmente repasaba cómo había hecho para llegar a esta situación, pero no podía pensar en alguna mala decisión en particular, dado lo que conocimos con el transcurso del tiempo.
>
> Había una canasta de alambre colgando de un poste a mi lado. Estuve absurdamente consciente de que había ocurrido otra tanda de disparos, no sólo por el ruido atronador que sonaba en mi cabeza, sino también porque veía la canasta saltar y bailar a medida que el suelo se estremecía sacudiendo la casa. Sentí la tensión en mi cuerpo, mientras que, sin poder hacer nada, aguardaba el impacto de un disparo. ¿Dónde daría el impacto? El pensamiento de morir no fue todo lo que me atemorizó, pero lo que sí me pareció un desperdicio, fue morir en un puesto de un comando militar.

Me sentía entumecida cuando recordaba los eventos del día; todavía no estaba en un ambiente seguro que le permitiera a mis sentimientos salir a flote. Tanto mi mente como mi cuerpo estaban en alerta.

> Nunca olvidaré al oficial agachado en el piso a mi lado. Tenía la gorra erguida sobre su cabeza y el sudor le escurría por la cara. En un momento, nuestros ojos se encontraron; él sonrió. Su mirada desesperada se desvaneció en sus ojos por un instante. "¡Qué vida!" exclamó, moviendo la cabeza.

Un militar salvadoreño y una pacifista norteamericana, qué pareja más dispar! Sin embargo, logramos tener un

contacto más humano al reconocer lo absurdo de la guerra.

Cuando terminó la escaramusa, otro oficial se acercó y juntos discutieron qué hacer con nosotros. Estaban tensos y atemorizados y no querían hacerse responsables de la vida de civiles, y en especial, de la de una extranjera. Luego, trataron de persuadirnos de regresar a Chalatenango.

Les agradecimos y nos alejamos apresuradamente, pero en el camino decidimos rapidamente continuar hacia Guarjila. Estábamos en la línea de fuego. Cruzarla nos proporcionaría seguridad, en tanto que volver a Chalatenango hubiera significado regresar por en medio de la batalla.

Prácticamente tuvimos que correr hacia una tienda cercana, pasando junto a un soldado muerto en el camino. En la tienda fuimos muy bien recibidos. Después de 20 minutos sin disparos continuamos nuestro camino; nuestra única preocupación fue un avión A-37 que estaba bombardeando la zona. Al salir de la tienda, hallamos a otro soldado muerto, y 200 metros más adelante, nos encontramos con una patrulla de la guerrilla.

Justo antes de Guarjila vimos una docena de buitres. Yo los divisé desde lejos y tuve temor de que nos encontráramos con otro cadáver en la carretera. Nunca supe qué era lo que buscaban. A medida que nos acercabamos los buitres volaron hacia una cerca. Entonces descubrí cientos de mariposas amarillas y blancas, paseándose en el mismo lugar. Y nosotros pasamos por en medio de su gracioso vuelo.

> Buitres y mariposas. Estos símbolos tan contradictorios de la vida y la muerte me estremecieron. Los buitres parecían tan grandes y tan poderosos!, sin embargo, las mariposas también estaban allí, todo el tiempo. Me pregunté acerca del bien y del mal en mi vida. ¿Le permito al mal cobrar tanta importancia que pierdo los cientos de pequeños regalos del bien?

En Guarjila me enteré que la batalla no era sólo en esta área. Había comenzado una campaña militar de los rebeldes salvadoreños, con ataques simultáneos en todo el país. Continué mi viaje hacia una aldea vecina para pasar la noche, y al siguiente día caminé hasta mi casa en Las Vueltas.

Durante las siguientes semanas experimenté la guerra como nunca antes. Hicimos lo mejor que pudimos para ayudar a cuidar a las víctimas; algunas de ellas sobresalen en mi mente. Berta, de 14 años de edad, a quien un mortero mató mientras trabajaba en la parcela de su familia, donde cultivaban maíz; Ramón, un combatiente guerrillero; y Martín, un soldado del ejército gobernante. Todos ellos eran seres humanos necesitados de atención médica. Estuve inmersa en el dolor, el sufrimiento y la muerte, desprovista de cualquier defensa emocional que me permitiera llegar a deshumanizar a la gente y convertirla simplemente en "enemigos" anónimos.

Ramón fue uno de nuestros primeros pacientes heridos gravemente; debido a su condición, nuestra pequeña clínica rural fue usada como unidad de cuidados intensivos. Los trabajadores en salud de nuestro pueblo y yo, no nos sentíamos capaces; yo era enfermera y ellos eran campesinos con primero o segundo grado de educación básica, entrenados para ayudar en la prevención de enfermedades y brindar atención primaria en salud. No estábamos preparados para pacientes como Ramón, pero por fortuna estaba con nosotros Blanca, una doctora que trabajaba en el área.

Una bala le había destrozado la mandíbula a Ramón, y Blanca decidió que necesitaba operarlo. Nos preparamos lo mejor que pudimos. Esterilizamos los instrumentos en una lata grande sobre una hoguera, colocamos una mesa sobre bloques de madera para que pudiera servir como mesa de operaciones y colgamos una botella de suero con la ayuda de un lazo atado a una viga del techo.

Era como la medianoche cuando comenzó la operación. Las sombras creadas por la lámpara Coleman danzaban como fantasmas sobre las paredes. Una persona sostenía una linterna para que Blanca pudiera ver bien, mientras que otros le ayudaban a manejar los instrumentos a medida que ella los requería.

A la mañana siguiente, Ramón todavía estaba recuperándose del efecto de la anestesia, cuando comenzó a sangrar y dejó de respirar. Se necesitaba un tubo endotraqueal para ayudarle a respirar, pero el único que teníamos disponible era demasiado grande, y Blanca no pudo introducirlo a través de su garganta.

Los segundos transcurrían. Ante la desesperación, Blanca decidió finalmente hacer una traqueotomía. Pues-

to que no teníamos electricidad y mucho menos un respirador, le di respiración a Ramón hasta que él comenzó a respirar por sí mismo de nuevo. Esto tomó cerca de 20 minutos. El único pensamiento en mi mente fue respirar rítmicamente dentro del tubo, viendo cómo subía su pecho y dejaba salir el aire a medida que sus pulmones se comprimían.

Más tarde, Blanca me dijo que se había sentido tan exhausta durante la operación de Ramón, que sintió como si ella estuviera por encima, mirando hacia abajo lo que estaba ocurriendo. También me dijo que mientras ella me observaba soplando a través del tubo que mantenía con vida a Ramón, la imagen de mi padre pasó fugaz por su mente.

Mi padre había muerto hacía tres meses de un tumor cerebral y mis emociones estaban aún a flor de piel. Sabía, desde la muerte de mi madre en 1981, que un proceso de duelo es largo y yo quería darme el tiempo y el espacio necesarios para procesar la muerte de mi padre.

Sin embargo, una vez que regresé del funeral de mi padre a El Salvador, me absorbieron las exigencias del trabajo. Muy pocas veces dejaba aflorar mis sentimientos. Me había acostumbrado tanto a reprimir mis emociones, que no pude dejar brotar las lágrimas, aun cuando tuve la oportunidad de hacerlo.

La visión que tuvo Blanca de mi padre me conmovió profundamente; a pesar de que había sido difícil, mi padre me había apoyado para estar en El Salvador, incluso durante los ocho meses que duró su enfermedad. Ayudar a Ramón a respirar se convirtió en un símbolo que me recordaba que el sacrificio de mi padre no había sido en vano.

A la tarde siguiente de llegar a mi casa, dos de los miembros de nuestro equipo de trabajo en San Salvador llegaron inesperadamente a Las Vueltas. Yo sabía que mis compañeros de trabajo se preocuparían por mí cuando escucharan acerca de los combates en Chalatenango. Por esa razón le había pedido a una amiga que llamara tan pronto como tuviera acceso a un teléfono. Sin embargo, me estremecí cuando me enteré de lo que había pasado durante las 48 horas antes de la llamada que había hecho mi amiga para avisar que yo estaba bien.

Justo después que el oficial en Tepeyac transmitió mi nombre por radio al cuartel, comenzaron los enfrentamientos; en el momento en que se transmitió el mensaje por radio, un asesor militar de los Estados Unidos estaba presente en el cuartel. Al oir mi nombre llamó a la embajada de los Estados Unidos y dijo que yo había sido detenida y que me encontraba en medio del combate.

Después de recibir este mensaje del asesor de los Estados Unidos, el cónsul llamó a los directores de nuestro equipo de trabajo, quienes pasaron los siguientes dos días buscándome. Después que los oficiales presentaron su quinta o sexta versión diferente sobre lo que había sucedido, mis amigos comenzaron a preguntarse qué estaba tratando de ocultar el ejército. La situación se había polarizado: o estaba a salvo en Las Vueltas, o me encontraba en un problema serio, quizás muerta. Se les notificó a las redes de emergencia y enviaron telegramas a mi favor.

Durante los siguientes días comencé a darme cuenta que la tensión me estaba abrumando. Los hilos estaban enredados: mi duelo, la tensión de la actividad militar, las sobredemandas del trabajo excesivo en la clínica. Por todo ello me invadía una sensación de pesadez.

El día en que mi padre hubiera cumplido 66 años, acompañé a Gloria al cementerio. Su hijo había sido asesinado recientemente y ella quería visitar su tumba.

9 de diciembre de 1990

Gloria estaba tan triste, que de sólo mirarla me dieron ganas de llorar. Sin embargo, ella mencionó varias veces que era un consuelo saber que el cuerpo de su hijo había recibido cristiana sepultura y no que se lo hubieran tragado los buitres.

Cuando llegamos al sitio Gloria dijo que no quería una cruz de madera para la tumba de su hijo, porque la madera se pudre. En ese momento, un amigo recordó que algunos hombres habían amontonado una pila de cruces viejas de cemento, cuando estaban cortando el pasto. Mirando por entre la maleza crecida, él encontró las cruces y escogió una que todavía estaba en buen estado y no tenía ninguna inscripción. Otra persona se ofreció voluntariamente a pintar sobre la cruz el nombre del hijo de Gloria. Ella estaba contenta aunque la lápida fuera usada, pues los pobres ni siquiera pueden tener asegurado un funeral y una lápida!

Algunos días después, Berta, una adolescente, fue asesinada. Ella y su hermano estaban trabajando en su parcela cuando cerca de ellos explotó un mortero disparado desde la base militar de Chalatenango; ese mismo día yo regresaba de San Salvador con el pequeño ataúd de un niño de dos años de edad que había muerto de leucemia. Camino al cementerio para sepultar a Berta, encontramos el cadáver de un guerrillero. Sentí como si la muerte estuviera golpeándome por todos lados. En las últimas tres semanas habían ocurrido 11 muertes que tenían relación conmigo.

Luchar en contra de la realidad de la guerra y de la violencia se hacía más difícil al estar en contacto tan cercano tanto con los rebeldes del FMLN (Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional), como con los soldados del ejército del gobierno salvadoreño. Puesto que el pueblo donde yo vivía estaba bajo el control del FMLN, yo había tenido mayor contacto con la parte humana de los combatientes rebeldes. Sin embargo, Martín, un soldado del ejército gobernante, me hizo recordar que ellos también eran seres humanos.

Le prestamos atención médica a Martín en la clínica. Me di cuenta que tenía un tatuaje que decía "Gladys" y le pregunté que si ella era su novia. Se quedó en silencio por un minuto. Luego dijo que ella había sido su novia, pero que se había suicidado hacía 10 meses, al enterarse que él había sido reclutado por el ejército.

¿Qué podía decir yo? Martín fue uno de los miles de jóvenes obligados a conformar las filas del ejército. Iba hacia su casa cuando los soldados detuvieron el bus en el que viajaba y reclutaron a todos los hombres jóvenes que no tenían limitaciones físicas.

Mis reservas emocionales estaban agotadas. Estaba perdiendo la capacidad de seguir adelante, me sentía como si estuviera envuelta en tinieblas. La actividad militar terminó antes de Navidad y tuve un poco de tiempo para aclarar qué estaba sucediendo conmigo.

20 de diciembre de 1990

Creo que he identificado parte de aquello contra lo cual necesito luchar. El mes pasado vislumbré una oscura realidad que influencia todo cuanto me rodea. Maldad, violencia, dolor, sufrimiento, muerte. Es como si un abismo se abriera de repente y me encontrara cara a

cara con la oscuridad. Pero tan pronto como se abrió, así mismo se cerró.

¿Y ahora, qué? ¿Pretender que, después de todo, el abismo no existe? Si me permito a mí misma creer que esto sí existe, entonces nada en la superficie puede permanecer tal como ha aparecido.

Pero estamos en tiempo de Adviento. Una luz brilla en la oscuridad. Una luz desciende lentamente de las alturas iluminando las terribles tinieblas. Nunca he sentido la necesidad de la luz o del poder de la imagen como la siento ahora. "Oh ven, oh ven Emanuel" es el clamor profundo de mi alma.

La oscuridad me aterrorizaba. ¿Qué tán cerca estuve de sucumbir ante ella? ¿Qué necesitaba para tratar con ella?

Mary Jo Leddy escribe, "La oscuridad que reposa en nuestro propio subconsciente puede desvanecerse al involucrarnos en el sufrimiento de otros."[1] Para entender la oscuridad que se había desatado, primero tenía que volver a donde comencé a experimentar el sufrimiento.

Empecé con mi decisión de ir a Bolivia en 1981, la enfermedad y la muerte de mi madre y la muerte de algunos de mis vecinos bolivianos. Leyendo mis diarios, cartas e informes reviví experiencias del pasado. Me sorprendió la intensidad de los sentimientos que surgieron en mí.

A medida que me acerqué a las experiencias corrientes en El Salvador, necesité mayor tiempo para procesar mis emociones. Necesité un ambiente apacible para luchar contra mi impotencia, mi enojo y mi miedo. Requerí de un espacio de reflexión para poder sentir el sufrimiento de mis amigos salvadoreños y para vivir el duelo por la muerte de mi padre.

Esta historia ha surgido de mi caminar a través de tales experiencias dolorosas. Me arriesgo a compartir una historia todavía en proceso, una historia tan frustrante en su realidad, que no ofrece soluciones ni conclusiones definitivas. La comparto con la confianza de que, aunque las circunstancias pueden ser únicas, los cuestionamientos están relacionados con el corazón de la experiencia humana. Y comparto esta historia con la esperanza de que hallaremos la integridad en la medida en que humildemente permitamos que los hilos de nuestras vidas se entretejan.

2

Llamada a Bolivia

Era el 25 de julio de 1981. El día de la partida había llegado y yo estaba saliendo para Bolivia. Otros cinco nuevos voluntarios del Comité Central Menonita y yo, estábamos en el aeropuerto de Filadelfia en nuestra ruta a Miami, antes de continuar hacia Santa Cruz, Bolivia. Chris, Sue y Trula, excompañeros de vivienda, habían venido a despedirse, al igual que Joan con su bebé recién nacido.

Pero el tiempo de las despedidas emocionales había pasado. ¿O no? Quizá mis sentimientos sólo estaban reprimidos y enterrados profundamente. O, ¿era la gracia de Dios habilitándome para seguir adelante? No lo sé. Sólo sé que me sentí indiferente y distante.

Anunciaron nuestro vuelo, nos abrazamos rápidamente y luego abordé el avión. Las sillas habían sido asignadas y, por casualidad, los otros voluntarios habían quedado juntos, mientras que yo estaba sola, algunas filas detrás de ellos, lo cual era conveniente para la forma como me sentía. Sola. Aislada. Ni me entendía a mí misma, ni me sentía comprendida.

Me senté atrás. Dejé escapar algunas lágrimas, contradiciendo mi sensación superficial de indiferencia. Dos semanas antes le había dicho adiós a mi madre, quien estaba muriendo de cáncer. ¿La volvería a ver de nuevo?

Y si así fuera, ¿bajo qué circunstancias? ¿Cuánto tiempo pasaría antes de tener que volver para su funeral?

A la edad de 23 años, estaba experimentando la realidad del dolor personal por primera vez. De manera sorprendente mi vida había estado libre de dolor hasta un año antes, cuando a mi madre se le diagnosticó por primera vez cáncer del seno. Yo no conocía la sombra de la duda, la ansiedad de sentirse sin el control de la situación, o la tensión de vivir con lo desconocido. No había sentido enojo ante la injusticia o el temor de ser empujada hacia mi límite. Yo sólo sabía que estaba embarcada en un viaje y que estaba siguiendo el llamado de Dios.

Crecí sabiendo que algún día iría a trabajar al extranjero con el Comité Central Menonita (CCM). Mis padres habían trabajado con el CCM en un hogar para niños en Francia después de la segunda guerra mundial. Sus valores de servicio y de apertura a las necesidades del mundo habían marcado mi infancia. Ellos supieron lo que era abandonarlo todo y continuar el camino. Entendieron la riqueza de los valores cristianos y la herencia menonita que estaba más allá del legalismo y de los atavíos culturales; y aceptaron el sacrificio personal de promover esos valores, dándome su bendición para trabajar con los pobres, aún cuando mi madre, y nueve años más tarde mi padre, estuvieran muriendo de cáncer.

Me gradué como enfermera en Eastern Mennonite College en 1979 y comencé a trabajar en un hospital grande en Richmond, Virginia. Un año más tarde, me sentía en desasosiego. Trabajar en una unidad especializada en cuidados intensivos era interesante y desafiante, pero estaba incómoda con los dilemas éticos. Vi a muchas familias luchando en contra de decisiones dolorosas promovidas por los avances de la tecnología. ¿Debían apagar el respirador y ver a su ser querido morir? o ¿debían dejarlo vivir con él encendido?

Me asombraban los costos de la medicina altamente especializada. Estábamos gastando cientos de dólares por día para mantener con vida a pacientes declarados muertos cerebralmente, mientras que en otras partes del mundo los niños estaban muriendo por falta de antibióticos básicos. Sabía que el recorte de los gastos médicos en los Estados Unidos no ayudaría a los niños en el tercer mundo, pero la decisión de dónde trabajar, era mía. Si

quería, podía practicar la enfermería en cualquier lugar en donde ni siquiera existiera la atención médica básica.

Parecía que este era el momento adecuado para solicitar el voluntariado con el CCM. Pensé dónde me gustaría trabajar. Bolivia me había intrigado desde la noche que había escuchado las historias de un exvoluntario que iba a caballo o en motocicleta a villas remotas para capacitar promotores de salud. No estaba particularmente interesada en Africa o en Asia, y prefería aprender el español en vez del portugués hablado en Brasil. No podía alegar ningún motivo altamente espiritual para querer ir a Bolivia. ¡Me incitó mi sentido de aventura!

Estaba tramitando mi solicitud al CCM cuando mi padre me llamó para decirme que a mi madre se le había hallado un tumor en un seno, y se le había programado una cirugía para el siguiente día. Era junio de 1980. Bajo la influencia de un ambiente en donde la tecnología era dios, yo tuve por seguro que, aunque el tumor fuera maligno, una mastectomía solucionaría el problema. La distancia y la presunción de que todo saldría bien, porque así había sido siempre en el pasado, no me permitían aceptar la realidad, aún cuando mi padre me volvió a llamar para decirme que mi madre tenía cáncer y que los cirujanos no lo habían podido erradicar completamente.

Había sido educada para ser sensible pero no paranóica ni temerosa de lo que la vida tenía para ofrecer. El sentido común de mi padre había calmado a muchas personas ansiosas cuya imaginación había volado desmesuradamente pensando en todas las cosas malas que podrían suceder. Pero su sentido práctico se transformó al caer en cuenta de que algunas veces, las cosas malas sí ocurren. Yo aún estaba asumiendo ingenuamente que las cosas malas no me sucederían a mí. Mi suposición estaba basada en los 22 años durante los cuales había experimentado la vida como algo positivo y predecible. Todavía no había aprendido que la vida es dura.

En Diciembre me había trasladado a Ohio para pasar algunos meses con mi familia y para rehacer el contacto con mi iglesia nativa antes de ir a Bolivia. Aunque había estado en estrecho contacto por medio de las cartas y de las llamadas telefónicas, no pude luchar contra la realidad de la enfermedad de mi madre sino hasta cuando me trasladé a casa. El hecho de que, aunque me conmueve escuchar del sufrimiento de alguien no me afecta hasta

cuando me involucro directamente en su sufrimiento, parece estar sujeto a un patrón.

Las cuestiones sobre la teología de la fe que sana llegaron a ser un dilema para mí. Me uní a las fervientes oraciones por la salud de mi madre. Cuando la duda levantaba su sombra, yo rápidamente la suprimía. Temía ser culpable si ella no se curaba, pero cuando vi a mi madre luchando en contra de la misma cuestión, empecé a sentir resentimiento contra los cristianos que hacían que una mujer devota dudara de su fe. ¿Cómo se atrevían a sugerir que era responsabilidad de mi madre el no ser sanada? ¿A qué clase de Dios oraban ellos?

Particularmente me llamó la atención una mujer con un ojo postizo, quien insistía que Dios le había sanado el ojo, aunque años más tarde ella continuaba esperando ver los resultados. No quería tener nada que ver con una teología que no pudiera encarar la realidad. Así que comencé un proceso progresivo para tratar de entender lo que la vida me enseña acerca de Dios.

En marzo, los resultados de los exámenes indicaron que el cáncer se estaba extendiendo a pesar de la quimioterapia. Mi madre comenzó una serie de tratamientos radioactivos que tenían efectos colaterales que la hacían sentirse cada vez más enferma, pero ella muy rara vez se quejaba. Su terapia se llevaba a cabo en el sótano de la casa, donde ella escuchaba grabaciones de pasajes bíblicos y trabajaba en una colcha que estaba haciendo para mí. Ella había hecho colchas para mis dos hermanas mayores, como regalo de bodas, y había decidido que yo debía recibir la mía también.

Me sentí culpable por querer ir aún a Bolivia. ¿Cuáles eran mis motivaciones? ¿Estaba tratando de escapar? Sentía la presión de otros. Después de todo, yo era enfermera, la más joven de la familia, y soltera. Esto le daba sentido al hecho de permanecer en casa. Pero mis padres me brindaban su apoyo sin importar la decisión que yo tomara.

El 11 de marzo nuestra iglesia decidió dedicar el día a orar y ayunar por mi madre. Yo dediqué el día a preguntarle a Dios qué debía hacer. Después de pedirle que purificara mi corazón, escribí mis pensamientos. Lo que surgió fue una sensación de gratitud porque nuestra familia había sido rodeada de tanto amor y apoyo; estábamos cosechando el fruto del amor que mis padres

habían sembrado en medio de muchas personas de nuestra joven iglesia, ubicada en las afueras de la ciudad. Esas personas querían ansiosamente recompensar el apoyo que mi madre les había ofrecido de manera tan espontánea.

Sin embargo, se me ocurrió que la mejor retribución que yo podía dar no iría directamente a mi madre, sino a aquellos a quienes ella siempre había tratado de ayudar, a aquellos a quienes nadie más ayudaba. Sentí el llamado de Dios a continuar con los planes de ir a Bolivia.

Al final del día nos reunimos unas 50 personas y yo les compartí mis pensamientos. La decisión de ir fue respaldada con lágrimas de afirmación. Esto sigue siendo para mí un ejemplo de la función facilitadora del cuerpo de Cristo. Yo podía irme porque otros se habían ofrecido a tomar mi lugar en mi casa.

Sin embargo, este testimonio pertenece en primer lugar, a mis padres. "Nosotros dedicamos tu vida a Dios cuando eras un bebé, y lo dijimos en serio", dijo mi padre, con voz entrecortada por la emoción.

Yo sabía que el más alto valor que ellos querían ver en mí era la fidelidad a Dios. Ellos estaban en capacidad de dejarme ir y permitir que otros llenaran el vacío que dejaba.

El alivio de haber tomado la decisión fue reemplazado rápidamente por el dolor de llevarla a cabo. Con cada nuevo dolor nosotros nos preguntábamos si el cáncer se estaba expandiendo. Los siguientes cinco meses los vivimos de una a otra consulta con el doctor. Algunas veces las noticias eran buenas, otras veces eran malas. Pero, por lo general, no había nada que hacer sino esperar.

Esperar, esperar, siempre esperar. Después de todo, sentía que era capaz de manejar mejor las malas noticias, que el no tenerlas. Si sólo supiera contra qué estaba luchando! Pero luego empecé a criticarme a mí misma. "¡Qué mal agradecida! ¿No amaba yo a mi madre? ¿Cómo podía preferir saber algo, sea lo que sea, antes que el limbo de esperar?"

Fue difícil vivir un solo día a la vez. Fue difícil no tener temor del futuro. Fue difícil estar en casa. Fue difícil haberme ido. Fue difícil esperar noticias. Fue difícil escuchar malas noticias. Aquellos meses fueron difíciles

y no había escapatoria, estaba aprendiendo que la vida no siempre es fácil.

Una vez que llegué a Bolivia me sentí atrapada por la visión y los sonidos de que estaba en un lugar nuevo y extraño. Mi casa y mi familia rápidamente pasaban a un segundo plano, pero regrasaban con dolorosos sobresaltos cuando recibía una carta o permitía que mi mente vagara.

El equipo del CCM en Bolivia era grande, con unos 40 voluntarios, sin contar los niños. El centro del CCM me recordó una casa para campamentos, con sus camas camarote, colchones duros, pisos en baldosín y muebles sencillos. Rápidamente me acostumbré al olor a humedad. El patio era un mosaico de jeeps, flores, motocicletas, grama, carretas de tiro y caminos entrecruzados.

Al segundo día de estar allí me trasladé a la casa de una familia boliviana con la cual estuve viviendo durante los tres meses que pasé estudiando el idioma. Aunque mi "madre boliviana" fue muy amable conmigo, me di cuenta inmediatamente que ella no podía hablar con Sonia, su empleada, sin gritarla.

Me dijeron que hasta las familias de clase media tenían empleadas, puesto que la mano de obra era barata; Y lo era. Cuando tuve la oportunidad de hablar a solas con Sonia me enteré que ella ganaba el equivalente a 32 dólares mensuales, trabajando seis días y medio a la semana. Sus pertenencias se mantenían en un pequeño pasillo al lado de la casa y ella dormía en la sala.

Me molesté aún más cuando Reina, una niña de 10 años de edad, era tratada como si fuera una esclava.

"Oh, ella es una niña huérfana a quien nosotros adoptamos", me respondió mi madre boliviana, cuando le pregunté acerca de Reina. "Nosotros le damos un lugar para vivir y la enviamos a la escuela a cambio de la pequeña ayuda que nos da en la casa."

Ella obviamente pensaba que le estaba haciendo un favor a Reina, pero me hizo dudar el ver a la pequeña luchando con una carga de trabajo que para ella era imposible realizar.

Algunos días más tarde yo estaba en el cuarto de al lado escuchando la rabieta normal de mi madre boliviana contra Reina. De repente, me di cuenta que estaba golpeando a Reina con un cinturón de cuero húmedo. Me

sobrecogí ante cada golpe estridente sobre su piel desnuda.

¿Debía yo intervenir?, me pregunté. Y si yo fuera ahora para detenerla, ¿la golpearía más fuerte una vez que yo me fuera? ¿Cómo podía razonar con ella si ni siquiera yo podía hablar español? Estaba tratando aún de decidir cómo acercarme, cuando el castigo cesó. Más tarde me enteré que Reina había sido castigada por estar atrasada en sus tareas escolares, así que me ofrecí para ayudarle. Mientras yo aprendía que la vida era dura para mí también, estaba empezando a comprender que la vida es dura además de injusta para muchos otros. ¿Cómo podía yo responder apropiadamente?

Después de un mes de estudio intensivo del idioma, hicimos nuestro primer viaje a la distante área rural conocida como "el campo". Había conseguido alguna información fragmentada, interesante, acerca del misterioso mundo en el campo y estaba ansiosa por conocerlo por mí misma.

Me enteré que las piernas de Nancy, marcadas con pequeñas y supurantes llagas de picaduras infectadas, eran conocidas como "piernas del campo," y que yo podía esperar lucir igual. También supe que Ronaldo llevaba puesto un collar antipulgas en el tobillo porque en el campo había grandes cantidades de pulgas; y que Andrés se rascaba por todas partes y que le picaba, porque eso era lo que sus vecinos hacían en el campo.

Supe que cuando los voluntarios del CCM llegaban con la ropa desteñida y salpicada de barro, estaban precisamente llegando del campo. Llegaban llenos de historias acerca de su viaje a la ciudad; invariablemente relataban que el jeep se había dañado, una caminata por entre el barro, o cómo cruzar un río. También me enteré que nuestros profesores de español estaban consternados de escuchar a sus exalumnos hablar despreocupadamente la jerga vulgar que aprendían en el campo.

Fui con Dean, Timoteo y Débora a una de las regiones en donde recientemente había empezado a trabajar el CCM. El poblado de Nazaret había sido establecido hacía cinco años. Unas 25 familias en busca de tierra se habían trasladado desde las montañas densamente pobladas en el altiplano, descendiendo a las tierras tropicales bajas de Santa Cruz. Habían solicitado una enfermera y un promotor agrícola. Yo estaba interesada en el cargo por la

forma como el CCM trabajaba en la región. Luisa y Elizabeth vivían en El Mocho, a un kilómetro de distancia; Andrés y Marlene, tres kilómetros carretera abajo, en Galilea. Trabajaríamos juntos en equipo.

Hicimos el viaje de 90 kilómetros en un tiempo razonable, seis horas, pasando por caminos destapados y polvorientos. La visita transcurrió rápidamente, de manera que traté de empaparme de todo cuanto pude. Acostumbrada a acampar, no tenía problema al verme a mí misma vivir sin electricidad, agua o instalación sanitaria dentro de mi casa. Disfrutaba de las noches sosegadas y de las discusiones sobre "nuestro" trabajo, lo que me hacía sentir como una verdadera voluntaria del CCM. Sí, este era el lugar al cual podía pertenecer.

Aunque esperaban nuestro regreso a Santa Cruz para el lunes, decidimos esperar hasta el martes para que Andrés no tuviera que hacer un viaje especial para llevarnos al bus. Timoteo y Andrés subieron a la moto y fueron a Santa Rosa para llamar; no queríamos que alguien se preocupara al no vernos llegar el lunes. Cuando escuchamos la moto que regresaba a El Mocho, nos apresuramos a encontrarlos.

"Ha habido otro cambio de planes", dijo Andrés, montado a horcajadas en la moto; se bajó. "Susana, un telegrama llegó para ti el viernes."

Mi pecho se ahogó.

"Tu madre está peor, pero necesariamente no tienes que volver a casa de inmediato."

Estaba aturdida. No lo esperaba tan pronto. Sabía por sus dos ultimas cartas que ella no estaba bien pero, ¿cómo podía suceder esto tan rápido?

No tomó mucho tiempo hacer los arreglos para viajar a la mañana siguiente. A duras penas pude dormir esa noche, pero a la mañana siguiente, cuando salimos en un viaje por carreta de tres horas a Santa Rosa, de nuevo me sentí fascinada por los alrededores. La brecha entre lo que estaba pasando en casa y lo que sucedía a mi alrededor era demasiado grande como para tender un puente. Tenía que concentrarme en lo uno, o lo otro.

Llegamos cerca del medio día a Santa Rosa. Viví mi primera experiencia de subirme en buses repletos. Era el día siguiente a una fiesta del pueblo, así que muchos visitantes estaban regresando a sus casas. Todos los

asientos ya tenían dueño antes de que nosotros llegáramos; incluso el pasillo estaba atestado. Nos apretujamos y a empujones nos abrimos paso por entre la gente, acalorada y sudorosa; así logramos conseguir un espacio en el pasillo. El bus estaba tan lleno, que una vez levanté el pie y luego no pude encontrar lugar para ponerlo de nuevo en el piso. Permanecimos de esta manera por espacio de una hora, esperando que el bus partiera.

Luego nos tomó dos horas recorrer los 36 kilómetros hasta la carretera pavimentada y otra media hora hasta el siguiente pueblo, donde se bajaron suficientes personas como para dejarnos espacio para respirar. Me asombraba ver que nadie estaba molesto por lo que para mí parecían ser condiciones casi intolerables. ¡Hasta los bebés dormían!

Finalmente, llegamos a Santa Cruz al comenzar la noche. A medida que yo caminaba por el centro del CCM mi mente se trasladaba a casa. En el momento en que tomé el telegrama mis manos estaban temblando; me sentía como si fuera una bola que estaba saltando entre dos mundos. Abrí el telegrama y lo leí rápidamente. Era peor de lo que yo esperaba.

Leí más detenidamente. "El cáncer se ha extendido al hígado ... hospitalizada ... incapaz de caminar o alimentarse por sí misma .. mente confusa frecuentemente."

Sara, una voluntaria cuyo padre había muerto de cáncer algunos años antes, me acompañó a llamar a casa por intermedio de un radioaficionado. Logramos hacer el contacto pero mi padre no estaba en casa, así que tratamos de hacerlo de nuevo más tarde. En esa ocasión logramos hacer el contacto con mi cuñado, quien nos indicó a dónde podíamos llamar a mi padre.

Finalmente la voz de mi padre llegó a través de la radio, poco nítida pero entendible. "El doctor dice que puede tomar días o semanas, pero que ella no saldrá del hospital con vida." Me di cuenta que era el momento de regresar a casa.

Mi mente funcionaba, pero mis sentimientos estaban como pasmados. Saber lo que inevitablemente sucederá no detiene el impacto que ocasiona cuando finalmente ocurre. Comenzamos a hacer arreglos para mi retorno a los Estados Unidos, pero mi pasaporte estaba en La Paz,

debido a los requerimientos exigidos para obtener la visa en el país. No sabía cuánto tiempo tendría que esperar.

Mi pasaporte llegó al segundo día, y yo salí esa misma noche. Durante el viaje pensé acerca de la manera como había vivido este tiempo. Sólo había estado en Bolivia cinco semanas. Si yo hubiera sabido que mi madre iba a ponerse peor tan rápidamente, no habría salido cuando lo hice. Sin embargo, esas cinco semanas fueron cruciales para confirmar que yo quería trabajar en Bolivia y que existían personas listas a apoyarme. ¿Habría ido si hubiera esperado? No lo sé.

Llegué a casa el tres de septiembre; mi padre me recibió en el aeropuerto y fuimos directamente al hospital. Por un momento pensé que mi madre iba a morir esa misma noche. Era difícil verla jadeando y luchando por respirar. Familiares y amigos tomamos turnos para estar con ella; el personal de la unidad de cáncer era flexible y comprensivo. El viernes mi madre parecía sentirse más relajada a medida que, alrededor de su lecho, cantábamos los himnos que a ella más le gustaban. El sábado en la mañana estuvo alerta; cuando la enfermera le preguntó si sabía que yo había regresado, ella respondió, "Susy está aquí." Esas fueron sus últimas palabras entendibles, palabras que permanecieron en mi memoria.

El sábado en la tarde volvió a empeorar y murió a las 8:15 p.m.

Mi padre y yo estábamos solos con ella. No fue una muerte tranquila. La describí en mi diario.

> Después de su última exhalación dejó escapar algunos gemidos grotescos. Su cara estaba deformada, en absoluto nada apacible o bonita. Los pensamientos sueltos en mi mente eran desordenados y confusos. Esta fue la peor muerte que yo haya visto, y he sido testigo de muchas muertes.
>
> ¿Dónde estaba Dios? ¿Dónde estaba esa paz de la cual yo siempre había oído? Fue horrible; me sentí más temerosa y confundida en esos momentos, de lo que nunca había estado. Luego, ella gimió una vez más y cuando la miré, había paz en su rostro.

Todavía me pregunto acerca de esos momentos finales. Inicialmente traté de entenderlos desde una perspectiva espiritual. Al estar trabajando en un hospital para ancianos, yo había visto morir a muchas personas. Muchos de ellos, no necesariamente cristianos, se fueron de una

manera apacible. Mi madre, quien vivió una vida cristiana ejemplar, literalmente atravesó el valle de sombra de la muerte. ¿Qué significó esto?

No tuve respuesta. Me aferré a la certeza de que Dios es el Dios de la vida y al hecho de que luchar por la vida es un instinto que Dios nos regala. Mi madre amó la vida y no se rindió fácilmente. Finalmente, aceptó la muerte, pero nunca se resignó a morir.

Más tarde pensé en su condición física. El cáncer se había extendido hasta el hígado y una afección en el hígado causa alucinaciones e imágenes distorcionadas. ¿Qué sintió y qué experimentó durante esos últimos momentos? Recordé que a Dios no se le puede encasillar. No podemos llegar a conclusiones espirituales definitivas a partir de eventos aislados. No necesariamente los cristianos morimos de una forma y los no cristianos de otra.

Los siguientes días pasaron en una confusión de lágrimas, abrazos, tarjetas y visitantes. Una vez que terminó el funeral, mi padre y yo llevamos a mi hermana de regreso a su casa en Kansas. Apreciamos la oportunidad de estar juntos en el carro y yo disfruté al escuchar las reminiscencias de mi padre. No creo que hayamos hablado sobre eso, sin embargo, sentí que nos necesitábamos el uno al otro de una manera especial. Mis hermanas tenían sus esposos y sus familias; mi padre y yo únicamente nos teníamos el uno al otro. Dejarlo solo en el aeropuerto cuando volví a Bolivia, fue uno de los más penosos adioses que he pronunciado en mi vida.

3

Muerte y gracia misteriosa

Mis ojos recorrieron el cuarto. ¿Se puede llamar esto una clínica?, me pregunté. Era pequeño, de 2,5 x 3,0 metros aproximadamente. El piso de tierra, disparejo, parecía un mapa en relieve, lleno de protuberancias y declives. Habían caído aquí y allá pedazos de barro seco de las paredes, dejando al descubierto las varas de bambú que habían sido revocadas con una mezcla de barro y grama. Una mesa curtida por la intemperie reposaba en un rincón del oscuro cuarto carente de ventanas. Un estante ligeramente ladeado, recostado contra la pared, contenía unos pocos medicamentos. Ni siquiera había una cama.

Pablo, de veintiséis años, un paciente que había llegado la noche anterior, yacía sobre una estera de paja. Observé el rápido movimiento de su pecho, subiendo y bajando. Respiraciones de sesenta por minuto; veinte es lo normal. No tenía mucha fiebre, pero su pulso estaba acelerado. Los miembros de su familia dijeron que había estado vomitando durante cinco días. Los músculos del cuerpo estaban contraídos a causa de la deshidratación.

Sus parientes, quienes habían venido de una pequeña aldea en medio del monte, se sintieron aliviados cuando llegaron a la pequeña clínica en Galilea. El ambiente rudimentario no ofrecía mucho, pero lo estaba comparando con la unidad de cuidados intensivos donde yo solía

trabajar. Ellos comparaban esta clínica con lo que estaba disponible en su aldea - que era nada.

Repentinamente la respiración de Pablo cambió, haciendo volver mi mente al presente. Jadeó, su corazón latía fuertemente; me arrodillé al lado de él. Desesperadamente anhelé que Ethel y Marlene, dos enfermeras experimentadas, regresaran pronto. Lo sostuve sobre mis rodillas, con la esperanza de que pudiera respirar mejor. Sólo pensaba: "Yo solamente estoy visitando a Marlene". "Ni siquiera he comenzado mi trabajo". La situación parecía irreal.

Una exhalación más y su cuerpo se puso flácido. Las manos me temblaban. A duras penas pude calmarlas lo suficiente como para tomarle el pulso. Pero no importaba; estaba muerto. Mi mente se arremolinó mientras dejaba descansar su cuerpo sobre la estera.

Qué contraste con mi madre, quien había muerto seis semanas antes, rodeada de la mejor tecnología médica. Aquí, un hombre saludable y fuerte murió porque no había atención médica disponible. Era injusto. Esto no debía suceder. No era necesario que sucediera. ¿Había algo más que nosotros pudiéramos haber hecho? Todavía estaba aturdida cuando Ethel y Marlene llegaron unos minutos más tarde.

Las experiencias de mi familia con la enfermedad y la muerte contrastaban drásticamente con las de mis vecinos bolivianos. La muerte de Gregoria, algún tiempo más adelante fue significativa, puesto que me ayudó a reflexionar con respecto a la relación que existe entre la pobreza y la salud.

Yo estaba en casa, en Nazaret, cuando una mujer vino para decirme que mi vecina de al lado, Gregoria, estaba enferma y no podía dejar de vomitar. Fui a su casa, donde me dijeron que ella había ingerido Gramaxone. Yo sólo sabía que Gramaxone es un herbicida de acción retardada, pero no sabía qué podía sucederle a Gregoria una vez que su organismo lo absorbiera.

Enganchamos los caballos y comenzamos el viaje de tres horas hacia el hospital. Celestino, el marido de Gregoria, iba con nosotros, como también otros dos hombres de la comunidad. Por el camino les pregunté qué había pasado. Celestino iba enojado y no decía nada.

"Trató de matarse porque Celestino y ella tuvieron una pelea" me explicó uno de los hombres, asegurándose de que Celestino no pudiera escuchar. "Ella estaba enojada porque él la golpeó". "¿Por qué la golpeó?" pregunté.

"Ella fue la única mujer que continuó yendo al campo de perforación después que nosotros les dijimos que no lo hicieran más," replicó él.

En el camino tuve tiempo para pensar en lo que me había dicho. El campamento de perforaciones petroleras se había trasladado a nuestra área algunos meses atrás. Grandes máquinas, camiones y hombres a un kilómetro de distancia causaron una gran conmoción en nuestra tranquila aldea. La agitación se hizo más intensa a medida que especulamos sobre el descubrimiento de una reserva de petróleo, prácticamente en el patio de nuestra casa.

Pero las mujeres de la aldea descubrieron una retribución más inmediata. Se enteraron que las sobras de la comida de la cocina del campamento eran arrojadas a un foso al lado de la carretera. Cada día, esto traía la esperanza de un nuevo y delicioso bocado: pan traído de la ciudad, algún pastel todavía envuelto en plástico, o un pedazo de carne. Las mujeres no sabían nada acerca de economía, o del índice del 500% de inflación, o del por qué los colonos campesinos no podían salir adelante a pesar de lo duro que trabajaban. Lo único que sabían era que, aparte de arroz, no tenían nada para alimentar a sus familias. Lo que era desperdicio para los hombres del campamento, era un banquete para los niños de la aldea.

Sus maridos no se entusiasmaron tanto. Esto era un insulto a su orgullo, al pensar que "sus" mujeres escarbaban en las canecas de la basura buscando restos de comida. Esto tocaba un punto sensible, pues les recordaba dolorosamente su incapacidad para tener suficiente comida en la mesa. Se convocó a la comunidad a una reunión; todos los hombres se reunieron y llegaron rápidamente a una decisión. Les prohibirían a sus esposas ir al campamento.

Una semana más tarde, convocaron a otra reunión. "Celestino, tu mujer es la única que aún continúa yendo al campamento. Eso hace ver mal a toda la aldea". La presión sobre Celestino fue intensa, pues su imagen como hombre estaba en juego. Todos los hombres de la aldea estaban cuestionando quién mandaba en su casa,

él, o su mujer. Después de la reunión Celestino fue a su casa con la determinación de imponer la ley. Pelearon. Gregoria se negó a obedecer. El la golpeó. Gregoria ingirió el herbicida como la única forma que conocía para devolver los golpes de su marido. El no tendría la última palabra.

Era casi la medianoche cuando llegamos al pequeño hospital, atendido por un interno de primer año, sin ninguna supervisión. El doctor la examinó y la internó para someterla a observación. No estaba preocupado, probablemente ella podría ser dada de alta el martes. Celestino se quedó con Gregoria y el resto de nosotros regresamos a Nazaret.

Me sentí más tranquila, ya que el doctor pensaba que ella estaría bien. Sin embargo, en ese momento yo ya tenía la suficiente experiencia como para saber que no podía confiar en el cuidado que ella recibiría en el hospital. El martes en la noche Celestino llegó después de haber cargado a Gregoria sobre las espaldas a lo largo de los últimos tres kilómetros. Fui a verla; se veía terrible.

"Me parecía que ella estaba peor, así que le insistí al doctor para que la examinara antes de irse para Santa Cruz," explicó Celestino. "Me dijo que ella estaba lista para darla de alta. ¿Qué podía hacer yo?"

El miércoles en la mañana estaba peor. La cara y el cuello estaban hinchados; los labios, resecos. Ella estaba desorientada y agitada. El promotor de salud dijo que ella había estado vomitando toda la noche. "El vómito parecía carne cruda de hamburguesa", describió gráficamente el promotor. Su condición era crítica. ¿Había esperanzas si la llevábamos de nuevo al hospital? Probablemente no, pero no podíamos verla morir sin tratar de hacer algo.

En ese momento, toda la comunidad estaba involucrada. Uno de los caballos estaba rengo, de manera que no podíamos llevarla en la carreta. Los hombres ataron una hamaca a una vara de bambú e iniciaron la marcha.

Gregoria murió cuando llegaron al hospital. En primer lugar, yo estaba enojada con el doctor por haberla dado de alta. El iba camino a la ciudad, ¿fue esa la razón por la cual la envió de regreso a la casa? Traté de suponer su inocencia antes que su culpabilidad. Quizá él sabía que ella moriría de todas formas, y quiso permitirle morir en su casa. Pero, por lo menos, había podido explicarle

a Celestino. O quiza él no sabía más de lo que yo sabía acerca de envenenamiento con Gramaxone y honestamente pensó que ella estaría bien. La capacitación médica que reciben los médicos bolivianos es esporádica e inadecuada.

¿Por qué murió Gregoria? ¿Por qué era tan pobre que tenía que escarbar entre desechos en busca de comida? ¿Por qué los hombres tomaban decisiones por sus esposas, decisiones que ellas debían obedecer sin cuestionar? ¿Por qué ella no recibió tratamiento adecuado en el hospital?

Estar viviendo el duelo por la muerte de mi madre, me hacía más sensible a otros y me preparaba para cuestionar por qué moría gente como Gregoria. Sin embargo, yo no sabía mucho acerca del proceso del duelo y no entendía cómo me estaba afectando. Lo manejé como algo que debía superar.

Me sentía frustrada. ¿Por qué estuve llorando el día de mi cumpleaños, dos meses después de la muerte de mi madre, y vagamente deprimida en Navidad? No identifiqué mis emociones impredecibles como una parte normal de mi proceso de duelo. Simplemente me esforcé e hice lo mejor que pude.

Mis experiencias con la pobreza y la muerte en Bolivia desafiaban las respuestas simples. Comencé a pensar en las relaciones entre los hijos de Dios. Quizás unos no tienen lo suficiente porque otros tienen más de lo que necesitan. Comparándome con mis amigos bolivianos, yo estaba claramente entre los que tenían más que suficiente. Me sentí abatida. Una crisis en mi propia salud en agosto de 1983 me sirvió para centrarme en este aspecto.

Chon y Juliana trajeron a la clínica a su hijo Demetrio, de 18 meses de nacido, con tos y fiebre. Le di un medicamento y se mejoró, pero a la mañana siguiente comenzó a convulsionar. Mis esfuerzos por bajar la elevada fiebre fueron inútiles, y las convulsiones continuaron.

"Deben llevarlo al hospital", les expliqué a sus padres. Aún más, había un vehículo disponible que les ahorraría el tener que caminar cuatro o cinco horas. Sin embargo, vacilaron.

"No hay nada más que yo pueda hacer por él aquí", insistí, sin entender su renuencia.

Chon bajó la mirada en tanto que rastrillaba sus pies en la tierra. "Nuestra hija mayor también está enferma", dijo desconsoladamente. "Ella tiene fiebre y diarrea. Y con la inflación y todo lo demás, no obtuvimos mucho dinero por el arroz que cosechamos".

Hubo un momento de silencio. El levantó la mirada hacia su esposa Juliana, mientras yo me preguntaba qué tenía que ver todo esto con Demetrio.

Chon continuó: "tenemos que pensar en nuestros otros cinco hijos", dijo con un destello defensivo en su voz.

Súbitamente entendí; me dolió en el corazón su dilema. Ellos no tenían suficiente dinero. ¿Debían gastar lo poco que tenían en su hija mayor, que no estaba muy enferma y tenía más oportunidad de recuperarse? ¿O debían gastarlo en su hijo más pequeño, quien probablemente moriría de todas maneras?

¿Podrían vivir tranquilos si veían morir a Demetrio sin hacer nada? ¿Y si gastaran su dinero tratando de ayudarlo y luego tuvieran que ver a sus otros hijos pasando hambre hasta la siguiente cosecha? El camión partió, en tanto que ellos agonizaban tratando de decidir.

A la mañana siguiente, una camioneta llegó a la aldea. Me apresuré hasta la casa de Chon y Juliana para decirles que había otra oportunidad para ir al hospital. Decidieron llevar a su hija mayor. Sin embargo, cinco minutos más tarde Juliana se precipitó sobre el vehículo con Demetrio en sus brazos. Por su natural instinto maternal, no pudo vivir con el hecho de no hacer nada. Respiré con cierto alivio, pero mi acongojado corazón me dijo que probablemente era demasiado tarde.

Algunas horas más tarde escuché el ruido de un motor y asomé la cabeza por la puerta. El paso poco frecuente de vehículos siempre era algo digno de verse. Era la misma camioneta. Juliana descendió trayendo el cuerpo sin vida de su hijo.

Había visto morir a tantas personas durante mis dos años en Bolivia, que ya estaba familiarizada con los rituales funerarios. Los vecinos se reunieron inmediatamente para ayudar. Las mujeres lavaron el cuerpo de Demetrio, lo envolvieron en trapos blancos limpios y lo acostaron sobre la mesa colocada en el centro de la pequeña casa de barro. Los hombres buscaron aquí y allá hasta que encontraron los trozos de madera necesarios para hacer un

pequeño ataúd. Los niños recogieron flores que colocaron alrededor del cadáver, dejando visible únicamente la cara. Entrelazaron sus manos rígidas y colocaron una flor en medio de ellas. Encendieron cuatro velas, una en cada esquina de la mesa.

Sintiéndome inútil, fui a casa para descansar antes de la vigilia que duraría toda la noche. Nunca estuve toda la noche en los velorios; sólo los hombres lo hacían, tomando y jugando cartas. Regresé en la noche y me senté en una de las bancas de madera sin cepillar, que los vecinos prestaban. Algunas personas hablaban en voz baja. Los niños entraban y salían corriendo, deteniéndose ocasionalmente para fijar su mirada en el cadáver. Nadie parecía perturbado. Los bolivianos están acostumbrados a la muerte de los niños. Al principio no entendía por qué ellos esperaban meses antes de ponerles el nombre a sus bebés. Luego un amigo me explicó que ellos esperaban hasta estar más o menos seguros de que el bebé viviría, antes de preocuparse por un nombre.

Juliana entró trayendo una totuma con una bebida alcohólica, la cual pasó de una persona a otra, y cada una tomaba un trago. Toqué la vasija con mis labios de tal manera que no fuera ofensiva, pero en realidad no ingerí la bebida ardiente. No me gustó, ni siquiera bajo las mejores circunstancias; además, me había sentido con el estómago débil toda la tarde, así que el sólo hecho de pensar en tomarla me hacía sentir náuseas. A las 9:30 me sentía peor, así que me disculpé y me fui a mi casa.

Como temía, tuve diarrea esa noche. Los problemas intestinales eran tan comunes que pensé que sólo era una pequeña molestia. Tuve que pararme cuatro o cinco veces y en la mañana escasamente alcancé a llegar a la puerta de mi casa antes de vomitar.

Al enderezarme, me quedé sin aliento por un dolor agudísimo en mi lado inferior derecho. Contuve las lágrimas que involuntariamente inundaron mis ojos y respiré profundamente varias veces. Podía regresar a la cama si lo hacía lentamente. De regreso, pasé por el estante de libros y agarré mi guía favorita de atención médica, *Donde no Hay Doctor*. Busqué apendicitis. Todos los síntomas coincidían. ¿Y ahora qué?

Consideré mi situación. Timoteo, el agrónomo del CCM que vivía como a un grito de distancia, estaba en Santa Cruz. Las otras casas estaban al otro lado de la cancha

de fútbol. ¿Podría escucharme alguien si yo gritara? Suspiré con alivio cuando recordé que Luisa iba a venir a buscar el caballo esa mañana.

Me pareció una eternidad antes de escuchar fuera de mi ventana los "Buenos días" de Luisa.

"Ven aquí un minuto", respondí lo más calmada que pude. Ella entró a la casa e inmediatamente notó mi expresión de fatiga. "¿Qué pasa? ¿Tienes cólicos otra vez?" preguntó, puesto que con frecuencia yo tenía cólicos menstruales dolorosos.

"Esta vez no", le dije. "Creo que tengo apendicitis". Se puso tan pálida, que me olvidé de mí misma y comencé a reír. Pero el dolor pronto me recordó mi difícil situación y mi risa se desvaneció tan rápido como vino. Sabiendo que tendría que esperar varias horas mientras Luisa hacía contacto con el CCM por radio, le pedí que me diera dos Novalginas, un calmante fuerte para el dolor, que los bolivianos usan para cualquier cosa. Luego, ella salió a caballo tan rápidamente, que yo estaba segura que si se caía se rompería el cuello. Rogué a Dios para que ella pudiera llegar a Galilea, donde vivían Brian y Marcia.

El medicamento comenzó a hacerme efecto rápidamente y comencé a sentirme tan bien que estaba segura de que no tenía nada. Me sentí avergonzada de estar agitando a todo el mundo sin razón.

Al poco tiempo escuché la motocicleta; Brian llegó trayendo a Luisa en el asiento trasero. El mensaje había sido transmitido por radio y los planes de emergencia ya estaban en marcha. Ahora casi deseaba que sí tuviera apendicitis, puesto que estaba causando tanta conmoción. El sacerdote de la cercana Santa Rosa tenía una avioneta, pero no estaba en casa. Los voluntarios en Santa Cruz creían poder encontrar otra avioneta de alguna misión, por tanto, lo mejor para mí era ir a la pista de aterrizaje de Galilea.

Luisa y Brian ya habían arreglado con el dueño del almacén para que me llevara en su camión a Galilea. Me subí cuidadosamente a la cabina con Luisa a mi lado, todavía preguntándome si en verdad el dolor era tan fuerte como para pensar en una apendicitis. Los 4,5 kilómetros hasta Galilea nos tomaron como veinte minutos. Tan pronto como llegamos a la casa de Brian y Marcia escuchamos el zumbido de una avioneta. Marcia salió apre-

suradamente mirando hacia el cielo. Sí, era el sacerdote de Santa Rosa. No, ellos no se habían comunicado con él.

La avioneta se detuvo abruptamente sobre la grama de la pista. ¡El sacerdote, sin saber nada de nuestra situación, simplemente había llegado para hacer su visita mensual! Era un milagro. De muy buena voluntad accedió a llevarnos a Santa Cruz. Sólo había una silla además de la del piloto, así que Luisa se sentó hacia atrás y yo me senté en medio de sus rodillas.

Una vez en el aire, el pequeño avión se sentía como una cometa indefensa arrastrada de aquí para allá por cada cambio de la corriente de aire. El milagro del calmante comenzó a disiparse; me sentí más y más enferma.

"Luisa", grité, tratando de hacerme escuchar por encima del rugir de los motores. "¿Tienes una bolsa plástica?"

El sacerdote, alguien bien preparado para tales emergencias, me escuchó y me alcanzó una. Vomité en la bolsa tratando de no regar a medida que la avioneta descendía y caía debido al viento. Por la hiperventilación del dolor y las náuseas, sentí que mis manos comenzaron a encalambrarse al punto que no pude mover los dedos. Entonces, escuché a Luisa, que tenía ganas de vomitar, detrás de mí.

"La bolsa", dijo ella desesperadamente.

Rápidamente le pasé la bolsa medio llena, haciendo un gran esfuerzo para que mis encalambrados dedos soltaran la bolsa.

"Hay demasiada bruma, no vamos a poder aterrizar en Santa Cruz", gritó el padre haciéndose escuchar a pesar del ruido. "Más bien la llevaré al hospital en Portachuelo".

Tuve una sensación de vacío. ¡Portachuelo! pensé. ¡De ninguna manera! Había visitado ese hospital una vez, era pequeño, sucio, el equipo era escaso y los internos de primer año eran los únicos doctores. Todos los nobles ideales de identificación con los pobres quedaron a un lado. ¡No iría al hospital en Portachuelo!

Sugerí que si aterrizábamos allí los voluntarios del CCM podrían venir y llevarme a Santa Cruz, que estaba a una hora de viaje por tierra. Entonces, el sacerdote se

acordó de una pequeña pista de aterrizaje cerca de Santa Cruz.

Finalmente, llegamos a la pista, volamos en círculo y aterrizamos. Pero nadie nos estaba esperando. ¿Y ahora qué? Afortunadamente, en el momento en que salí de la avioneta Timoteo y Larry estaban llegando.

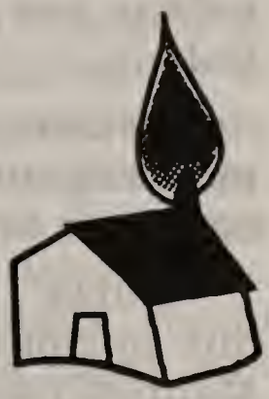
Me arrastré sobre la silla trasera del vehículo y me acosté sin cuestionar más si algo andaba mal. Cada parada y arranque me causaban dolor en todo el cuerpo. Sentía como si un líquido se regara por mi abdomen. Estuvimos en la clínica a las 10:00 a.m. Por fin estaba en buenas manos. El doctor había estudiado en los Estados Unidos y tenía su propia clínica, la cual tenía buen personal y estaba bien equipada. Aunque al doctor le causó risa mi autodiagnóstico, muy pronto lo confirmó y se programó la cirugía para las 12 del día.

La operación salió bien. Sin embargo, cuando el doctor vino a la mañana siguiente con los resultados de los exámenes de laboratorio, parecía más serio que antes. El apéndice estaba ya gangrenoso y necrótico. Un líquido purulento había drenado sobre mi abdomen, así que me ordenó una alta dosis de antibióticos para prevenir la infección. El nunca había retirado un apéndice que estuviera tan cercano a desgarrarse. Usualmente, toma dos días llegar a tal punto y yo sólo había tenido seis horas de dolor severo.

"¡Usted tiene mucha suerte, jovencita!" exclamó.

Tuve tiempo para reflexionar mientras me recuperaba. La atención que yo recibí contrastaba drásticamente con la atención disponible para Demetrio. ¿Por qué viví yo, mientras que Demetrio murió? ¿Por qué estaban a mi disposición las mejores condiciones médicas del país? No creí que fuera sólo una coincidencia que el sacerdote volara a Galilea justo cuando yo lo necesitaba. Creo que era la gracia de Dios. ¿Pero por qué a mí?

El misterio de la gracia de Dios es tan real como el misterio del sufrimiento. No puedo apresurarme a proclamar la milagrosa protección de Dios y, a la vez, mirar sin vergüenza a los padres de Demetrio. Sólo puedo confesar humildemente que Dios me dio un don de gracia que no entiendo y no merezco.



4

Impotente para estar presente

Después de dos años de estar en Bolivia tuve que decidir si quería permanecer por un tiempo mayor al de mi compromiso original con el CCM.

Una tarde estaba en la oficina del CCM en Santa Cruz enterándome de las novedades en la cartelera. Eché un vistazo a algunos anuncios y hojée una carta de Navidad que alguien había colocado. La carta cautivó mi atención y la leí con más cuidado. Una enfermera del CCM en Guatemala estaba describiendo su visita a El Salvador; se le había solicitado ayuda para decidir si el CCM debía iniciar un programa de salud en ese país, destrozado por la guerra. Conmovida por su experiencia, terminó su carta de Navidad haciéndole la petición a alguien dispuesto a trabajar en El Salvador.

Leí la carta dos veces. Luego la quité de la cartelera, me senté y la leí de nuevo. No entendí por qué me impresioné tanto. Mi mente práctica predominaba sobre mi corazón, el cual parecía estar diciendo que yo era quien debería ir. No era común en mí seguir los impulsos espontáneos; Dios nunca me había guiado a través de esa clase de estímulo místico del Espíritu.

No le dije nada a nadie. ¿Cómo podría explicar que pensaba que quizá yo debería ir a El Salvador, sólo porque

leí una carta de la cartelera? No sabía nada acerca de El Salvador, excepto lo que había leído en la revista Newsweek. Lo único que hice fue apartar una cita con Herman Bontrager, nuestro director para América Latina, cuando él viniera de visita unos meses más tarde. Dije que quería hablar con él acerca de la extensión de mi contrato en Bolivia.

¿Estaría abierta a otras opciones en América Latina?", me preguntó Herman en forma pausada y deliberada, como era su característica.

"Quizá", respondí cuidadosamente, preguntándome qué opciones me presentaría. Y comenzó a mencionar algunas posiciones.

"Pero hay una", dijo, "que es particularmente desafiante. Necesitamos a alguien con experiencia y que ya hable español".

Mi corazón empezó a latir fuertemente. ¿Iba él a mencionar El Salvador?

"Estamos buscando dos enfermeras para ir a El Salvador", dijo, haciendo una pausa. Un escalofrío me recorrió la espalda. "Siempre es difícil conseguir personas para un puesto que puede involucrar tanto riesgo".

Me sudaban las manos. Estoy segura de que me temblaba la voz a medida que le explicaba que había estado pensando en El Salvador desde que leí la carta acerca de ese puesto. Ambos nos sentimos conmovidos ante una clara sensación de la presencia del Espíritu de Dios.

La decisión fue analizada durante los siguientes meses. Me preparé para salir de Bolivia dos meses antes de finalizar mi contrato, para comenzar a trabajar en El Salvador, y salí en octubre de 1983. Experimenté muchas emociones durante esas semanas. Tristeza de dejar a Bolivia, emoción de pasar un tiempo con mi familia y mis amigos en los Estados Unidos, entusiasmo y aprehensión respecto de mi nuevo trabajo en El Salvador. Ni siquiera pensé acerca de las cosas que enfrentaría durante los dos meses de viaje a mi casa.

Llegué a casa el día anterior a la boda de mi padre. Su prometida, Donna, era una antigua amiga de la familia. Mi padre me había escrito acerca de su relación a medida que se iba desarrollando y yo estaba entusiasmada por ellos. Cuando me visitó en Bolivia me di cuenta de lo solo que se sentía. Saber que él tenía a alguien con quien

compartir su vida, hizo más fácil hacer un nuevo contrato con el CCM. Así que fui a casa emocionada por la perspectiva de una feliz celebración familiar.

Mi padre y Donna me recibieron en el aeropuerto y fuimos en auto hasta casa, hablando animadamente. Me informaron sobre los planes para la boda y el traslado de mi papá a la casa de Donna, a algunas cuadras de la nuestra. Llegamos a la entrada de la casa y percibí cada cosa justo como lo hacía cuando venía de la universidad a la casa. Habían desarmado la cerca, la puerta del garaje necesitaba pintura, habían plantado nuevos arbustos,... todos los detalles de la casa en la cual había vivido durante toda mi vida. Entramos. ¡Estaba en casa! Sin embargo, me sentí como si una ráfaga de viento helado me hubiera golpeado. La casa estaba prácticamente desocupada, era un caparazón vacío. Me sentía distante, mientras que mi padre continuaba con su animada explicación de cómo había repartido nuestros muebles y enseres del hogar.

"Christine tiene la mesa del comedor, Dave se llevó el juego de alcoba. Ah sí, y Miriam tiene la vajilla ...."

Yo sólo asentía con la cabeza, a medida que reconocía, por primera vez en dos años, que mi madre estaba muerta. Me fui a la cama con el corazón apesadumbrado.

Pero era imposible permanecer así, con toda la agitación que reinaba alrededor. Pronto suprimí la aflicción que me había surgido de manera inesperada, y me uní al espíritu festivo de la boda. Cuando mi padre y Donna se fueron a su luna de miel, tomé prestado un carro y salí a visitar viejos amigos de la universidad.

Sin embargo, una vez que regresamos, los sentimientos me consumieron. Nadie había discutido dónde me iba a quedar. ¿Debía permanecer con mi padre y Donna? ¿Debía permanecer en nuestra antigua casa?

Me sentía enojada con mi padre. El sabía que yo iba a estar en casa. ¿Ni siquiera había pensado dónde estaría yo? Sin embargo, cuando hablamos, vislumbré el dolor contra el cual había luchado desde la muerte de mi madre, dolor que conocí sólo por alusiones a través de sus cartas. Súbitamente, me conmovió pensar en lo difícil que habían sido para él los últimos dos años. Y me di cuenta de que una pérdida no es algo que uno supera en uno o dos años.

Me sentí egoísta cuando me explicó que también se sentía desubicado. Aunque estaba felizmente casado de nuevo, se estaba ajustando a un nuevo hogar que no sentía que fuera suyo todavía. Lloró cuando dijo que se sentía dividido entre su hija y su nueva esposa. El no sabía qué hacer, así es que no hizo nada.

Más siendo una persona considerada y sensible, Donna pronto me invitó a estar con ellos. Todo se arregló y aprendí una lección dolorosa acerca de los inesperados vaivenes de la aflicción.

Durante las siguientes semanas me ocupé de los asuntos pendientes en nuestra antigua casa, ordenando cartas de mi madre enviadas desde Francia, fotografías, papeles, etc. La mayoría de sus enseres personales fueron empacados cuando limpiaron la casa.

El dolor se hizo manifesto en diversas formas durante ese tiempo. Algunas veces me sentí enojada. ¿Por qué mis dos hermanas no hacían más para ayudar? Otras veces me sentía privilegiada de tener recuerdos personales de la vida de mi madre. Entonces aparecía la culpa. ¿Era correcto que yo hubiera salido para Bolivia cuando lo hice? Recordé que mi propia lucha contra su enfermedad me impidió a veces apoyarla como yo quería. Me sentí avergonzada. ¿Por qué no traté de apoyarla más? Me sentí frustada porque en realidad no llegué a conocerla como adulta. Ahora que yo tenía algunas de mis propias historias con el CCM para contar, deseaba poder escuchar las suyas.

Aquellos dos meses y medio fueron difíciles, pero positivos. Cuando llegó enero de 1984 yo estaba emocionada con la idea de abrir un nuevo capítulo de mi vida.

Marina, mi nueva compañera de trabajo, y yo fuimos a la orientación del CCM y luego a Guatemala por un mes para un curso de repaso del idioma. Nuestra tarea consistía en desarrollar un programa de salud de acuerdo con los requisitos de una comunidad de cinco monjas de la Orden de las Clarisas y tres sacerdotes franciscanos en la parroquia de San Francisco Gotera, Morazán. Dos voluntarios del CCM habían estado allá por algunos meses en 1983, evaluando la situación y recogiendo ideas preliminares. Ellos encontraron participantes entusiasmados para un trabajo en salud y recomendaron que el CCM se involucrara a largo plazo.

Fue en marzo cuando llegamos a Gotera, listas para comenzar el trabajo de inmediato. Bolivia me había proporcionado muchas oportunidades para discutir sobre cuestiones del desarrollo, así que pensé que tenía expectativas realistas acerca del trabajo en El Salvador. Estaba satisfecha porque, así no pudiéramos resolver los problemas, estaría allí con la gente, en la medida en que compartiéramos y aprendiéramos juntos. Nos referíamos a esto en términos de "proyectos versus presencia".

Dados los obstáculos que se presentaban por la guerra, fui a Gotera con bajas expectativas de tener éxito en los proyectos, pero confiaba en que al menos podría estar presente entre la gente que sufría. Fue un crudo despertar y encontrar que ni siquiera podía estar presente en la forma en que yo lo había anticipado.

Gotera es la capital de la provincia de Morazán, una de las áreas más golpeadas por la guerra. Entre 1980 y 1981, miles de personas huyeron de sus casas. Algunos se fueron al norte, para refugiarse en Honduras, mientras que otros se fueron a Gotera, donde vivían en tres campamentos para desplazados. Gotera creció de la noche a la mañana; de un pueblo apacible con cerca de 6.000 habitantes, se convirtió en un pueblo que albergaba 12.000 desplazados civiles y 3.000 soldados.

La presencia militar invadió el pueblo entero, y nosotros vivíamos en el corazón de éste. Los nuevos cuarteles se apoderaron de los jardines de la iglesia. Su pared sobresalía amenazadora como una sombra siniestra sobre el convento donde Marina y yo vivíamos. Los dos extremos de nuestra calle fueron bloqueados con barricadas amarillas que decían "PARE. Zona Militar." Recuerdo que constantemente un soldado montaba guardia fuera de nuestra casa.

Aún en el interior de nuestra casa era imposible olvidar el ambiente que nos rodeaba. Frecuentemente en las noches, camiones militares estacionaban afuera para recoger soldados con el fin de realizar operaciones militares. Algunas personas decían que los soldados estaban drogados; otros decían que era manipulación psicológica.

Yo sólo supe que ellos insultaban y vociferaban a medida que subían a los camiones, amartillando sus armas. Algunas veces gruñían como animales. Sus rostros estaban pintados para la guerra. La mayoría, simplemente se untaba pintura verde, pero otros aumentaban

el efecto feroz adicionando franjas de color negro o rojo, o usando diferentes colores para camuflarse.

Hubo varios incidentes causados por armas que se dispararon accidentalmente mientras los soldados se preparaban para salir. Aunque yo sabía conscientemente que las armas eran reales, no lo sentí en realidad sino hasta cuando empecé a experimentar su poder destructivo muy de cerca. Una vez, una bala penetró a la casa de los sacerdotes y dió estrepitosamente contra un armario, justo donde un sacerdote había estado parado unos momentos antes. El único daño fue el hueco que abrió la bala en una de sus camisas.

La secretaria del doctor no tuvo tanta suerte. Fue herida en un brazo en el momento en que se sentaba en su escritorio. Una vez, a la media noche, uno de los guardias que estaba frente a nuestra casa, disparó accidentalmente contra su compañero.

Pronto descubrí que no podía estar presente en la misma forma que había resultado provechosa en Bolivia. Allá, me relacioné de manera natural con mis vecinos a medida que caminábamos, sacábamos agua del pozo y nos visitábamos. Algunas veces en Bolivia añoré mi privacidad, perturbada por los vecinos curiosos que permanecían boquiabiertos en la puerta de nuestra casa de barro. Pensábamos que vivíamos de manera sencilla, pero su mirada fija nos recordaba que teníamos muchas cosas que ellos jamás habían visto.

Ahora que estaba viviendo en la privacidad de las paredes de un convento, me sentía aislada de la gente con quien quería relacionarme. Casi no había interacción con el vecindario. Parecía que nadie venía a visitarnos, a menos que quisiera algo de nosotras. Pero no estaba en Bolivia, estaba en El Salvador, donde muchos factores, fuera de mi control, determinaban dónde y cómo podía hacerme presente.

Un factor era la relación entre el ejército y la iglesia. Para el tiempo de mi llegada a Gotera, el coronel se sentía frustrado de que el edificio de la iglesia, de 200 años de construido, estuviera localizado de manera inconveniente en medio de su recinto militar. ¡El deseaba que la iglesia fuera derribada y reconstruida en algún otro lugar!

El equipo de la parroquia estaba preocupado también porque si dejaban solo el convento, el ejército podría

ocuparlo, puesto que ya habían ocupado otras casas en la misma cuadra. Nuestra presencia allí quizás no llenaba mi anhelo de compartir mi vida con los pobres, pero sí fue una manifestación para los militares. Llegué a verla como un símbolo de nuestra lucha por definir el papel de la iglesia en medio de la violencia y la confusión política.

El ruido de la guerra está indeleblemente grabado en mi mente. Cada mañana a las 4:30 ó 5:00 a.m., los soldados hacían sus ejercicios frente a nuestra puerta. Todavía puedo escuchar sus ruidosas botas, a medida que los soldados pasaban con su rítmica carrera, y el cencerreo de las armas que nunca se apartaron de su lado. Cantaban mientras corrían: "Somos soldados fuertes y valientes. Mataremos a los comunistas. Beberemos su sangre". Luego se detenían y hacían flexiones de pecho y cuclillas, mientras que el oficial contaba con rudeza "un, dos, tres, cuatro. Un, dos, tres, cuatro". A las 6:00 a.m. y a las 6:00 p.m. la banda tocaba el himno nacional, acompañada por el desentonado canto de los soldados.

Periódicamente, casi siempre en la noche, los cañones disparaban morteros dirigidos hacia las áreas rurales circundantes. La casa se sacudía con cada descarga. Finalmente, dejé de sobresaltarme cuando una explosión inesperada se dispersaba en la noche. Mi única reacción era apretar los dientes, suprimiendo físicamente el retorcijón en mis entrañas, que logré esconder pero no dominar.

Aprendí que, al ser disparado un mortero, debía esperar 10 ó 15 segundos, para poder escuchar su explosión lejana, cuando éste caía a 10 ó 20 kilómetros de distancia. También aprendí a preguntar al siguiente día dónde había caído y si alguien había resultado herido. Los mortales proyectiles lanzados en la oscuridad aterrorizaban a las familias que vivían en el campo.

Recogí información poco a poco, tratando de entender cuáles eran las causas de la guerra, cómo había empezado, por qué los trabajadores de la iglesia eran un blanco para los militares. No era necesario un análisis a fondo para descubrir que Marina y yo no estábamos en capacidad de hacer un buen trabajo de desarrollo, por lo peligroso, ni siquiera podíamos visitar una de las comunidades más necesitadas, mucho menos podríamos trabajar allí.

Traté de resignarme a concentrar nuestro trabajo en Gotera. Había más de 12.000 personas desplazadas ahí, y bastantes necesidades en salud como para mantenernos ocupadas, pero era difícil. El instinto me decía que debíamos trabajar en el campo, ayudando a las personas a permanecer en sus casas. En verdad, los desplazados en Gotera tenían muchas necesidades, pero también tenían más recursos disponibles.

Cuando llegamos a Gotera nos encargamos de la farmacia de la parroquia. En la ciudad había un hospital público recientemente construido con fondos de los Estados Unidos, pero quienes lo atendían eran recién egresados de la escuela de medicina, que cumplian su año de servicio social obligatorio. Trabajaban con poca o ninguna supervisión; pocos estaban motivados a servir a los pobres. Las provisiones médicas eran limitadas y los soldados tenían prioridad sobre los civiles. Como resultado, los pacientes acudían a montones al convento con sus prescripciones médicas. La iglesia era su última esperanza, puesto que no tenían dinero para comprar los costosos medicamentos.

Luché con el programa de la farmacia desde la perspectiva de desarrollo comunitario. Si el hospital hiciera su trabajo, no tendríamos que manejar medicamentos. ¿Por qué no tenía medicamentos el hospital? ¿Era por corrupción, desorganización, dominio militar? ¿No estaríamos apoyando un sistema defectuoso, sacándolo del apuro, en lugar de atacar la raíz del problema?

Decidimos buscar a alguien más para que se hiciera cargo de la farmacia, de tal manera que Marina y yo pudiéramos concentrarnos en la promoción de salud en los campamentos. Ana María, miembro activo de la iglesia, comenzó a trabajar en junio de 1984. Me sentía muy entusiasmada de poder invertir más tiempo en El Tiangue, un campamento de 2000 personas alojadas en chozas en las afueras de la ciudad. Quizás yo no podría vivir allí o solucionar sus problemas de salud, pero por lo menos podría escucharlos, dándoles la oportunidad de expresar sus pensamientos y sentimientos. En realidad, eso es lo que significa estar presente. Pero yo iba a experimentar otro crudo despertar.

Una mujer joven que vino a nosotras en busca de ayuda me hizo entender que la gente estaba aterrorizada incluso

aún para hablar de su pasado, y mucho más, para expresar sus pensamientos y sus sentimientos.

Marina atendió la llamada a la puerta. La mujer ahí parada, estaba obviamente tensa. "Yo soy ... uh ... desplazada. Yo ... yo ... no tengo comida para mis hijos. ¿Podrían ayudarme ustedes, por favor?" Se frotaba las manos nerviosamente, mientras Marina la invitaba a pasar.

"¿Qué pasó que la obligó a dejar su casa?"

Sus ojos se inundaron de lágrimas. "La semana pasada los soldados mataron a mi esposo. No! No!" Se contuvo aterrorizada. "Quiero decir,... la guerrilla mató a mi esposo".

Decir la verdad era aplicarse su propia sentencia de muerte. Su supervivencia en medio de los mismos soldados que asesinaron a su esposo, dependía de que ella culpara a la guerrilla. Me sentí mal porque Marina y yo le habíamos preguntado por su situación.

Deseando no incomodar a las personas con mis interrogantes, les pregunté a las monjas acerca del transfondo de quienes vivían en El Campo, otro de los campamentos para desplazados. Me enteré de que, en su mayoría, estaba compuesto por personas que habían huído del área de El Mozote.

"El Mozote." Mis oídos se aguzaron al oír ese nombre. Había escuchado que en diciembre de 1981 los soldados del batallón Atlactl masacraron a la población entera de El Mozote, más de 900 personas entre hombres, mujeres y niños. Difícilmente pude creer cuando la hermana Anselma dijo que la noticia de la masacre sólo había salido a la luz poco a poco. ¿Cómo podía ser que de los miles de personas que huyeron de las áreas vecinas, ninguno hubiera llegado para denunciar la barbarie? Los sacerdotes y las monjas sólo vinieron a darse cuenta de que algo terrible había pasado, por el inesperado flujo de gente a Gotera. La mayoría eran evangélicos, pero de entre los relativamente pocos católicos que llegaron, el párroco pronto tuvo una lista de más de 225 nombres para mencionar a la hora de las peticiones por los muertos. Llegaban diciendo, "¿Padre, por favor, puede decir una misa por mi madre y mi hermana, y por mi hermano y sus tres hijos?" Finalmente, un periodista fue a investigar y el

New York Times divulgó la historia de la masacre de El Mozote.

Ya en ese momento me sentía frustrada. Preguntas inocentes como "¿De dónde es usted?" y "¿Por qué se fue de su hogar?" estaban fuera de lugar. Revivían un pasado que la gente trataba de suprimir. ¿Quién era yo para decirles que era destructivo para ellos reprimir sus sentimientos? ¿Podía yo garantizar el espacio físico y emocional necesario para luchar contra su trauma? ¿Podía yo garantizar su seguridad si ellos decían la verdad acerca de las atrocidades cometidas por el ejército?

Para el tiempo en que llegué a Gotera, la mayoría de los desplazados había alcanzado su principal meta: sobrevivir. Mi necesidad de estar "presente" en una forma significativa sólo podía perturbar el precario equilibrio que ellos mantenían. Me sentí impotente. Ni siquiera podía ayudar escuchándolos.

5

Política de Manipulación

Como nunca habia prestado mucha atención a la política, tenía mucho que aprender cuando llegué a El Salvador. Por haber llegado en tiempo de elecciones, me di cuenta desde el principio que nadie era inmune a los efectos de la manipulación política.

Ya había trabajado por algunos meses en un campamento de 2.000 personas desplazadas. La vivienda constaba de estructuras largas cubiertas con tejas de zinc, divididas en unidades familiares. La parroquia suministró el zinc, pero cada familia era responsable por el resto. Las paredes estaban hechas de una mezcolanza de plástico, cañas, piedras o barro. Abundaban las enfermedades infecciosas.

Mi compañera Marina y yo iniciamos clases dos sábados al mes con seis promotores de salud, dos de cada uno de los tres campamentos. Se les distribuyeron algunos medicamentos básicos como aspirina, analgésicos y jarabes para la tos, los cuales ayudaban a la gente que venía a solicitarlos. Pero sabíamos que ofrecer medicamentos no era suficiente. Teníamos que hacer algo para controlar la propagación de enfermedades respiratorias, parásitos intestinales, y sarampión. Así que también iniciamos clases de salud preventiva con grupos más grandes.

Disfruté preparando las clases, y experimentando con diferentes métodos de enseñanza e ideas creativas. El

grupo de 10 en El Tiangue estaba entusiasmado y nos divertíamos juntos. Comencé a descubrir, sin embargo, que la metodología de educación tradicional no estaba dando resultados. Se suponía que no estaban ahí sólo por interés propio. Supuestamente estaban ahí para motivar a sus amigos y vecinos a mejorar sus hábitos de salud.

Uno de los problemas que identificamos desde el principio fue que la gente no usaba las letrinas. Una tarde llegué a la clase con la determinación de desarrollar un plan concreto de acción. La semana anterior habíamos discutido sobre la promoción de una campaña de educación acerca de los riesgos para la salud causados por desechos humanos. La tarea para esa semana fue pensar en formas de implementar dicha educación.

"Muy bien, ¿Qué ideas tienen acerca de la campaña de educación?" pregunté, una vez que el grupo se había reunido.

"Podemos hacer un drama después de la misa", dijo Carlos. Asentí y los animé para que compartieran más ideas.

"¿Qué tal hacer algo en la escuela?", sugirió alguien más.

"Podemos reunirnos con nuestros vecinos y dar una charla como acostumbran a hacerlo en la clínica", sugirió Lupe. Me interesó su comentario acerca de la clínica. "¿Daban clases en la clínica?" pregunté.

"Seguro", respondió Lupe. "Mientras esperábamos la consulta con el doctor, las enfermeras daban charlas acerca de la importancia de las letrinas, no caminar con los pies descalzos, hervir el agua para beber y cosas similares".

"¿Creen ustedes que la mayoría de las personas han escuchado esas clases alguna vez?" Fue mi siguiente pregunta.

"Seguro que sí", respondieron varios de ellos.

Mi premisa era que la gente no usaba las letrinas porque no entendía su importancia. Este nuevo fragmento de información puso en duda mi supuesto de que una campaña de educación cambiaría sus hábitos. "Si la gente ya sabe que deben usar la letrina, ¿por qué no lo hacen?"

Se miraron uno al otro, avergonzados por la pregunta.

Carlos habló primero. "La gente que ha vivido toda su vida en el campo no está acostumbrada a ellas", dijo. "Cuando es sólo una familia rodeada de maizales, es más fácil ... Bueno, usted sabe..."

Se escucharon risitas entre varias mujeres.

"Es sólo que ellos no están acostumbrados a usarlas, aún cuando les enseñaron de otra manera", puntualizó él rápidamente.

"¿Entonces cómo los convencemos para que cambien?", pregunté.

"Pienso que debemos inculcárselo en la cabeza", dijo Lupe. "La campaña de educación es una buena idea".

Lucía no estaba tan segura. "Han ido ustedes cerca de las letrinas de este campamento?", preguntó.

Tuve que admitir que yo no lo había hecho.

"¡Apestan!" exclamó ella. "Todos sabemos que las personas que no están acostumbradas a usar las letrinas, algunas veces las estropean. Peor aún, hay papeles sucios y tusas regadas por todos lados. Yo no voy a culpar ni un poquito a la gente por no usar esas horribles letrinas".

Todos estuvimos de acuerdo en que éste era un buen punto. Ahora teníamos algo concreto, pensé. Pregunté quién era el responsable de limpiar las letrinas.

"Se supone que Toño", dijo Carlos. "Aún más, se le paga para que lo haga, pero sólo lo hace cuando quiere."

María habló por primera vez. "Es verdad, pero ustedes no lo pueden culpar mucho cuando no recibe puntualmente su pago". Los otros asintieron.

"¿Quién es el responsable de pagarle a él?", pregunté.

El presidente del consejo del campamento supuestamente recolectaba una cuota de cada familia y le daba la plata a Toño. Pero el presidente del consejo no era firme en recoger el dinero, ya que estaba enfadado porque los demás miembros del consejo no hacían la parte del trabajo que les correspondía. Además de esto, la gente lo acusaba de malgastar los fondos. Entender por qué la gente no usaba las letrinas se volvía más complicado.

"¿Qué podemos hacer para que el consejo funcione mejor?"

Silencio.

Yo sabía que el equipo de la parroquia trabajaba duro con los consejos de los campamentos. Los consejos en Gotera eran algunos de los mejor organizados del país, por lo menos hasta cuando el gobierno tomó el control de ellos antes de las elecciones.

"Si el consejo no funciona, ¿por qué ustedes no lo cambian?", pregunté.

"Se acaba de cambiar", explicó alguien finalmente. "Después de las elecciones, la nueva gobernadora nombró a los miembros de su partido político para el consejo".

Cambió el tema. Terminamos la clase sin ninguna solución al problema de las letrinas. Yo no era muy sagaz políticamente, pero sabía que ahora estábamos frente a una muralla. La falta de organización de la comunidad, la desconfianza, y la manipulación política eran el centro del problema. ¿Qué podíamos hacer?

Mientras tanto, comencé a visitar Cacaopera, un pueblo de 2000 habitantes a 12 kilómetros de Gotera. Acompañaba al sacerdote todos los domingos cuando iba a dar la misa. La gente de Cacaopera me robó el corazón desde el principio. Pedro me llevó a San José, un pequeño campamento de cerca de 30 familias desplazadas.

Como un visitante lo describiría más adelante, "¡Al lado de los de San José, los campamentos en Gotera parecen barrios lujosos!" Tres módulos en techo de zinc estaban separados 1.5 metros el uno del otro. Familias de seis u ocho personas vivían en espacios de 3.0 x 3.5 metros, divididos por "paredes" de caña de maíz. Aprendí a sentarme con cuidado en las hamacas, preocupada de que mi peso fuera demasiado para el raído lazo, o que la podrida madera que la sostenía se rompiera.

Sin embargo, no fue la condición de su vivienda pobre lo que más me impresionó. Fueron sus niños. Había visto niños desnutridos en Bolivia, pero nada como éstos.

"Por favor entre", dijo Julia. La suya fue la primera champa (rancho) que visitamos. "Me temo que Santos va a morir. Mírenlo".

Alzó de la hamaca lo que parecía un manojo de trapos. Envuelto en los trapos estaba la delgada forma de un bebé soñoliento. Me impresionó, parecía un esqueleto.

"No es mi hijo", explicó Julia. "Su madre murió después de que él nació. Era mi hermana. Su padre está tan enfermo y débil que ni siquiera puede caminar. Estoy tratando de amamantarlos a los dos, a Santos y a mi hijo Mario". Ella tomó en el otro brazo a Mario, quien parecía mucho más saludable. "Santos estaba enfermo cuando nació y ha tenido diarrea casi constantemente. Yo no sé qué más hacer con él".

Miré a Julia. Era inconfundiblemente indígena, con los pómulos salientes, la frente amplia y la piel morena. Sus rasgos faciales resaltaban aún más por sus mejillas hundidas y su aspecto demacrado. Era de baja estatura, delgada, iba descalza y llevaba puesto un vestido de retazos en algodón; su cabeza ni siquiera llegaba a mi hombro. ¿Cómo podía esta frágil mujer amamantar a dos niños?

Yo estaba impresionada por el bebé y por la fatigada mujer que sacrificaba su cuerpo, pobremente nutrido, para alimentarlo. Había algo apremiantemente hermoso en Julia; la incongruente perfección del amor sacrificial en medio de la fealdad de la pobreza.

Mis sentimientos mezclados eran confusos en el momento en que propuse comenzar a darle a Santos una leche mejorada. Tenía pocas esperanzas de que él viviera. Aún si sobreviviera, me pregunté acerca del daño cerebral. Pero tenía que tratar de salvarlo.

Conocí a otros niños. Estaba Isabel, con su barriga inflada y sus delgados brazos. Luchaba por recuperarse del sarampión. De cerca de 80 niños, 15 ya habían muerto por una reciente epidemia de sarampión. ¿Sería ella la próxima víctima de la mortal enfermedad que yo siempre había visto como una enfermedad "normal" en la infancia?

También estaba Pancha, quien me recordaba a un cervatillo con sus grandes ojos castaños. Estaba desnutrida debido a la tuberculosis que tenía, junto con el 25% de los demás niños menores de cinco años.

A la siguiente semana regresé a San José con una cinta métrica para medir el perímetro del brazo de los niños, una forma primitiva de asignar un status nutricional.

Quería pesar a todos los niños, pero no parecía procedente reunirlos a todos en un grupo grande. Cacaopera había vivido recientemente una masacre. Era un riesgo, incluso para el sacerdote, continuar yendo allá para la misa. Nadie sabía hasta qué punto podíamos iniciar de nuevo otros programas. Yo era nueva, laica, y trabajadora en salud; según los militares, todos los factores estaban en mi contra. No podía moverme muy rápido.

Los desplazados, tanto en Gotera como en Cacaopera, se quejaban del trabajo de los proyectos de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID). Los proyectos intentaban brindar una asistencia financiera mínima para un gran número de personas, pagándoles por hacer trabajos comunitarios tales como reparación de carreteras. Hombres y mujeres eran contratados por dos semanas de trabajo a destajo por seis colones diarios. La paga, la mitad del salario mínimo en El Salvador, representaba más o menos US$1.50. A pesar de la mezquina paga, los trabajos tenían gran demanda, pero la gente estaba enojada porque los capataces de las cuadrillas contrataban amigos y miembros de sus familias en lugar de aquellos que necesitaban desesperadamente el trabajo.

En Cacaopera las acusaciones fueron más graves. Era de conocimiento público que USAID había aprobado un proyecto de agua potable para el pueblo, y que le habían entregado el dinero al alcalde. El proyecto de agua nunca se materializó, pero de repente el alcalde tuvo suficiente dinero para comprarse una camioneta nueva. La gente sospechaba y me pidió investigar.

Hablé con el director de USAID dos veces. Admitió que los fondos algunas veces eran mal administrados y dijo que ellos estaban buscando una organización más confiable que CONADES (la Comisión Gubernamental para los Desplazados) para manejar los proyectos. Quise creer que la mala administración era el único problema, pero el programa de planificación familiar de USAID me hizo dudar de los verdaderos motivos detrás de los proyectos de USAID.

No parecía correcto que los anticonceptivos estuvieran fácilmente disponibles para las mujeres, cuando el hospital ni siquiera tenía antibióticos o aspirina. Marina y yo nos reunimos con la directora del hospital para discutir

el hecho de que la gente acudiera a nosotros en busca de medicamentos.

La directora del hospital era muy ingenua con respecto a los problemas que enfrentaba. "La base militar tiene una farmacia con mejores suministros que los nuestros, pero ellos usan primero nuestros medicamentos; los soldados tienen prioridad y nunca pagan nada".

Se encogió de hombros a modo de aceptación silenciosa. El director anterior a ella huyó por temor a perder su vida, y ella ya había sido amenazada. "También tenemos problemas con los doctores que toman la provisión de medicamentos para utilizarlos en sus prácticas privadas. Pero el principal problema es que no existe suficiente presupuesto para brindar atención médica". Después de una pausa dijo, "Recibimos algunos medicamentos de USAID, pero para obtenerlos dependemos de alcanzar nuestra cuota".

"¿Qué cuota?" preguntó Marina.

"Tenemos que realizar 30 esterilizaciones por mes para poder recibir sus medicamentos", contestó.

Me di cuenta que las mujeres que se negaban a ir al hospital porque eran hostigadas, probablemente no exageraban. La cuota era dividida entre enfermeras y doctores presionados para lograr que las mujeres fueran esterilizadas. Para ver al doctor, las pacientes cumplían con varios pasos. Una enfermera las registraba, alguien más les tomaba los signos vitales, y otra persona los llevaba a un cuarto para examinarlas. En cada etapa, los trabajadores del hospital trataban de convencer a las mujeres de que se dejaran esterilizar.

Era práctica común preguntar a la mujer en el momento de mayor dolor durante las contracciones del parto si quería volver a vivir tal dolor. Si ella respondía "No", la esterilizaban.

Ocasionalmente ni siquiera pedían autorización de la paciente. Una mujer llegó a la casa de las monjas bañada en lágrimas; acababa de dar a luz a su segundo hijo por cesárea. Cuando ella se recuperaba de la cirugía, el doctor le preguntó si quería tener más hijos.

"Por supuesto", respondió ella.

"Qué lástima", le dijo él, "porque la esterilicé durante la operación".

Otra mujer tenía una larga historia de problemas menstruales y de infecciones vaginales. Repetidos viajes al hospital por consulta externa nunca la mejoraron. Finalmente, un doctor particular tomó interés en su caso. Al examinarla le encontró un dispositivo intrauterino (DIU), colocado obviamente años atrás. Pero ella no sabía nada de esto. Cuando el médico revisó su historia clínica encontró que hacía ocho años, le habían colocado el dispositivo sin su consentimiento.

¿Por qué tanto énfasis en la planificación familiar? Los pobres tienen familias numerosas porque los hijos son necesarios para trabajar. Los altos índices de mortalidad infantil requieren que una familia tenga un número suficiente de hijos para garantizar que algunos de ellos sobrevivan. Estudios sobre control de población indican que cuando los pobres comienzan a sentir una cierta seguridad económica, voluntariamente tienen un número menor de hijos. Sin embargo, los programas de planificación familiar en El Salvador no toman en cuenta que el 2 % de la población es dueña del 60% de la tierra, dejando a la mayoría de la población de una sociedad, eminentemente agrícola, en una pobreza desesperante.

La filosofía de USAID asumía que había demasiada gente pobre, y no que los recursos estaban distribuidos en forma injusta. Reducir el número de personas pobres por medio de la planificación familliar era una de las formas de aliviar la creciente presión por una distribución más equitativa de los recursos. La planificación familiar era, una importante estrategia de contrainsurgencia.

En agosto de 1984 empezamos a escuchar rumores acerca de un nuevo programa de salud en los campamentos. Poco a poco fuimos conociendo detalles. El nombre del proyecto era "Proyecto Esperanza". Era patrocinado por una organización privada cuyo presupuesto de siete millones de dólares para El Salvador era suministrado por USAID. Sus oficinas estaban en las instalaciones de la embajada de los Estados Unidos.

El Proyecto Esperanza estaba interesado en coordinar los programas de salud con nosotras. Llamaron un día en que ni Marina ni yo estábamos; Marina devolvió la llamada al día siguiente. La persona por quien preguntó no estaba, pero tan pronto ella dijo su nombre la secretaria la comunicó con el director. Era desconcertante; ¿por

qué un proyecto tan grande como ése estaba interesado en dos enfermeras del CCM en Gotera?

Aclaramos desde el comienzo que no queríamos estar en coordinación con un programa ligado a las políticas cuestionables de USAID. Cuando rechazamos sus iniciativas, los trabajadores del Proyecto Esperanza fueron a los campamentos con una lista de los promotores que nosotros habíamos capacitado y les ofrecieron un salario de 400 colones por mes para trabajar con el Proyecto Esperanza, en lugar de trabajar como voluntarios con la iglesia.

Aunque las falsas promesas del pasado les hicieron dudar, los promotores querían creer que esta vez las promesas se harían realidad. Cada campamento tendría su propia clínica asistida por enfermeras; los promotores harían el trabajo en salud preventiva y las visitas domiciliarias.

Tuve la oportunidad, durante los meses que el proyecto se estuvo desarrollando, de leer un documento que esbozaba la estrategia militar y la ayuda humanitaria. De acuerdo con el documento, los militares sospechaban de cualquier organización privada que se negara a trabajar en coordinación con los programas del gobierno. El ejército los consideraba "la retaguardia de los rebeldes del FMLN" y planeaba "neutralizarlos".

Estaba espantada; se refería a nosotros. Si el documento era cierto, las consecuencias eran inquietantes. ¿Qué significaba ser neutralizado? ¿Qué problema había en mantener los programas de la iglesia separados de los del gobierno?

Comencé a escuchar términos como "ganar corazones y mentes", programas de "pacificación", "conflicto de baja intensidad" y "drenar el mar para matar el pez". Un oficial del ejército explicó gráficamente el concepto de drenar el mar para matar el pez; Tomó una pecera en una reunión que se llevaba a cabo con personas que habían preferido permanecer en sus casas en el campo.

"Ustedes son el mar", les dijo. "Y el pez son los subversivos. Sin agua, muere el pez". Vació el agua en el piso. "Esta es la razón por la cual si ustedes permanecen aquí, puede ser que tengamos que hacer lo que hicimos en El Mozote". Se refería a la masacre en la cual el ejército mató a más de 900 personas.

El ejército empujó a los campesinos, de la zona rural a Gotera, por medio de amenazas, masacres y bombas. Una vez en Gotera, comenzó la pacificación. En lugar de ser la "mala gente" que asesinaba civiles, el ejército intentaba presentarse a sí mismo como la "buena gente" que les repartía a los desplazados comida y medicamentos. Me di cuenta que la gente controlada por el terror es fácilmente pacificable. Queriendo creer que los asesinos han cambiado, los desplazados se aferran a cualquier señal de esperanza.

La Cruz Roja Internacional era la responsable de distribuir alimentos en Cacaopera. Pero en una disputa que duró varios meses, el coronel negó el permiso para que los camiones cargados de alimentos pudieran pasar. Entonces cuando la gente ya se estaba desesperando, el ejército llegó y repartió algunas libras de maíz y de fríjol a cada familia. Durante mi siguiente visita, no escuché más que alabanzas por la amabilidad del coronel. La gente estaba tan atemorizada, que ni siquiera pensó en el hecho de que el coronel creaba esta gran necesidad, que luego él llenaba con menos de la mitad de las raciones que ellos debían recibir de la Cruz Roja.

La atención en salud fue otro de los aspectos de los programas de pacificación. El ejército periódicamente iniciaba "campañas de acción cívica". Varios camiones grandes para el transporte de tropas llegaban al pueblo, los soldados distribuían unas cuantas libras de fríjoles o arroz entre la gente, literalmente tirando las raciones de los camiones entre la agitada y apretujada multitud. Algunas veces trajeron payasos o la banda del ejército con el fin de crear una atmósfera de fiesta. Llamaron a los doctores del hospital público local para que les ayudaran en sus campañas.

Una experiencia en particular reveló que los motivos del ejército eran, más que mejorar la salud de los pobres, ganarse el favor de la gente. El doctor de la base militar anunció que todos los doctores del hospital irían con él al día siguiente.

Una de las doctoras protestó. "¿Qué va a pasar con los pacientes en el hospital?", preguntó. "Atendemos más de 300 pacientes diarios por consulta externa".

"Usted puede quedarse si lo desea", fue la respuesta fría.

La doctora se quedó en el hospital y más tarde fue obligada a salir del país a causa de las amenazas.

Los doctores que fueron, quedaron hastiados. "Estábamos usando 'bajo órdenes' los medicamentos disponibles", explicó uno de ellos. "Como el único medicamento disponible era para parásitos intestinales, eso era lo que teníamos que dar, sin importar de qué enfermedad se tratara".

Frecuentemente, el coronel trataba de establecer un vínculo público entre la iglesia y el ejército. El "día del soldado" el coronel invitaba a los sacerdotes a dar la misa a las tropas. Y en ocasiones especiales se les pedía a los sacerdotes unirse a los gobernantes y oficiales militares para hablar desde las tarimas principales. Los sacerdotes inventaban excusas para no hacerlo, puesto que ellos no querían legitimizar la estructura militar y de gobierno responsable de tantos abusos.

A pesar de que yo estaba acostumbrada a que se buscara que los sacerdotes se identificaran con los militares, me sorprendí cuando Marina y yo recibimos una inesperada invitación. Una noche, a eso de las 7:00 p.m. alguien llamó a nuestra puerta. Allí estaban un asesor militar norteamericano y cuatro civiles, obviamente, norteamericanos también. Dijeron que venían a visitarnos, así que los invitamos a pasar. El asesor se presentó. Era un cristiano evangélico de una famillia hispana y era graduado en psicología. Sus amigos eran trabajadores en salud de un grupo evangélico llamado "Para Vida".

El asesor tomó el control de la conversación, hablando libremente de sus esperanzas de "cristianizar" al ejército. Habló de los pobres campesinos reclutados a quienes él quería ayudarles a aprender a leer. También habló de los abusos de los derechos humanos y de su deseo de hacer más humana la guerra.

Luego tocó el tema de la corrupción. En dos ocasiones dijo abruptamente, "¡lo que este país necesita es una REVOLUCION!" Pero se contuvo, diciendo: "Pero no dejaremos que eso suceda. Vamos a cambiar las cosas lentamente, inundando a El Salvador de la influencia norteamericana".

Sus arranques nos tomaron por sorpresa. Yo no podía creer que un oficial norteamericano con un título en psicología se animara en demanda de una revolución.

¿Estaba tratando de obtener una reacción de parte nuestra? Pero ¿por qué?

Un rato más tarde se aclaró la razón de su visita. A los cuatro trabajadores en salud los había hospedado el ejército para que hicieran una campaña de salud en los campamentos. Ellos iban a visitar cada campamento y a repartir medicamentos. Querían que nosotras les tradujéramos.

Tratamos de explicarles que nuestro trabajo estaba enfocado a la capacitación y la prevención en el campo, donde no había servicios disponibles. Gastar un día repartiendo medicamentos en los campamentos no solucionaría los problemas a largo plazo. Yo había aprendido bien la lección con las letrinas en El Tiangue.

"Quizá no", respondió uno de los visitantes. "Pero en el último campamento que visitamos, le salvamos la vida a un hombre que habría muerto de neumonía si no hubiéramos llegado en el momento en que lo hicimos. Ese era el tiempo de Dios, Dios nos guió para estar ahí en ese momento".

Obviamente era honesto; se podía sentir bien por haber ayudado a salvar la vida de alguien porque no se preguntaba por qué el hombre salvado tenía que vivir en un campamento. Deseé poder ayudarle a entender que la ayuda del gobierno de los Estados Unidos al ejército de El Salvador había ayudado a crear las condiciones que ahora reclamaban su atención.

No sabía cómo responder, especialmente con un asesor presente. ¿Cómo podría explicar que pensaba que el trabajo en salud estaba siendo manipulado, y que el ejército estaba tratando de usarnos para promover su imagen en los campamentos? Si el ejército estaba tan preocupado por la gente pobre y enferma, por qué nos dificultaban tanto trabajar en el campo, donde el trabajo en salud era realmente necesario? ¿Por qué cortaron los servicios médicos en las áreas rurales y los promocionaron en Gotera? Los militares usaban los medicamentos como señuelo para llevar a la gente a vivir donde el ejército quería que viviera. ¿Y qué de salvar vidas? ¿La posibilidad de salvarle la vida a alguien, justificaba unirse a los asesinos de miles?

Tratamos de ayudarles a entender estas cuestiones, pero nuestras perspectivas diferentes no nos permitieron

entendernos. Finalmente, uno de los visitantes dijo, "No entiendo lo que ustedes están diciendo, sin embargo, voy a orar para pedir sabiduría". Oramos juntos y luego se marcharon. Qué grupo más diverso, cada uno de nosotros seguía sinceramente sus propias convicciones, las cuales sentíamos como inspiradas por Dios. ¿Cómo pudimos llegar a puntos tan diferentes?

Durante los primeros meses de 1985, recibí las respuestas a mis preguntas acerca de lo que significaba ser neutralizado. Los trabajadores que habíamos capacitado comenzaron a trabajar con el Proyecto Esperanza. Las clínicas estaban en construcción en los campamentos, al igual que los centros de nutrición. Las promesas relumbrantes minaban exitosamente nuestros esfuerzos de conscientizar poco a poco las bases. No había razón para que permaneciéramos en competencia. Habíamos sido neutralizados.

Sin embargo, al año, la gente estaba rogándonos que trabajáramos de nuevo en los campamentos. Las clínicas no tenían medicamentos, las enfermeras regañaban a la gente, y los promotores perdieron su sentido de sacrificio y de servicio una vez que comenzaron a ganar un salario. Pero para ese momento, estábamos ocupados con programas en el campo.

Algunos años más tarde leí algunos documentos sobre el conflicto de baja intensidad, que me ayudaron a aclarar mi experiencia en Gotera. Un documento interno del ejército de los Estados Unidos describía la perspectiva de los asesores de los Estados Unidos en El Salvador. El documento decía, "Vemos a El Salvador como una tierra fértil, hasta ahora poco cultivada, para enseñarles a los norteamericanos cómo pelear pequeñas guerras".[2] Me tomó por sorpresa el supuesto de que los Estados Unidos estaba literalmente en guerra en El Salvador. "Estuvimos en guerra. Habíamos estado en guerra, por lo menos desde 1981".[3]

Conflicto de baja intensidad (CBI) era la nueva estrategia para pelear las guerras pequeñas. La Marina se refería al CBI como "Paz Violenta".[4] La idea era combatir el comunismo librando una guerra psicológica, sin comprometer tropas de los Estados Unidos en la batalla. La ayuda humanitaria era el componente clave.

En su libro *La Guerra Contra los Pobres, El Conflicto de Baja Intensidad y la Fe Cristiana*, Jack Nelson-Pallmeyer cita a un general de los Estados Unidos quien dijo. "'La ayuda humanitaria es una misión fundamental del Departamento de Defensa en el conflicto de baja intensidad'. Es una 'parte integral de las operaciones militares'".[5] Nuestra cautela por llegar a estar involucradas en los programas gubernamentales de ayuda humanitaria estaba bien fundamentada.

6

Aprendiendo a Vivir en Medio del Sufrimiento

No fue difícil dejar nuestro trabajo en los campamentos una vez que comenzó el Proyecto Esperanza, puesto que yo ya estaba involucrada en Cacaopera. Cerca de dos tercios de la gente originaria de Cacaopera salieron en los primeros años de la guerra.

El desplazamiento siguió un patrón general. La gente del pueblo que tenía dinero se fue a San Salvador o a los Estados Unidos. Otros, incluyendo algunos de los más adinerados de las aldeas circunvecinas, se fueron a Gotera. La gente más pobre se dividió; algunos permanecieron en sus casas, otros huyeron al campamento de refugiados de Colomancagua, y el resto se fue a Cacaopera. Generalmente los más pobres, de transfondo indígena, se asentaron en Cacaopera.

Mario me enseñó la historia del pueblo indígena. Aunque él mismo no era indígena, tomó gran interés por su causa. Como director de la "Casa de Historia y Cultura" de Cacaopera, tenía muchas oportunidades de promover la dignidad de los Mayas que habían perdido su orgullo cultural.

Mario me explicó que cuando los conquistadores españoles invadieron El Salvador en 1524, encontraron a los indígenas viviendo en comunidad, trabajando en agricul-

tura cooperativa. Les tomó 15 años a los españoles conquistar a los indígenas. Finalmente, destruyeron la forma de vivir de los indígenas, se adueñaron de la propiedad comunitaria y forzaron a los indígenas a cultivar índigo en grandes plantaciones.

En 1841, El Salvador se convirtió en república. Al mismo tiempo, la demanda de índigo bajó y fue reemplazada por la producción de café. Las mejores tierras se expropiaron aún más para cultivar café, de tal manera que los dueños de la tierra se hicieron más ricos, en tanto que los pobres se hicieron más pobres.

Luego se desató la Gran Depresión. Los precios del café cayeron, dejando a muchos trabajadores desamparados. El 22 de enero de 1932, estalló una insurrección popular y los campesinos, la mayoría indígenas, mataron a 35 civiles y 100 soldados. El ejército tomó represalias masacrando 30.000 campesinos en un período de tres semanas. Ser indígena llegó a ser un estigma. La gente dejó de hablar su lengua nativa o de vestir sus trajes típicos, temerosos de que a ellos también los asesinaran.

Todavía algunas de las mujeres ancianas de Cacaopera continuaban vistiéndose en la forma característica de los indígenas. Se peinaban el cabello largo agarrado en trenzas y vestían sus trajes de algodón, totalmente plisados y ribeteados. Un hombre de Cacaopera podía hablar un poco de Nahaut, el dialecto de la zona, pero era difícil convencerlo de que lo hablara, a menos que estuviera ebrio.

La historia reciente de Cacaopera también era trágica. La narración de la hermana Anselma acerca de lo que ocurrió el miércoles de ceniza de 1983 es una de las muchas historias parecidas.

> Era miércoles de ceniza y el padre Gerardo y yo habíamos estado en Cacaopera para la misa. Aparentemente, después que salimos de allí, la Guardia Nacional arrestó a siete personas. Arrestaron a Julio, el catequista, a su esposa, Gumercinda y a Agustina, su hija. Luego arrestaron a María Apolonia, quien no tenía conexión directa con los otros, excepto que también era pobre y venía de Calavera, una aldea de los alrededores. Los otros tres hombres eran de una familia rica y muy conocidos en el pueblo.
>
> Después que escuchamos la noticia el jueves en la mañana, Nelson, un seminarista y yo fuimos a Cacaopera. Estacionamos el carro y caminamos por el pueblo. Creo que nunca voy a olvidar esa caminata porque, a medida que pasábamos, las puertas se abrían y la gente

comenzó a unírsenos. Era como si estuvieran temerosos de salir hasta que vieran a alguien más. En el momento en que llegamos a la clínica debía haber 100 personas.

Entramos y un hombre anciano estaba cerrando con costura unos costales para granos. Había juntado los pedazos de los cuerpos que habían sido mutilados a machete y los había metido en sacos que luego cosía, alistándolos así para el entierro.

Yo lloraba tanto que no podía rezar, así que Nelson rezó algunas oraciones. Luego todos fuimos al cementerio donde estaban sepultando a Apolonia, y rezamos allí también. Después de esto la gente comenzó a buscar los cuerpos de los hombres. Se habían escuchado disparos a las 9:00 p.m. la noche anterior, así que creímos que los hombres también habían sido asesinados.

No encontrando pista alguna de los hombres, fuimos a la Guardia Nacional y a la Defensa Civil. Los dos grupos negaron saber algo acerca de los asesinatos.

Entonces recordé que el embajador de los Estados Unidos, Dean Hinton, iba a estar en Gotera. Quizás él podía usar su influencia para hallar a los hombres. Nelson y yo subimos al carro y nos apresuramos hacia Gotera, esperando alcanzarlo. Lo llamamos por teléfono y él aceptó vernos. Yo estaba llorando tanto, que difícilmente podía hablar. Le conté acerca de los tres cuerpos despedazados a machete y le dije que quería saber qué había pasado con los hombres.

El embajador nos dijo que, si los Estados Unidos hubieran estado entrenando a las tropas salvadoreñas, esa clase de problemas no sucederían, y prometió investigar. El único resultado de nuestra conversación fue que el jefe de la Guardia Nacional en Cacaopera fue transferido a Gotera. Una semana después él estaba en un jeep acompañado de otros tres guardias, todos ebrios; se estrellaron contra un palo en las afueras del pueblo y murieron. Este fue el final de la investigación.

Nos enteramos de lo que había sucedido por Julio. Los tres hombres de la familia rica habían sido liberados inmediatamente porque mucha gente los conocía y habló a favor de ellos. Los liberaron cerca de las 7:00 p.m. y regresaron directamente a su aldea. Nadie en el pueblo se dio cuenta de que los habían liberado.

Julio fue el único que pudo escapar. Su esposa pudo desatar las cuerdas que le amarraban las manos, mientras que él actuaba como si estuviera fuertemente atado.

Todos fueron llevados a un campo. Los guardias mataron a las mujeres primero. En el momento en que mataban a Apolonia, uno de ellos le pidió al hombre que vigilaba a Julio que alumbrara con la linterna porque no podía ver. Entonces el guardián fue para ayudarle.

En ese instante Julio se quitó las cuerdas de las manos, se quitó la camisa y la tiró al aire mientras él corría en dirección opuesta. Los guardias le dispararon a la camisa mientras Julio escapaba ileso.

Esa historia me enfrentó a muchos cuestionamientos. Catequistas amenazados. Mujeres pobres mutiladas mortalmente, sin ninguna razón. Hombres liberados debido a su dinero y prestigio. Guardias mentirosos. El valor de la gente que sepultó los cuerpos una vez que se dieron cuenta de que no estaban solos. El reconocimiento del embajador del hecho de que quienes recibían fondos de los Estados Unidos eran los responsables de las atrocidades y su incapacidad o falta de voluntad para hacer algo acerca de ellas. El autosacrificio de Gumercinda y la creatividad de Julio al planear su fuga. Llegué a reconocer estos mismos aspectos historia tras historia.

Las historias que escuché fueron tan terribles que luché emocionalmente en contra de ellas, tratando de convencerme de que había pasado mucho tiempo. Quizás las atrocidades ocurrieron en 1980 y 1981, pero estamos en 1984. Las cosas han cambiado, me dije, pero el destello ocasional del temor de alguien, me hacía volver a la realidad. Toma más de dos o tres años procesar el terror de la represión.

Ana me recordó esta verdad. Un día yo estaba en su casa visitándola. Habíamos trabajado juntas por cerca de seis meses, pero nuestra relación había sido superficial. Toma mucho tiempo entrar en confianza. Esa vez la conversación se tornó seria; ella bajó la voz al punto que tuve que esforzarme para escucharla.

Estábamos solas en la casa, y sin embargo, ella miró a todos lados para ver si alguien estaba cerca. "Mi marido es pariente del padre Octavio", susurró ella. (El padre Octavio Ortíz fue asesinado por los militares en 1979). "El se crió aquí. El resto de sus parientes huyó después de que él fue asesinado".

Se paró abruptamente, fue a la puerta y miró hacia afuera. Luego tomó su biblia del estante y la hojeó cuidadosamente hasta encontrar una pequeña tarjeta. Luego me la pasó. Era una foto del padre Octavio junto con un versículo bíblico.

"Fueron repartidas en su funeral", dijo. "Después, quien fuera sorprendido con una, era torturado y asesinado, entonces enterré la mía por un tiempo".

Me estremecí al sentir su temor acerca de algo que me parecía tan inofensivo. ¿Por qué tenía ella tanto temor de admitir que estaba emparentada con el padre Octavio? ¿Era eso un crimen? Sin embargo, Ana sabía mejor que yo que la represión no necesita crímenes.

Otro incidente mientras yo estaba en Cacaopera acabó con mis ingenuas suposiciones de que las atrocidades eran cosa del pasado. Yo estaba viajando de regreso a Gotera con el equipo de salud de la clínica. El doctor tenía un armadillo atado en el piso.

"Tuve un paciente hoy que ni siquiera tenía 20 centavos para pagar el examen médico, así que su padre me ofreció este armadillo". El obviamente, estaba satisfecho con el cambio.

Más tarde, me enteré de que el padre había sido capturado por soldados cuando abandonaba la clínica. Alguien lo había señalado como simpatizante de la guerrilla. Los condujeron a él y al niño de 10 años al cementerio. El padre logró desatarse las manos y escapó corriendo mientras que los soldados estaban ocupados. Nunca se le ocurrió que le harían daño al niño. Estaba equivocado. Furiosos porque había escapado, los soldados mataron al niño y dejaron su cuerpo decapitado en el cementerio.

Este incidente está relacionado con una experiencia que me ayudó a comenzar a entender el miedo. Estábamos en mitad de la misa en Cacaopera cuando comenzó una balacera. Sonaba como si viniera del cementerio. Algunos hombres cerraron las pesadas puertas de madera de la iglesia. Me sentí aliviada de estar en la iglesia con sus gruesas paredes de adobe.

Luego, los disparos resonaron tan cerca que me pregunté si no estaban dando contra el templo. Rápida pero calmadamente, nos movimos del centro hacia la seguridad que nos brindaban las paredes. Apiñados en el piso, comenzamos a recitar oraciones repetitivas. El rezo y el responso de palabras conocidas tenía un efecto tranquilizante. Me impresionaba ver cuán calmada estaba la gente, incluso los niños.

Cuando la balacera terminó y la misa prosiguió, la hermana Anselma habló acerca del niño que había sido decapitado. "Los soldados que lo mataron no son los únicos responsables de su muerte", dijo. Su voz vibraba con emoción y convicción. "Quien falsamente denunció a

su padre como simpatizante de la guerrilla, es igualmente culpable".

Estaba escuchándola atentamente cuando me di cuenta que un soldado estaba parado detrás de Anselma en el altar. Mi pecho se paralizó de horror y mi pulso comenzó a acelerarse. Ella no sabía que él estaba detrás de ella. ¿Qué si ella decía algo más en contra de los militares? ¿Debía tratar de alertarla?

Miré al soldado. Su cara estaba pintada con camuflage verde, y tenía un pañuelo rojo atado a la cabeza. Sostenía su M-16 amenazadoramente, listo a disparar a la menor provocación. Imágenes del arzobispo Oscar Romero (asesinado mientras presidía una misa) llegaron a mi mente. Temí por la vida de Anselma.

Algunos soldados más entraron y se pasearon por los pasillos. Por lo menos Anselma sabía ahora que la estaban escuchando. Buscaron entre los rostros de la gente de la congregación, como para provocar a alguien a desafiar su autoridad. Sus ojos se asomaban grotescamente en sus caras pintadas. Acusando. Amenazando.

Yo reflejé los rostros indiferentes de aquellos a mi alrededor. Disimulé, fortaleciendo mi corazón y mirando hacia adelante como todos los demás.

Anselma prosiguió. "Repito: Quien denunció al padre es igualmente culpable de la muerte del niño. La lengua es un arma viciosa. Los cristianos deben aprender a controlar su lengua". Ella descendió del altar y cantamos la canción de despedida.

Cuanto más aprendía acerca de Cacaopera y más experimentaba durante mis visitas, más me sentía fuertemente atraída para trabajar allá. Me sentí frustrada de ir sólo los domingos en la mañana con el padre, así que comencé a ir con el equipo móvil de salud del hospital. Un doctor y dos enfermeras en salud pública atendían la clínica dos veces por semana.

Mientras ellos veían a los pacientes, visité San José. Comencé a trabajar con los nueve niños más severamente afectados por la desnutrición. Los pesé dos veces por mes y les enseñé a las madres a preparar una mezcla de leche y aceite rica en proteínas y calorías.

Trabajé intensamente con el pequeño Santos, el bebé desnutrido que había encontrado en mi primera visita. Tenía cuatro meses de edad y pesaba siete libras. Comen-

zaba a ganar un poco de peso cuando otro ataque de diarrea hizo descender su peso de nuevo vertiginosamente. Nunca supe cuando me iba si estaría con vida cuando yo volviera. Sin embargo, demostró ser un luchador. Al cumplir los dos años de edad era tan saludable como cualquier otro niño de los campamentos.

Conocí más acerca de la historia de la familia de Santos. Su padre, Felicito, tenía tuberculosis. Había estado en tratamiento pero desistió porque no tenía dinero para los pasajes en bus al centro de tratamiento. La madre de Santos murió después que él nació. Parecía que ella también tenía tuberculosis. Me enteré por el equipo de salud de la clínica, que Cacaopera había sido por mucho tiempo un foco de tuberculosis. Seguía extendiéndose debido a las pésimas condiciones de vida en el campamento.

El año anterior, el equipo de salud y la parroquia habían coordinado sus esfuerzos para enviar cierto número de personas a un exámen de pulmones. Aquellos que resultaron positivos comenzaron un tratamiento durante un año, pero la falta de seguimiento redundó en que la mayoría nunca lo terminó. No terminar un tratamiento de tuberculosis podía generar el desarrollo de una especie de bacteria resistente al tratamiento médico.

Sin temor ante los previos intentos fallidos de luchar contra el problema de la tuberculosis, me entregué por completo a establecer un programa de tratamiento. Leí acerca de la tuberculosis, escribí cartas, me reuní con el equipo de la clínica, hice planes con el hospital en Gotera, visité el centro regional para el tratamiento de la tuberculosis en San Miguel y hablé con los funcionarios del ministerio de salud. Desarrollé un plan realista de detección y tratamiento que implicaría coordinación entre las clínicas y los hospitales.

La respuesta inicial de los que se involucraron fue positiva, Pero cuando traté de avanzar más allá de las etapas de planeación, surgieron obstáculos. El hospital no tenía película para rayos X. El ministerio de salud no tenía medicamentos suficientes, había luchas internas entre las oficinas regionales. El doctor de la clínica estaba finalizando su año de servicio obligatorio y no había garantías de que fuera reemplazado. Incluso, existía el peligro de que cerraran la clínica.

Todos los planes para un programa contra la tuberculosis fracasaron. Me sentí desanimada y enojada a medida que me daba cuenta que la gente pobre de Cacaopera no era una prioridad.

Los siguientes meses fueron difíciles. Al comienzo, cuando llegamos, parecía haber muchas oportunidades para trabajar. El tiempo confirmó las tremendas necesidades en salud, pero también dejó ver las barreras detrás de las puertas abiertas. Me sentía frustrada. No hacíamos más que poner pequeñas vendas sobre una gran herida.

El equipo del CCM tenía largas discusiones acerca de nuestro trabajo, sentíamos el desafío por responder al sufrimiento de la gente sin importarnos quiénes eran ni qué creían. No era correcto permitirle al gobierno definir dónde, cómo y con quiénes trabajaríamos.

De acuerdo con la definición de neutralidad del gobierno, yo podía repartir medicamentos entre los desplazados de Gotera; sin embargo, no podía luchar contra las raíces de los problemas de salud. Ni podía trabajar con la gente que había preferido permanecer en sus casas en el campo, sin ser acusada de haber hecho un compromiso político con el FMLN. Creíamos que los cristianos necesitábamos estar presentes en ambos lados de cualquier conflicto, dando prioridad a la gente que sufre, sin tener en cuenta su convicción política.

Puesto que parecía que nuestro trabajo en Gotera no iba a dar resultados, voluntariamente me ofrecí para ayudar a investigar otras áreas potenciales. Estaba convencida que esto era correcto y estaba decidida a hacerlo, aunque me sintiera atemorizada por las consecuencias.

Sentía a Dios en ese momento como un Dios exigente. Sentí como una amenaza el versículo en Lucas 12:48. "Porque a cualquiera que se le ha dado mucho, mucho le será exigido, y a aquél a quien se le ha confiado mucho, mucho se le pedirá." A mí me habían dado mucho, así que asumí el peso de las exigencias que se me hacían.

Pero después me contagié de hepatitis. En teoría, yo quería hacer lo que pensaba que era correcto, pero era un alivio tener una buena excusa para no hacerlo. Sentí una vaga depresión durante este tiempo, mientras mi corazón, mi cabeza y mi cuerpo batallaban uno contra otro sobre el bien y el mal.

El equipo del CCM luchaba también. Podíamos discutir cuestiones de vida y muerte y fácilmente llegar a un consenso. Qué ironía, entonces, que nos tomara 45 minutos hablar en grupo para decidir qué película ver o en dónde comer cuando estábamos juntos en nuestras reuniones mensuales.

Pero la gran cuestión que discutimos durante varios meses fue si estábamos de acuerdo en contratar a alguien para que lavara las sábanas y las toallas en nuestra casa en la capital. A veces, las relaciones eran tensas y tirantes. Nos necesitábamos con tanta urgencia el uno al otro, nos sentíamos tan decididos a hacer lo que era correcto. Ante todo, queríamos ser una comunidad; pero la presión era demasiada. ¿Dónde estaba la energía para apoyar a otros, cuando como individuos apenas sobrevivíamos?

Durante ese tiempo Marina tuvo la visita oportuna de una amiga cercana que era una terapista experimentada. Después de observar nuestra dinámica de grupo, dijo que tendría que ayudarnos o dejarnos durante nuestras discusiones, porque no soportaba observar nuestra manera de relacionarnos.

Gustosamente aceptamos su ayuda. Se reunió con nosotros varias veces; esto no solucionó nuestros problemas, pero nos dio herramientas valiosas. Fuimos capaces de mirarnos a nosotros mismos y reirnos; también hicimos la prueba de personalidad de Myers-Briggs, la cual nos ayudó a ver que todos teníamos formas diferentes de percibir y responder al mundo. Nadie trataba de ser difícil intencionalmente.

Daniel, nuestro director, espontáneo y extrovertido, traía algún asunto para ser discutido en el grupo. Tomábamos una decisón e invariablemente al día siguiente Ronaldo o yo habíamos pensado en otro punto que debía haber sido considerado. Era comprensible que Daniel se frustrara. ¿Por qué no lo habíamos dicho durante la discusión antes que se tomara una decisión? Aprendimos que Ronaldo y yo eramos introvertidos y procesábamos las ideas interiormente, y no verbalmente con el resto del grupo. Necesitábamos pensar antes de formarnos opiniones.

El equipo consideró diversas formas para que nuestras reuniones fueran de mayor beneficio. Me sentí comprendida y aceptada cuando me di cuenta que los demás valoraban mis opiniones lo suficiente como para estruc-

turar las reuniones en una forma que me permitiera participar plenamente. Aunque necesitaba hacer un esfuerzo, dado su carácter espontáneo, Daniel trataría de permitirme conocer de antemano las cuestiones que se iban a discutir. Algunas veces, hablábamos acerca de algún asunto, luego tomábamos unos momentos para pensar en él individualmente antes de tomar una decisión.

Aprendimos lecciones muy valiosas a través de nuestras luchas. Y vimos cómo estábamos desplazando el estrés y la tensión. Los pequeños incidentes crecieron desproporcionadamente como una reacción del estrés a las cuestiones de mayor importancia. Llegamos a un mejor entendimiento de nosotros mismos como individuos, y lo que eso significaba para la dinámica de grupo, y aprendimos formas de estructurar nuestro tiempo juntos de manera que fuera más tranquilo y productivo.

Después de reevaluar nuestro trabajo, decidimos que yo debía dedicarle más tiempo y energía a Cacaopera. Comencé por considerar cómo podía extender mi trabajo allá. ¿Hasta dónde me dejarían llegar los militares? ¿Dónde estaba la "línea divisoria"? ¿Cuáles serían las consecuencias si yo iba demasiado lejos? Me sentía temerosa.

Todos estuvimos de acuerdo en que no era lo ideal para mí estar yendo allá sola, pero no vi ninguna otra alternativa. En enero de 1985 comencé a pasar algunas noches por semana en Cacaopera.

Me quedaba en el convento detrás de la iglesia. Este constaba de dos cuartos sencillos con una mesa y estantes, tenía paredes de adobe y techo de tejas. Cinco familias de desplazados habían construído sus chozas al lado del convento, así que yo tenía vecinos cercanos.

Mis vecinos estaban tan cerca, que constantemente me recordaban mi abundancia. Compré algo de pan una tarde, pero cuando llegué a casa me di cuenta de que estaba viejo y un poco mohoso. Pasó algún tiempo antes que lo pusiera en una vasija plástica de desperdicios junto con cáscaras de cebolla y de mango. Puesto que todos acostumbraban a echarle sus desperdicios a los cerdos, yo hice lo mismo. Sin embargo, cuando los estaba botando, me di cuenta que una mujer me observaba. Al regresar, eché una mirada por encima del hombro y vi que estaba rescatando el pan y las cáscaras de cebolla del

cerdo que ya empezaba a osarlos. Más tarde, el mismo día, vi a la mujer darle tres grandes tortillas a una mujer, retrasada mental, que sobrevivía medigando comida.

Desde entonces, confrontaba el dilema de los desperdicios. Las decisiones sobre el estilo de vida ya no eran teóricas. Vivía con personas a quienes afectaba directamente con mis decisiones. ¿Qué debía hacer con un pan mohoso? ¿Comérmelo yo misma? ¿Deshacerme de él en secreto? ¿Ofrecérselo a mis vecinos -"Aquí esta este pan, no es suficientemente bueno para mí, pero pienso que a ustedes les podría gustar?"

Luego fue mi basura. Los niños se juntaban para rescatar preciosos tesoros antes de que yo quemara la basura. Me encontré explicándoles que la única razón por la cual yo quemaba una bolsa plástica era porque tenía un hueco grande, y que yo trataba de no desperdiciar el papel, pero que tenía que escribir muchos informes. "Sí, puedes llevarte el papel a casa. Tienes razón, es mejor el papel higiénico que las tusas y las hojas". Hasta llegué a llevar mis desperdicios a escondidas a Gotera algunas veces, sólo para tirarlos anónimamente y en paz.

Permanecí preocupada por muchos casos sospechosos de tuberculosis que encontré. El programa de tuberculosis en ese momento consistía en pagarle a Felicito el pasaje en bus para que fuera a cumplir su cita mensual en San Miguel. Era alentador ver su recuperación y la gente en el campamento se dio cuenta de cuán mejor se encontraba. Otro hombre tenía síntomas de tuberculosis; como sentía temor de ir solo a San Miguel, se me ocurrió que podría ir con Felicito, quien se sintió emocionado de ayudar a alguien más.

Y así, durante el siguiente año, un pequeño pero sólido programa de tuberculosis comenzó a tomar forma. Como miembros del equipo de salud de la parroquia, llegamos a ser abogados de los pobres, quienes frecuentemente no eran atendidos por el sistema de atención de salud pública. Apoyamos con la logística y algunas veces suplimos medicinas o película para rayos X, pero el programa dependía de que los pobres se ayudaran entre sí.

Nunca había visitado las aldeas en las afueras de Cacaopera, así que cuando algunos hombres interesados en recibir clases de salud en Tierra Blanca me invitaron, decidí ir. Fue estimulante caminar por el campo, respirar el aire fresco y ver las montañas.

Disfruté visitando a la gente en sus casas. Eso me dio una idea de lo que los desplazados habían dejado a cambio de los sucios y atestados campamentos. La aldea estaba a sólo 45 minutos a pie y me pareció muy fácil ir allá. ¿Cuál era el problema? ¿Por qué las personas que tenían mayor experiencia pensaban que era un riesgo?

Me tomó como dos semanas percibir las consecuencias de mi visita. Me asombraba la cantidad de comentarios que la gente hacía. No necesariamente eran negativos, pero todos en el pueblo sabían que yo había ido a Tierra Blanca.

Pronto me di cuenta de que la gente del pueblo no era la única que sabía de mi visita. Juan me llevó aparte un domingo después de la misa. "Los soldados vinieron a Tierra Blanca el otro día", dijo en voz baja. "Preguntaron quién era usted y qué hacía aquí. Les dije que usted trabajaba con la iglesia dando clases de salud. Hicieron algunas preguntas más y dijeron que estaba bien mientras que no hablaramos de la guerra o de política".

La realidad de ser observada destruyó la emoción de mi visita. Parecía tan natural estar en Tierra Blanca, me había sentido relajada y en paz; pero me di cuenta que mis sentimientos eran inconsistentes con la realidad. Sólo me pude sentir así mientras que lo hacía ingenuamente. Una vez que supe que bajo la tranquila superficie había una burbujeante capa de duda y sospecha, nunca pude relajarme por completo de nuevo.

¿Había cometido un error? ¿Había ido demasiado lejos, demasiado rápido? ¿Cuáles serían las consecuencias para la gente de la clase de salud? Después de consultar con algunas personas, decidimos que estaba bien seguir yendo a Tierra Blanca dado que los soldados lo sabían de todas maneras, pero era mejor no ir a otras aldeas.

Después de esto nunca salí de Cacaopera sin antes hacer una evaluación. Había soldados en el área. ¿Sería mejor no ir esta vez? O, la noche anterior habían disparado morteros. ¿Sospecharía el ejército si yo salía al día siguiente? Me sentía tensa a medida que luchaba por ser prudente sin dejarme intimidar.

En medio del temor y la tensión otra emoción se abrió paso. ¡Me enamoré! La amistad entre otro voluntario y yo prosperó en romance. Nuestra relación se desarrolló en el mismo momento en que yo estaba cuestionando mi

compromiso con El Salvador. Me sentía insegura acerca de mi trabajo y no estaba segura dónde encajaba en la parroquia. Necesitaba a alguien que creyera en mí cuando era difícil que yo creyera en mí misma.

Abril fue un tiempo crítico. Sabía que necesitaba un hogar, lo cual significaba, o que tendría que regresar a los Estados Unidos, o echar raíces donde me encontraba.

No puedo recordar qué me hizo finalmente alquilar una casa en Cacaopera y hacer de ésta mi hogar. Quizás comenzaba a darme cuenta que estaba usando nuestra relación como una excusa conveniente para escapar de una situación que parecía ser mayor de lo que yo podía manejar. De cualquier modo, decidí darle a Cacaopera otra oportunidad. Mi amigo y yo decidimos de común acuerdo terminar nuestra relación. Poco tiempo después, cuando su contrato finalizó, nos despedimos en buenos términos.

La relación me dejó una impresión perdurable, pues me permitió aceptar mi necesidad de intimidad. Tener esta necesidad satisfecha por un tiempo me ayudó a empezar a buscar relaciones comprometidas que me proporcionaran intimidad y seguridad, independientemente de una relación romántica.

También, en esos meses, estaba redefiniendo mi concepto de seguridad. Luché contra mis limitaciones y, a pesar de todo, pude sentir el amor de Dios por mí. Me di cuenta que las definiciones claras del bien o del mal tenían más que ver con mi necesidad de una estructura, que con el carácter de Dios. Si yo confiaba en el Espíritu de Dios que estaba en mí, sería capaz de discernir la verdad en una situación dada, sin seguir de manera legalista la letra de la ley.

Carmen, una trabajadora del equipo de salud de la parroquia, y Daniel estuvieron ayudándome a trasladarme a mi nueva casa,la que había alquilado, cuando el ejército nos arrestó. Esta experiencia confirmó mi reciente decisión de quedarme en El Salvador.

7

Bajo Arresto

Viernes. 10 de mayo de 1985. 5:30 p.m. San Salvador, El Salvador. Examino mi celda. Dos camas, paredes desnudas, un sanitario razonablemente limpio. Unos cuantos rayos de luz se filtran a través de una estrecha fila de listones encima de mi cama. Lucho por vislumbrar el cielo; parada en la punta de los pies puedo divisar una pulgada cuadrada. Me siento tranquila. Miro mi reloj. Al menos no perderé la noción del tiempo, pienso.

Un hombre uniformado entra y hace un inventario de cada cosa de mi bolso. "Por seguridad", dice. Me pide mi reloj. Siento que el control se me escapa. Siento temor.

El primer índice del problema vino el jueves en la mañana. Yo estaba en Cacaopera trasladándome a mi nueva casa. Daniel (un voluntario del CCM) y Carmen (una compañera de trabajo salvadoreña) estaban ayudándome a mudar cuando una mujer, miembro de la iglesia, nos avisó que los soldados la habían interrogado acerca de mí.

Ella repitió algunas de sus preguntas. "¿Qué hace ella? ¿Por qué está aquí? ¿Por qué está trasladándose a una casa en Cacaopera? ¿Es norteamericana?"

Un par de horas más tarde unos soldados interrumpieron nuestro almuerzo. Uno de ellos entró y se sentó, mientras algunos más rodearon la casa. El soldado al

mando revisó nuestros documentos de identificación e hizo algunas preguntas acerca de nuestro trabajo. Al salir dijo que quizás regresarían.

Terminamos de almorzar, decidimos cancelar la clase de salud en una aldea vecina y comenzamos a trabajar en la huerta. A las 2:00 p.m. los soldados entraron en la casa sin anunciarse. Yo estaba molesta. Dijeron que el teniente quería hablar con nosotros y que íbamos a ir con ellos.

Nos tomamos nuestro tiempo preparándonos para salir. Me tranquilizaba el hecho de que Daniel estuviera con nosotros, pero me preocupaba Carmen, puesto que el ejército tendía a respetar al extranjero y a maltratar a los salvadoreños. Nos escoltaron dos soldados adelante y dos atrás, hasta la colina en las afueras del pueblo. Saludé a cada persona que vi, intencionalmente, esperando que sospecharan de los soldados que nos acompañaban.

El teniente estaba tranquilamente tirado en la grama cuando llegamos. Dio la orden de enviar un mensaje por radio, luego se volvió hacia nosotros. Me preguntaba sin pensar si nosotros seríamos el objeto del mensaje. Pidió nuestros documentos de identidad, y nos preguntó si sabíamos las fechas de expiración. Sus preguntas parecían más una manera de pasar el tiempo, que un interrogatorio.

La lluvia comenzó a salpicarnos y nos llevaron a una casa cercana. Diez minutos más tarde escuchamos un helicóptero y un soldado vino por nosotros.

El teniente nos informó que nos llevarían al cuartel militar de San Francisco Gotera. "Espero que no tengan problema. ¿Ustedes no tienen planes para esta tarde, verdad? No se preocupen, en seguida los traeremos de nuevo acá".

Su cortesía me impresionó por ser tan hipócrita. ¿Qué estaba pasando? Subimos al helicóptero y partimos inmediatamente. Las recientes lluvias de primavera le habían infundido al campo nueva vida. Mi mente no podía comprender que fuera posible apreciar tan espléndida vista desde un instrumento de guerra, y que el artillero a mi lado estuviera en posición de matar. Rápidamente nos acercamos a Gotera y pasamos sobre la casa del CCM. Me pregunté qué estaría haciendo mi compañera Marina.

Un jeep nos estaba esperando cuando llegamos a Gotera. Nos condujeron al cuartel, que quedaba pasando la casa del sacerdote. Busqué algún rostro conocido pero no vi a nadie. Esperamos justo a la entrada del cuartel por hora y media. Mirando por la puerta veía la plaza por la que yo pasaba cuando visitaba a los sacerdotes.

Cada cosa me era familiar. Entonces, ¿por qué mirar desde el cuartel hacia la plaza era tan diferente a mirar desde la plaza hacia el cuartel? ¿Era porque me sentía atrapada? O quizás era por estar bajo la sombra de un inmenso mural de una calavera y unos huesos cruzados que estaban pintados en la pared del cuartel.

Las campanas de la iglesia interrumpieron mis pensamientos. Era la hora de la misa de las 4:00 p.m. El padre Alfredo estaba a sólo unos cientos de metros. Si tan sólo él supiera!

Mientras tanto, algunos oficiales nos interrogaban. "¿Por qué trabajan ustedes en Cacaopera cuando hay muchas personas desplazadas en Gotera?" preguntó uno de ellos.

Le respondí que puesto que había cantidad de instituciones trabajando en Gotera y nadie estaba ayudando en Cacaopera, habíamos decidido que éramos más necesarios en Cacaopera. Preguntamos por qué nos habían detenido, y pedimos ver a quien estuviera al mando.

Uno de los oficiales respondió que estábamos en una zona de conflicto sin autorización del coronel.

"Trabajamos con la parroquia", explicó Daniel. "El equipo de la parroquia le informa a cada nuevo coronel sobre el trabajo que hacemos, pero nunca pedimos permiso a los militares para trabajar dentro de nuestra parroquia. Pueden llamar a los sacerdotes si ustedes quieren aclarar nuestra situación".

"No confiamos en ellos".

"Entonces llamen a las hermanas", dijo Daniel.

"Mucho menos confiamos en ellas", fue la respuesta tajante.

Una hora más tarde nos montaron en un minibús que se dirigió a la dirección regional del ejército en San Miguel. Ocho soldados nos acompañaron, cada uno armado con su M-16 y con granadas que colgaban de las correas en sus pechos.

Pasamos a la vista de la casa de los sacerdotes, de la casa de las monjas y del viejo convento donde Marina y yo vivíamos. Mantuve los ojos pegados a la ventana esperando ver a alguien del equipo de la parroquia. Paramos para abastecernos de gasolina, giramos y regresamos por la misma ruta para recoger a otro soldado. Estaba segura que en una segunda oportunidad vería a alguien conocido. Me desilusioné.

Llegamos a San Miguel justo para la interpretación del himno nacional de las 6:00 p.m. Nada indicaba que nos estuvieran esperando. Los soldados de Gotera regresaron y nos dejaron afuera sentados y solos. Un soldado nos preguntó a quién habíamos venido a visitar. Comencé a relajarme. No puede ser algo tan serio si nos tratan de esta manera, pensé.

Como comenzaba a oscurecer, nos hicieron seguir a una sala de espera. Le preguntamos al oficial por qué nos habían arrestado. Parecía no saber. Pedimos ver a quien estuviera al mando y que nos permitieran hacer una llamada telefónica. Ambas peticiones nos fueron negadas. El tiempo transcurrió lentamente. Jugamos con el reloj de Daniel, conformes de que por lo menos estábamos los tres juntos.

Yo observaba a los soldados. Estaban aburridos y pasaban el tiempo igual que nosotros. Había una clara jerarquía entre ellos: respeto, basado en el temor, por el de mayor rango. Era el Día de la Madre. El teléfono estaba ocupado debido a que los hombres estaban llamando a sus esposas y madres para expresarles su cariño y su aprecio.

Se veía claramente que nos estaban tratando como un caso especial. Cuando nos dio hambre, enviaron a un soldado para que comprara lo que quisiéramos, obviamente, con nuestro dinero. El jueves en la noche cenamos con hamburguesas y papas fritas. Cuando pregunté dónde íbamos a dormir, mandaron por unos colchones que tendimos en el piso de la sala de espera.

El viernes en la mañana la seguridad era todavía moderada. Insistimos en ver a quien estuviera al mando, sin embargo, nadie nos hizo caso. Discutieron la posibilidad de entregarnos a la embajada de los Estados Unidos en la capital. Nos sentamos afuera haciendo juegos de palabras, y luego nos movimos más allá del edificio, bajo un árbol.

Era la media mañana cuando llegó una delegada de la Cruz Roja Internacional. Sabía que nos habían capturado, pero se sorprendió de vernos en San Miguel. Escasamente tuvimos oportunidad de intercambiar saludos, cuando un oficial la retiró. Entonces nos sugirieron cortesmente que estaríamos más cómodos dentro del edificio. Entramos una vez más en la sala de espera y nos sentamos en la banca ubicada contra la pared. Los soldados colocaron otra banca a la entrada, a manera de barricada.

Yo estaba emocionada de ver a la delegada de la Cruz Roja y esperaba que nos dejaran bajo su custodia. Tuvimos una discusión animada sobre cómo celebrar nuestro regreso a Gotera exactamente 24 horas después de ser capturados. Traté de ignorar la duda que me corroía al pensar en la razón por la que no nos dejaban en libertad.

Carmen y yo estábamos caminando de un lado al otro para estirar un poco las piernas, cuando vimos que estaban escoltando hacia su carro a la delegada de la Cruz Roja . Volvió a mirar para atrás hacia donde estábamos detenidos, estirando el cuello en un esfuerzo por ver si todavía estábamos ahí. Mi corazón se desalentó. Después de todo, no iban a liberarnos. Alguien tenía planes para nosotros, no era sólo un error. Nos sentamos en un silencio inquietante, mientras se hacían intensos esfuerzos para encontrar un helicóptero para trasladarnos.

A las 3:00 p.m. nos llevaron en helicóptero hasta el aeropuerto de San Miguel. Allí esperamos durante una hora a que llegara un avión DC 3 de transporte militar. Había más gente que quería viajar en el avión pero, como prisioneros, nos dieron prioridad.

Durante los 25 minutos que duró el viaje, Daniel y yo discutimos nuestra estrategia para responder a las preguntas. Era posible que nos obligaran a abandonar el país. Me di cuenta de lo mucho que yo quería quedarme, pero mi vida continuaría; lo que me preocupaba cada vez más era la vida de Carmen. Como salvadoreña, ella no estaba protegida por la publicidad internacional que Daniel y yo teníamos.

Aterrizamos en el aeropuerto que usábamos cuando tomábamos el taxi aéreo desde San Miguel. Los lugares conocidos me recordaban las muchas veces que yo había optado por ir allí. Esta vez era diferente, yo no había

escogido venir. Era una prisionera sin ningún control de la situación. La realidad empezaba a consumirme.

Mientras esperaba en el aeropuerto, vi a un policía del Departamento de Hacienda que se parecía a Darth Vader, con su brillante casco negro y sus altas botas negras. Conociendo la reputación de crueldad de ese grupo, me sentí aliviada de estar en manos del ejército. Pero poco tiempo después, entró un grupo de hombres uniformados. Se presentaron como miembros de la Policía del Departamento de Hacienda y dijeron que nos llevarían a las oficinas de su jefatura. Se me aceleró el pulso.

Subimos a una camioneta renovada, con alfombra gruesa, asientos de lujo, vidrios a prueba de balas y ventanas oscuras. Parecía deteriorada por el uso. Yo había leído sobre las camionetas de los escuadrones de la muerte. Me pregunté cuántas personas habían sido golpeadas en el lugar donde mis pies reposaban. Desprevenidamente me pregunté cómo hacían para limpiar la sangre de la gruesa alfombra.

En la jefatura de la policía nos llevaron al salón social de los empleados. Quizás no sera tan mal después de todo, pensé.

Daniel le preguntó al teniente cuánto tiempo estaríamos detenidos.

"Quizás tres o seis horas, o puede ser un día, o dos, o tres".

¿Qué querían con nosotros? Después de unos minutos nos dijeron que nos separarían. Se llevaron a Carmen primero. Yo oré a Dios pidiendo por su protección. Luego me llevaron en carro a otro edificio. Era bien entrada la tarde del viernes. Habíamos estado prisioneros por más de 24 horas.

Un enfermero vino a mi celda para asegurarse de que yo estaba bien. Me ofreció Valium, un tranquilizante, y dijo que regresaría todos los días. ¿Por qué pensaba que yo posiblemente necesitaría un tranquilizante? Desesperadamente quise asegurarle que no me encontraría al siguiente día. Luego me dejarían en libertad, ¿no es cierto?

Un hombre que resultó ser mi interrogador tomó mi cartera y mi reloj. Eso me recordó el hecho de registrarse en un hospital; era impersonal, deshumanizante. La ma-

quinaria trabaja como un reloj, devorando individuos y arrojando prisioneros.

Traté de concentrarme en cualquier cosa que ocupara mi mente; no sabía cuánto tiempo iba a estar sola sin nada que hacer. Cuando comenzó el himno nacional sabía que eran las 6:00 p.m. Pensé que la banda de Gotera tocaba mucho mejor que ésta. Me trajeron comida: fríjoles, arroz, tortillas y plátanos. Me sorprendí de sentirme capaz de comer; traté de masticar cada bocado 30 veces antes de tragarlo. Oré.

Después de la comida el vicecónsul de la embajada de los Estados Unidos vino y me explicó que estaba acusada de enseñar la doctrina Marxista. La acusación me pareció un absurdo. No sabía nada de Marxismo. ¿Se referían a mis clases de salud y biblia?

"Pero no hay problema. Saldrá libre esta noche".

Su bulliciosa voz interrumpió mis pensamientos. Quise pensar que sería tan fácil. Pero tenía mis dudas, puesto que ya había pasado el horario de trabajo y era viernes en la noche. El siguió hablando de lo mucho que la guardia de Hacienda había cambiado y de su absoluta confianza en ellos.

No le creí. Sin embargo, me sentí mejor al saber que los voluntarios del CCM se habían puesto en contacto con él. Otro tipo de maquinaria estaba en marcha, funcionando para mi bien. Sentí un gran peso en el corazón por los prisioneros que se sienten olvidados y abandonados. Le pedí al funcionario de la embajada que se asegurara de ver a Carmen. No me prometió nada.

El interrogatorio comenzó tan pronto como él salió. Mi interrogador tenía unos 25 años y vestía uniforme militar. Tenía cabello negro y corto, bigote y un lunar en medio del mentón. Se parecía a cualquier hombre joven que uno podría encontrar en la calle. Estaba bien entrenado en técnicas de interrogación. Algunas veces era amigable y ameno, animándome con un movimiento afirmativo de cabeza y una sonrisa, Pero en un instante su forma se hacía fría y seca.

A veces se paseaba mientras hacía una pregunta en forma pausada y deliberada. Luego, giraba rápidamente, acercando su cara a la mía, con ojos penetrantes, mientras esperaba mi respuesta.

"¿Cuál es el nombre de Marx? Dígame todo lo que usted sepa de Marxismo. ¿Qué versículo bíblico usó Marx para descarriar a la clase trabajadora en Londres?"

Tratando por lo menos de recuperar un semblante de control, le dije que no sabía qué versículo había usado Marx, y le pedí que me lo dijera.

Lo agarré fuera de base. "Yo ... yo no conozco el versículo exacto", vaciló. "Pero Marx usó la biblia para crear descontento entre la gente contra el sistema de clases". Recuperando la confianza de nuevo, continuó: "Marx manipuló la biblia, enseñó que no era la voluntad de Dios que unos fueran ricos y otros pobres. Por supuesto, Dios ama a todos por igual, pero eso no significa que algunos no tengan más que otros".

El interrogatorio continuó. "¿Qué enseña usted en sus clases de biblia? ¿Por qué les enseña a los pobres a trabajar juntos? ¿Cómo podrían ser malentendidas sus clases? ¿Cuándo les dictó las charlas políticas? ¿Por qué les enseña a los pobres que Dios los ama?"

La razón de su última pregunta me desconcertó. ¿Qué quería lograr? "Yo les enseño a los pobres que Dios los ama porque es verdad",le respondí de manera sencilla.

Las preguntas continuaron. "¿Cuál es el nombre de Lenin? Federico? Vladimir? Diferencie marxismo, comunismo, leninismo y socialismo".

Las preguntas me dejaron perpleja. No me molesté tratando de inventar respuestas a las preguntas, sino que dije repetidamente que no sabía.

"¿Cuándo dio las charlas políticas? Tenemos prueba de que usted las ha dado, entonces, ¿por qué no lo admite sencillamente? ¿Por qué dicta clases bíblicas sobre trabajo comunitario?"

Perdí completamente la noción del tiempo.

"¿Cuándo entró por primera vez al país? ¿Cómo entró? ¿Por qué vino por tierra? ¿A qué lugar fue primero? ¿A qué persona les habló primero? ¿Cuándo fue a Gotera?"

Las preguntas persistieron. Me sentía bombardeada. Sólo quería que se fuera.

Por último se sentó y me alcanzó una hoja de papel. "Será más fácil para usted escribir los lugares y las fechas de sus charlas políticas", dijo. "No quiero tener que

lastimarla ni forzarla a salir del país, sin embargo, si no puede recordar, yo tendré que ayudarle".

Me tomó por sorpresa. ¿Había entendido mal, o en verdad me estaba amenazando?

"Regresaré pronto para ver si usted ha recordado", prometió, dirijiéndose hacia la puerta.

Me recosté en la cama con el corazón latiéndome fuertemente. Razoné que sería contraproducente herir a una nortamericana; no se atreverían, sería mala publicidad. El gobierno de los Estados Unidos le daba a El Salvador más de un millón de dólares al día. No arriesgarían la ayuda por hacerle daño a una ciudadana norteamericana.

No obstante, una sombra de duda permanecía. Yo sabía que los interrogadores salvadoreños estaban entrenados en técnicas de tortura. Oré pidiendo que mi mente se aclarara. Le pedí a Dios protección para Carmen y misericordia para los muchos salvadoreños, quienes más que amenazados, eran torturados.

A pesar de que estaba exhausta por no haber podido dormir la noche anterior, no pude aquietar mi mente arremolinada. ¿Qué podía decirle para quitármelo de encima? Mentalmente repasé mis clases con los desplazados. Estaba la clase sobre I de Pedro 2, donde discutimos qué significaba ser piedras vivas edificadas en un templo espiritual. Ese fue el comienzo del programa de nutrición. Esos versículos los inspiraron para trabajar juntos y enfrentar el problema de la desnutrición en el campamento.

Luego, estaba la clase acerca de la reconstrucción del muro de Jerusalén por parte de Nehemías. En realidad ellos podían identificarse con Nehemías, puesto que eran desplazados como él. Tuvimos una buena discusión acerca de los obstáculos que Nehemías enfrentó y de los obstáculos que ellos enfrentaban tratando de ayudar a los niños.

Sin embargo, yo ya había explicado lo de los estudios bíblicos. ¿Qué más podía decir? Mi interrogador tenía tanto poder sobre mí! Yo quería satisfacerlo para que me dejara sola. Comencé a entender por qué los oprimidos se esfuerzan tanto para complacer a sus opresores.

Cuando escuché la llave en la cerradura de la puerta me sobresalté, sentía el corazón latir aceleradamente y las manos sudorosas. ¡El estaba regresando para ver si yo

había recordado las charlas políticas!. Pero sólo era el guardia que hacía una ronda. Lo mismo sucedió por lo menos cuatro veces. Me sentí aliviada cuando finalmente llegó el nuevo día.

El sábado en la mañana el interrogatorio comenzó de nuevo. Era el mismo interrogador, pero estaba vestido de civil. No hizo referencia a la noche anterior. Durante las primeras horas estuvo interesado en llenar los formularios de rigor: nombre, edad, fecha de nacimiento, nombre del padre, escuela secundaria, universidad y demás cosas. Puesto que no podía entender los nombres en inglés tuvo que dejar que yo los escribiera.

El funcionario de la embajada interrumpió una de las sesiones. Pero esta vez él no estaba tan optimista en cuanto a nuestra liberación. Se ofreció para traerme una muda de ropa y algunos libros. Tuve la impresión de que podía tomar algunos días más. Más tarde me enteré de que él les había dicho a los miembros del CCM que podría ser hasta unos 15 días. Me sentí frustrada porque ni siquiera había tratado de ver a Carmen.

Al medio día tuve como una hora para pensar y poco a poco me sentía más hastiada de todo lo que estaba sucediendo. Podía ser forzada a abandonar el país por culpa del jovencito presumido e insolente que me interrogaba. La investigación se estaba desarrollando y mi futuro dependía de las evidencias que él presentara. Me sentí resentida con él y con el poder que ejercía sobre mí.

Tenía miedo de ver entrar a mi interrogador otra vez. Esta vez estaba apurado por tener llenos los formularios. "¿En qué actividades políticas ha participado usted? ¿Tiene algunos amigos comunistas?" Después, otra repetición acerca de a qué escuela secundaria fui, qué hice después de la universidad, cómo entré al país. Me pregunté si era tan desorganizado que tenía que volverle a repetir, o si estaba tratando de desgastarme. Decidí que quizás era desorganizado.

A las 3:00 p.m. un coronel, el segundo en el mando de la Policía del Departamento de Hacienda, llegó vistiendo jeans azules y zapatos tenis. Dejó en claro que estaba en camino a la playa, pero que lo habían llamado para resolver este caso. Dijo que quería hablar de "cristiano a cristiano". Se presentó como miembro de una iglesia bautista local, amigo personal de Pat Roberson y sustentador del Club 700 y de Juventud con una Misión.

"Puede ser difícil entender esta experiencia ahora mismo", dijo, "pero todas las cosas ayudan a bien a los que aman a Dios. Mi madre me decía así cuando yo era joven y aún lo creo".

Citó las instrucciones de Pablo en Efesios 6: "Esclavos, obedezcan a sus amos terrenales y, amos, traten a sus esclavos con respeto".

"Eso prueba que el sistema de clases es bíblico", prosiguió. "Dios hizo a algunos pobres y a otros ricos; los pobres necesitan permanecer en su posición y los ricos necesitan ser buenos con ellos. La sociedad no podría funcionar si fuera de cualquier otra forma.

"Usted debe ser cuidadosa al leer la biblia con los pobres. Por ejemplo, si usted sólo lee el versículo 'Es más difícil para un rico entrar en el reino de los cielos que pasar un camello por el ojo de una aguja', ellos tendrán una idea errada, pensarán que los ricos no pueden ser cristianos. Usted debe darles una visión equilibrada".

Me pregunté si habría sido arrestada, si hubiese expresado el amor de Dios a los pobres repartiendo tratados bíblicos en lugar de tratar de ayudarlos a mejorar sus condiciones de vida inhumanas. Pero no expresé mis preguntas al coronel. Todos los pensamientos de ser profeta fueron suprimidos por mi deseo de ser liberada.

Finalmente, él dijo que sólo tenía dos preguntas: "¿Ha dado charlas políticas? ¿Está trabajando usted con la guerrilla?" Satisfecho con mis respuestas, dijo que seríamos liberados pronto.

El interrogador terminó sus preguntas en una media hora. ¡Estaba contenta por el sorpresivo giro de los acontecimientos! Me llevaron a una oficina donde Daniel ya me estaba esperando. Carmen llegó unos minutos más tarde. Ella y Daniel habían sido interrogados, pero no tan intensamente. ¡El vicecónsul y uno de los miembros del CCM que había venido a traer nuestras maletas con la muda de ropa, nos llevaron a casa!

Nos liberaron el sábado en la tarde, a las 4:00 p.m., justo cuando mi padre y mi madrastra llegaban al país para unas vacaciones, que habían planeado con anticipación. A pesar de que sabían que estábamos detenidos, decidieron venir de todas maneras. Marina los recogió en el aeropuerto sin saber que nos habían dejado en libertad. ¡Tuvimos una alegre reunión esa noche!

El lunes en la mañana Carmen regresó a Gotera con un amigo. Los seis miembros del equipo del CCM nos reunimos para hacer una evaluación de nuestros sentimientos. Miedo. Enojo. Pérdida de control. Vulnerabilidad. Nos sorprendió la intensidad de las emociones que expresábamos, a medida que empezamos a saborear un poquito de lo que los salvadoreños enfrentaban día tras día. ¿Cómo hacían ellos?

Todas las personas compartieron sus emociones. Por primera vez, estábamos expresando juntos nuestros sentimientos a flor de piel. Ya sabíamos soportar la situación, pero de una manera muy superficial. Nuestras emociones existían de manera subterránea y se retorcían y bullían, hasta que, finalmente, salieron a flote. Ronaldo estaba prácticamente agotado después de tres años intensos en El Salvador, y la responsabilidad de la toma de decisiones para lograr liberarnos había caído principalmente sobre sus hombros.

Nadie sabía cómo responder a esta situación, pero alguien tenía que tomar una decisión. Estos eran los años de transición en la guerra civil en El Salvador, después de 1980 y 1981, cuando se dieron las primeras atrocidades, y antes de que el hostigamiento leve a extranjeros llegara a ser común. Entonces no teníamos planes de contingencia como los desarrollamos después. Sus reservas emocionales ya estaban agotadas, Ronaldo inclinó su cabeza y sollozó.

Nos asustamos al darnos cuenta que habíamos suprimido emociones tan fuertes durante tanto tiempo. ¿Habíamos llegado a ser tan mecánicos? ¿Estábamos corriendo el riesgo de convertirnos en robots, como los soldados, capaces de actos inhumanos porque no pensábamos ni sentíamos? Fue difícil descubrir que nuestra salud mental estaba en juego. El incentivo de ser un grupo de apoyo genuino el uno para el otro, nunca se sintió con más intensidad. En los años siguientes, algunas veces tuvimos éxito y algunas veces fallamos.

Me sentí humilde al reconocer que no podía sobrevivir sola. También me sentí humilde y avergonzada por la forma como nuestros amigos salvadoreños nos respaldaron con su apoyo; habíamos saboreado tan poquito de su realidad y vimos entonces lo que nos había causado. ¿Algún día llegaríamos a alcanzar el nivel de compromiso de ellos? Mi respeto por ellos creció aún más, por la forma

en que escucharon nuestros temores de pequeñas amenazas, sin recordarnos sus propias experiencias de tortura y exilio. ¿Tendré yo alguna vez esa gracia? ¿Servirá mi dolor para hacerme más compasiva?

El martes en la mañana, temprano, desperté con un sobresalto. Tenía clara en mi mente la imagen de estar montando en una bicicleta de carreras, de 10 velocidades, paseando sobre colinas ondulantes, algo que frecuentemente hacía. Estaba compitiendo conmigo misma, tratando de abrirme paso hacia la cima de la colina, usando la mayor velocidad posible. Concentrada en la cima, podía llegar a la meta; con las piernas en movimiento y el pecho jadeante, me mantenía esforzándome, porque sabía que pronto podría descender.

La imagen no duró más de un instante, pero el mensaje ha tenido un impacto muy grande. Yo estaba tomando los desafíos de la vida como pequeñas colinas a las que podía subir a gran velocidad, asumiendo que luego podría descender.

Pero Dios me estaba diciendo que la vida no es de esa forma. La vida es como una larga inclinación gradual. No es útil esforzarse a sí mismo a alta velocidad, como si las metas a corto plazo fueran fines en sí mismos. Entonces me serviría más relajarme, bajar la velocidad y prepararme para el largo recorrido.

No fue fácil reparar el daño al trabajo causado por nuestro arresto. La gente en Cacaopera fue sacudida por el hecho de que los norteamericanos también fueran arrestados. Nos habían visto abandonar el pueblo acompañados por soldados; escucharon el helicóptero y supusieron que habíamos salido en él, pero nunca se les ocurrió que no estábamos saliendo por nuestra propia voluntad. Creyeron que estábamos aprovechando la oportunidad de un viaje rápido. Enterarse de que el ejército había arrestado a norteamericanos los hizo temer por su propia seguridad. Si se atrevieron a arrestar a los norteamericanos, ¿qué no harían con los pobres salvadoreños?

Para el tiempo en que regresé a Cacaopera, el impacto de nuestro arresto había disminuido un poco. Me conmovió la preocupación que la gente me demostró; habían temido que no regresara, así que ahora estaban contentos de que estuviera resuelta a continuar. Sin embargo, hice algunos cambios. Dándome cuenta de que mis temo-

res acerca de mi seguridad no eran sólo paranoia, pude admitir la ansiedad que me causaba ir allá sola; Marina modificó su horario de manera que podíamos estar juntas, por lo menos parte del tiempo.

Desde ese momento me sentí mejor establecida, segura de estar donde tenía que estar. Descubrí que era capaz de entrar en la vida de la gente en una forma en que no lo había hecho antes.

8

Atrapada entre Mentiras y Verdades

A medida que entré de manera más plena en la vida de la gente, llegué a ser más sensible a sus temores. Tratando de entender mi propio temor, entendía mejor el de los demás, y reflexioné en la relación entre el temor y la verdad. Algunos incidentes me desafiaron.

Caminé hasta Tierra Blanca con Ricardo. "No se preocupe", me dijo. "Estamos en lugar seguro porque el ejército entró a esta área anoche".

Su comentario me sorprendió. La presencia del ejército significaba morteros, capturas, retenes militares y hostigamiento. ¿Hablaba él en serio en cuanto a sentirse seguro?

En el camino, Ricardo me iba contando que él y su esposa le pedían cada día a Dios que tuviera a bien no castigarlos más. Su hijo de 21 años de edad se había trasladado de su aldea a Cacaopera porque el ejército había prometido proteger a los jóvenes contra la guerrilla. El llevaba poco tiempo allá cuando los soldados lo torturaron y lo mataron. La hija de Ricardo presenció el incidente. "Ella murió tres meses después por el trauma de la muerte de su hermano", me explicó Ricardo.

Cuando estábamos cerca de su casa, señaló dos lugares en donde habían caído bombas recientemente. El estaba contento de que no habían alcanzado su casa. Hablamos de un vecino que estaba hospitalizado debido a las heridas causadas por esquirlas de un mortero. Paramos por un minuto al oír el bombardeo a lo lejos, y Ricardo miró hacia los cerros. Luego, señaló el lugar donde estaba ocurriendo el enfrentamiento en ese mismo momento; vimos el humo que se levantaba desde una hoguera encendida por los soldados. Rutinariamente, los soldados quemaban grandes extensiones en el campo para que la guerrilla no pudiera esconderse entre la maleza. Estas quemas dañaban aún más los ya deforestados cerros y frecuentemente destruían los cultivos.

Reflexioné sobre la vida de Ricardo. Aquí se encontraba un hombre que oraba desesperadamente, rogándole a un Dios amoroso que cesara de castigar a su familia. El ejército, por otro lado, mató a su hijo, casi bombardea su casa, y arruinó la tierra, que era su medio de subsistencia. Aún así, decía que se sentía seguro con el ejército. Su perspectiva parecía distorsionada.

¿Tenía miedo de admitir que se sentía atemorizado por el ejército? Quizás no quería dejar la impresión de haber hecho algo malo que pudiera acarrearle represalias. Me pregunté entonces si él podía admitir para sí mismo que se sentía amedrentado. Culpar a Dios por castigarlo a él le quitaba a su sufrimiento toda culpa humana. No había nada que hacer, sólo aceptar pasivamente el castigo de Dios.

Reconocer su temor al ejército significaría un paso para admitir que sus problemas podían tener causa humana. Esto, a su vez, podía llevarle a hacer algo al respecto, lo cual podría ser peligroso. La posición más segura para las personas que son controladas por el miedo es tratar de apaciguar a quienes tienen en sus manos el poder de la vida y la muerte sobre ellas.

Pensé otra vez en la mujer que vino a nuestra puerta después de que nosotras llegamos a Gotera. "Los soldados, ¡no!, quiero decir, la guerrilla mató a mi marido", dijo ella llorando. Pensé también en Concha, quien relató su historia de tal manera que era imposible determinar si ella había escapado del ejército o de la guerrilla. Viviendo bajo la mirada vigilante del ejército, la gente no tenía otra alternativa sino tratar de no provocar hostilidades.

Yo entendí por qué ellos decidieron apaciguar al ejército, pero mi corazón se dolía. ¿Qué daños causa en la dignidad de la persona vivir una mentira? ¿Qué sucede cuando suprimimos aquello que sabemos es cierto, aunque sea por razones entendibles?

Había otros ejemplos de personas que luchaban contra el temor. Caminé durante tres horas hasta una pequeña aldea en compañía de Lucas. Me explicó que unas semanas antes él estaba recorriendo el mismo camino cuando se encontró con un grupo de soldados. Uno tenía un pedazo de carne colgando de su bayoneta; se jactaba de que era la lengua de un guerrillero. Más adelante, Lucas encontró el cadáver mutilado de una mujer joven, una combatiente rebelde, probablemente de unos 15 años de edad. Me dijo que cuando se arrodilló para orar los soldados lo rodearon, desenfundaron sus armas y le apuntaron. Lo acusaron de ser un simpatizante de la guerrilla. El les explicó que era su deber cristiano orar y luego enterrar cualquier cadáver que encontrara, ya fuera de un guerrillero o de un soldado.

Cuando ellos continuaron amenazándolo, él les citó Mateo 10:28: "No teman a los que pueden matar el cuerpo, pero no pueden matar el alma". Entonces los soldados lo dejaron.

Lucas fue a una casa vecina por una pala para cavar una fosa. Poco a poco fueron llegando los vecinos, temerosos de que los soldados regresaran. Ellos se preguntaban si el acto humanitario de sepultar a una guerrillera muerta era digno de correr este riesgo.

"Es difícil ser un cristiano fiel", me dijo Lucas, moviendo la cabeza. Continuó diciendo que él ya no tenía miedo. Era consciente de que probablemente moriría a causa de su fe, pero había escogido el camino de la cruz.

Sin embargo, a medida que escuché a otras personas relatando el mismo incidente, me di cuenta que Lucas estaba luchando contra el miedo mucho más de lo que él quería admitir. El contó sólo su versión del hecho como le hubiera gustado que hubiése ocurrido. En realidad, otros tuvieron que animarlo a enterrar el cadáver. El era uno de los que se preguntaban si valía la pena asumir el riesgo, lleno de ansiedad ante la posibilidad de que los soldados regresaran.

Enterarme de esto no me hizo respetarlo menos. Me ayudó a identificarme con él. El no era un santo que había logrado lo imposible, sino alguien que, como yo, luchaba por ser fiel a pesar del temor.

Otro incidente me demostró que la verdad es algo más que simples palabras. Trabajar con Ana María cada día me mantenía atada a la realidad de la vida cotidiana de los campesinos salvadoreños.

Ella me compartió sus experiencias de manera profunda.

Una mañana Ana María iba camino a su trabajo, cuando los soldados detuvieron el bus en el que viajaba. Había habido enfrentamientos la noche anterior en la zona de donde ella venía y los soldados se comportaban de manera más siniestra que de costumbre.

"Bajen todos del bus", ordenó el oficial de forma tajante. "Los hombres a un lado y las mujeres al otro".

Los pasajeros se ubicaron en filas.

Un soldado comenzó por la fila de las mujeres. "¿Cómo se llama? ¿Dónde vive? ¿A dónde se dirige?" Su tono acusador hizo que estas sencillas preguntas sonaran intimidadoras. El soldado llegó a la mujer que estaba al lado de Ana María. "Sus documentos están vencidos", le dijo de manera amenazante. "De acuerdo con sus documentos usted no es de esta zona. ¿Qué esta haciendo aquí?"

La mujer trató de explicarle que su partida de nacimiento había sido destruida en un incendio y que ella estaba tratando de tramitarla de nuevo. El amenazó con arrestarla y la acusó de ser colaboradora de la guerrilla. Ella se retorció las manos nerviosamente, desesperada, atrapada, sola.

Luego el soldado se volvió hacia Ana María. "¿Conoce a esta mujer? ¿Puede verificar lo que está diciendo?"

"Sí, la conozco bien", replicó Ana María. "Ella está diciendo la verdad." El soldado continuó con la siguiente persona en la fila.

Ana María nunca había visto a esa mujer. ¿Mintió? Legalmente sí. Dijo que conocía a alguien a quien nunca había visto antes. Pero Ana María había ido más allá de las definiciones legalistas de la verdad. Ella traspasó la barrera de las divisiones y trajo a la luz una verdad

universal: la temblorosa mujer a su lado era su hermana. No hay extraños en el reino de Dios.

Otras mentiras eran llamativas, totalmente falsas. En noviembre de 1985 me sorprendió un artículo en primera plana de un periódico informando que 12 trabajadores de la Agencia Internacional para el Desarrollo (AID) habían sido secuestrados por la guerrilla en Cacaopera. Esto supuestamente sucedió mientras yo estaba allá. Difícilmente pude creer que algo de tal magnitud hubiera pasado sin que yo lo hubiera escuchado, así que en la siguiente oportunidad que estuve en Cacaopera investigué. Nada había sucedido. Me asombró lo detallado del artículo. Hasta citaba declaraciones de los guerrilleros secuestradores.

Las mentiras contra los trabajadores de la iglesia parecían más amenazantes. El coronel se reunió con los líderes de los campamentos. Les advirtió que estuvieran alerta a los sacerdotes marxistas y dijo que la guerra había sido iniciada por catequistas que tenían reuniones subversivas. Les previno para que permanecieran vigilantes en los campamentos. Sus palabras atemorizaron a los catequistas. Uno de ellos renunció, pero el resto continuó a pesar del temor.

Aunque los catequistas no tenían nada que ver con el marxismo o con el inicio de una guerra, ellos sí eran "subversivos" en el verdadero sentido de la palabra. Irónicamente, fue un soldado quien señaló claramente la amenaza que representaban los trabajadores de la iglesia.

Se había iniciado un programa de alfabetización en Cacaopera. Algunos soldados estuvieron en la ventana del convento, escuchando la clase. Más tarde, el oficial exigió hablar con la mujer encargada.

"¡Ustedes están enseñándoles a estas personas cómo pensar!", afirmó él.

El dio a entender que estaba bien enseñarle a la gente a leer, hasta el gobierno apoyaba las campañas de alfabetización, pero no era aceptable que lo hicieran en una forma que les ayudara a usar la cabeza. La gente que piensa es más difícil de controlar por medio de mentiras y propagandas.

Pensar en la verdad y la mentira me aclaró un punto relacionado con nuestro arresto. Recordé una de las primeras preguntas del interrogatorio. "¿Por qué traba-

jan ustedes en Cacaopera cuando hay muchas personas desplazadas en Gotera?" Nuestro trabajo en Cacaopera puso en evidencia la verdad acerca de la manipulación de la ayuda humanitaria. Ingenuamente comencé a trabajar allá porque vi la necesidad. Pero al estar trabajando en eso, salió a la luz el hecho de que el ejército creaba la necesidad que luego ellos mismos satisfacían de acuerdo con sus propios intereses. Al cambiar mi sitio de trabajo a Cacaopera, interferí con su plan de contrainsurgencia.

No estoy completamente segura de cuándo me enteré que la carta que leí en Bolivia acerca de El Salvador era una descripción de Cacaopera. Sin embargo, recuerdo que fue tranquilizador darme cuenta que el llamado a Cacaopera había surgido mucho antes que me enterara de los programas de pacificación o de las operaciones de contrainsurgencia. Podía confiar en que mis motivaciones estaban inspiradas por Dios, a pesar de las acusaciones en sentido contrario.

Los pasajes bíblicos sobre la verdad tenían significado especial en medio de las mentiras y engaños que vivía a mi alrededor. Jesús le dijo a Pilato que su razón para estar en el mundo era para ser testigo de la verdad (Juan 18:37). Trabajar en Cacaopera me hizo entender de manera más plena el poder y la amenaza de representar la verdad. En Juan 17:17, Jesús oró para que los discípulos fueran santificados por la verdad. Una nota de pie de página en mi biblia dice que ser santificado significa "ser hecho santo". Sentía que Dios me estaba desafiando para que permitiera que la verdad me llevara hacia la santidad, al permitir que la verdad me transformara. Recordé las palabras de una amiga antes que yo viniera a El Savador. Me preguntó si yo tenía el valor, no tanto para afrontar los cambios físcos, como para vivir cambios personales.

Durante el primer año y medio sentí estímulos de cambio bombardeándome desde todos lados. Además de tratar de descubrir cómo realizar un trabajo en salud en medio de una situación políticamente volátil, también luchaba contra otras cuestiones. Era una menonita trabajando con católicos, una norteamericana viviendo en El Salvador, y una pacifista en medio de una guerra.

Quise estar abierta al cambio, pero me sentí sola y vulnerable. Los atavíos externos de mi identidad estaban siendo desmantelados; fui forzada desde mi propio yo a

definir quien era yo. No podía fiarme en ninguna otra persona o grupo para integrar los diferentes aspectos de mí identidad.

Me sentí insegura al reconocer que existían tonos grises en medio de mis rígidas definiciones sobre lo correcto y lo incorrecto. Dios me estaba desafiando a entrar profundamente en las experiencias de otros, pero hacer esto significaba que mis bien definidos límites no eran aplicables a cada persona. Entrar en esta sombría área era un riesgo. Sentía temor de ser arrastrada por la corriente. Sin embargo, me di cuenta de que permanecer segura en la orilla me privaría de las experiencias que requería para crecer y madurar.

Leer el libro de Scott Peck, *La Senda Menos Transitada*, fue de gran ayuda. El dice que para que un nuevo crecimiento tenga lugar, uno tiene que deshacerse de lo viejo. Perder lo viejo resulta en depresión, lo cual es un signo normal de cambio, a menos que llegue a prolongarse.

A comienzos de 1985 luché contra el dilema de irme o quedarme. Reconocí que mi sensación vaga de insatisfacción no era necesariamente un indicio de que debía irme. En lugar de esto, decidí arriesgarme a tomarlo como una señal de que yo estaba al borde del cambio. Elegí quedarme; mi pesadez se disipó.

Me entristecía pensar en la gente que suprimía la verdad a causa del miedo. Entendí por qué ellos eludían la verdad. Su supervivencia física dependía de esto, pero el costo emocional era la esclavitud al miedo.

Por otro lado, había personas como Ana María, que encarnaban a Juan 8:32: "Ustedes conocerán la verdad, y la verdad los hará libres". Liberados del control del miedo, arriesgaron sus vidas para poner en práctica la verdad. Luego se encontraban aquellos como Lucas y yo, vacilantes entre el valor y el temor, en nuestra lucha por ser fieles.

9

"Primero Dios"

Después de dos años en El Salvador, volví a los Estados Unidos de vacaciones. Sintiendo la necesidad de estar a solas y en quietud, decidí pasar una semana de mis vacaciones realizando un retiro en silencio.

Comencé mi retiro leyendo el salmo 139: "Oh Señor, tú me has examinado y me conoces". Intimidad; conocer y ser conocido. El salmista sentía lo que yo anhelaba. Luchando contra la soledad, escribí en mi diario:

> Amigos, compartir sincero, lucha, enojo, respeto, aceptación. Quiero compartir mi vida diaria con amigos. Quiero un hogar, un lugar seguro, un santuario en medio de la maldad, relaciones estables, una comunidad que sea lo suficientemente confiable como para que valga la pena el afán de construirla.

Las palabras surgían de lo profundo de mi interior. Marina y yo habíamos trabajado fuertemente en nuestra relación. Nuestras personalidades y transfondos eran diferentes, pero habíamos llegado a ser más que compañeras de trabajo. Eramos amigas. Fue difícil verla partir.

Mi lucha interior ya estaba afectando mi relación con Marnetta, el reemplazo de Marina. Marnetta y yo nos conocíamos un poco desde la universidad y procedíamos de transfondos similares. Pensé que nuestra relación sería fácil, que podríamos obviar la dura etapa que Marina

y yo tuvimos que vivir. En mi necesidad de intimidad, traté de hacer que ella llenara el vacío que Marina había dejado. Era una expectativa injusta.

También estaba empezando a sentirme agobiada por la carga del trabajo. Después de casi dos años de tratar de descubrir cómo trabajar, finalmente habíamos encontrado una dirección. Necesitaba que Marnetta se involucrara y apoyara. Pero los nuevos trabajadores debían definir sus propios roles y Marnetta no era la excepción. Mis necesidades la forzaron a tomar un rol que no era el suyo. Y sus necesidades no le permitieron hablarme acerca de esto. Por eso, nuestra relación fue dolorosa.

"El dolor de construir una comunidad" lo experimenté con el equipo de la parroquia, en medio de los trabajadores de salud y con el equipo de CCM. Cualquier ilusión que la crisis de la guerra mantendría los problemas triviales en perspectiva, fue destrozada.

Me había dado cuenta el año anterior que la tensión empeoraba los problemas. Ahora enfrentaba el hecho de que el compromiso laboral con CCM por tan sólo tres años, significaba que alguien estaba llegando o saliendo cada año. Justo cuando habíamos aprendido a manejar nuestras diferencias, las personas en el equipo cambiaban. Debía abandonar las expectativas que los voluntarios de CCM me proporcionarían la comunidad estable que yo sentía que necesitaba.

En medio de mi confusión emocional, reflexioné en las ocasiones en que sentí el amor de Dios. Los incidentes que vinieron a mi mente me dieron seguridad. Dos amigos en países diferentes soñaron conmigo la noche en que Daniel, Carmen y yo fuimos arrestados. Uno me vio rodeada por soldados y el otro me visualizó siendo interrogada. Ambos se sintieron guiados a orar por mí.

Un amigo de la familia, que sabía que estábamos en prisión, se fue a dormir con el corazón agobiado. Despertó a media noche con la certeza de que nos habían liberado. Y tenía razón.

No había una forma racional en la cual mis amigos se pudieran haber enterado de lo que estaba sucediendo. Me sentí agradecida con el Espíritu Santo por haberles hablado a ellos. Me sentí agradecida con mis amigos por escuchar y responder. Una vez más, me sentí humilde al

darme cuenta que yo estaba recibiendo la gracia y el amor de Dios.

Sentí el amor de Dios por medio de los pobres a quienes yo quería ayudar. Ellos me aceptaban en mi impotencia, aún cuando yo no podía aceptarme a mí misma. No entendí por qué me enojaba con la gente que venía a nuestra puerta en Gotera. Reflexionando sobre un incidente en particular, me di cuenta que mi enojo estaba relacionado con mi sentimiento de impotencia.

Era Semana Santa y la farmacia estaba cerrada. Traté de no prestarle atención al llamado a nuestra puerta, pero era persistente, así que finalmente, decidí atenderlo.

"La farmacia está cerrada", dije de manera cortante a la mujer que permanecía ahí. "Usted debe ir al hospital".

Quise tirarle la puerta, pero sus ojos me obligaron a mirarla a la cara. Por primera vez, me di cuenta que sostenía a una niña enferma en sus brazos.

Suavicé mi tono. "Escuche, yo sé que el hospital está cerrado en Semana Santa, pero usted debe reclamar su derecho a ser atendida. ¡Ellos no pueden cerrar el hospital por una semana entera! Por lo menos la sala de urgencias está abierta. ¿Por qué no va allá e insiste en ver al doctor?"

Entonces, la frustrada mujer me contó su historia. Su marido había sido asesinado el año anterior. Al salir de su aldea, ella tuvo que dejar sus otros cuatros hijos con una vecina, caminar cinco horas y viajar en un camión otras dos horas. Luego, permaneció toda la noche en una banca de la sala de urgencias arrullando en sus brazos a su hija enferma. Me reprendí a mí misma por haberle hablado de manera tan cortante cuando abrí la puerta.

¿Por qué me enojaba con las personas que venían a nosotros buscando ayuda? Estaban desesperados. Me di cuenta que los agredía porque ellos me recordaban mi impotencia. ¿Qué podía hacer para ayudar a la mujer con su niña enferma? ¿Para ayudar realmente? Darle una medicina era como colocar una pequeña venda en una úlcera. ¿Qué sucedería la próxima vez? ¿Qué de los miles de personas como ella que eran víctimas del mal funcionamiento del sistema de salud? Nosotros nunca podríamos atenderlos a todos. El sistema debía cambiar. Pero, ¿cómo?

Mi incapacidad para enfrentar mi propia impotencia interfería con mis relaciones personales. Violenté la gente a la que amaba, desplazando mi enojo y frustración. Tenía que enfrentar mi impotencia o irme.

Cuando fui capaz de admitir que yo no tenía las soluciones, sentí el amor y la aceptación de Dios, a través de aquellos a quienes yo había estado agrediendo. Pedí disculpas a los promotores en Cacaopera porque otros compromisos no me permitían pasar más tiempo con ellos. Ellos estaban listos para seguir adelante, pero yo no tenía tiempo para darles la capacitación necesaria.

"No se sienta mal", dijo uno de ellos, tranquilizándome. "Sabemos que las cosas buenas toman tiempo".

Blanca me habló con palabras parecidas. Su hijo estuvo enfermo y yo me sentí frustrada porque no pude darle el tipo de atención que él necesitaba. Quise que entendiera que me preocupaba, pero que no sabía qué hacer.

Después que desahogué mi frustración, ella dijo con toda sinceridad, "No se preocupe. Estoy contenta de que haya venido a visitarme." Cuán cerca estuve de no hacer ni siquiera eso porque estar con ella me enfrentaba a mi impotencia.

El reclutamiento militar forzoso era otro dilema que me molestaba. Tenía sentimientos mezclados con relación a los soldados. Por un lado, la mayoría eran campesinos pobres obligados a entrar al ejército contra su voluntad. Pero, aun vestidos de civiles, llevaban un aire de autoridad beligerante que hacía fácil distinguirlos. Con frecuencia, soldados en licencia que portaban pistolas y granadas herían a civiles.

Muchos de los reclutas del ejército provenían de los campamentos de desplazados. Un día el hijo de una buena amiga fue reclutado cuando los soldados recorrían el campamento.

"Es tan difícil ver a mi hijo con el mismo ejército que masacró a mi familia", me dijo Lupe. "Sería difícil perderlo por una causa digna, pero pensar que él puede morir por nada, es más de lo que puedo soportar. Somos cristianos. Traté de convencerlo que fuera al seminario para que no lo reclutaran, pero a él no le gusta estudiar. Me prometió, cuando se fue, que no mataría a nadie a sangre fría. ¿Qué puedo hacer?"

El reclutamiento usualmente se hacía al final del mes. Sin importar cuáles eran sus convicciones políticas, la gente se unía tratando de prevenir que los hombres jóvenes fueran hechos conscriptos. Una niña de 10 años de edad iba de regreso a su casa en la parte trasera de una camioneta, cuando escuchó por casualidad a dos soldados, vestidos de civil, hablando acerca de su plan para reclutar a los adolescentes que en ese momento estaban jugando fútbol.

La niña se bajó en las afueras del pueblo y fue corriendo hasta la cancha de fútbol. "Vienen a reclutarlos", dijo ella jadeante.

Los jugadores se dispersaron inmediatamente. Fueron bien recibidos en las casas cercanas, en donde se escondieron en armarios y debajo de las camas. Cuando llegaron los soldados, no había ningún joven a la vista.

"No es sólo que yo tenga miedo de que mi hijo sea asesinado", me dijo una madre ansiosa. "Es la forma como cambian una vez que entran al ejército. Mi hijo es un buen muchacho. Me respeta y trabaja duro. En el ejército aprenden a fumar y a tomar. El poder se les sube a la cabeza y ya no respetan a nadie".

¿Qué transformaba a decentes jóvenes campesinos en asesinos capaces de masacrar a mujeres y niños? Pensé en el mural de la calavera y los huesos cruzados pintados en la pared del cuartel. Me estremecí cuando lo vi. Los soldados frecuentemente dejaban graffitis escritos en las paredes de los lugares donde permanecían durante las maniobras del ejército. Una iglesia abandonada tenía un dibujo bastante descriptivo, junto con las palabras, "Nosotros violamos el pueblo".

Vi a un soldado vistiendo una camiseta que decía, "Mátenlos a todos. Dejen que Dios juzgue". Los voluntarios de CCM en un pequeño pueblo encontraron las calles llenas de propaganda del ejército declarando: "Somos los prometidos de la muerte". Escuché acerca de ritos de iniciación que incluían sacrificio de animales y bebida de sangre. Sólo fuerzas demoníacas podían elevar culto a la muerte. Muy pocos hombres jóvenes eran lo suficientemente fuertes como para resistir la seductora influencia del mal.

Ocasionalmente, vislumbré la presión psicológica que los reclutas experimentaban. Siempre sabíamos cuando

había un nuevo grupo de reclutas. Marchaban torpemente por las calles con la cabeza rapada, vestidos con uniformes mal tallados y botas enormes. Muchos no distinguían la derecha de la izquierda. Los oficiales les gritaban y los maldecían tratando de enseñarles a marchar en orden y a hacer ejercicios que nunca antes habían hecho.

Un grupo de unos 15 se paraba en frente de nuestra ventana. Un teniente les enseñaba a hacer flexiones de brazos, pero algunos no podían aprender a hacerlas. El oficial premiaba a los que aprendían rápidamente, con el privilegio de castigar a los más lentos. Cada vez que alguien se equivocaba era pateado o golpeado por uno de sus propios compañeros.

Me retorcía verlos golpeándose uno al otro. El oficial incitaba a los más fuertes, animándolos a golpear a los otros, más y más fuerte. Queriendo complacer al teniente ellos obedecían hasta que aprendían el gusto por el poder.

El más evidente ejemplo de presión psicológica vino inesperadamente en mayo, cuando yo esperaba a los promotores que iban a participar en nuestro primer curso de salud, de una semana de duración. Yo estaba nerviosa. Toda la planeación se había hecho a través de mensajes y notas, puesto que los participantes vivían en áreas de conflicto que no podíamos visitar. La idea era reunirnos en Gotera y viajar juntos a San Salvador para el curso. ¿Se habían comunicado correctamente los mensajes? ¿Realmente querían los promotores asumir el riesgo de asistir a un curso de salud?

Finalmente, escuché un llamado a la puerta, la llegada de la primera. Ella me aseguró que los demás venían en camino. Me sentí aliviada. Luego llegó otra mujer.

Casi no pudo esperar a la acostumbrada presentación para contarnos las noticias. "Chente, el otro promotor de mi comunidad, fue reclutado cuando entrábamos a Gotera".

Nos consultamos rápidamente entre nosotras. El consenso era que debíamos tratar de sacarlo antes que lo llevaran al cuartel. Nos apresuramos a la casa de los sacerdotes, esperando que alguno de ellos nos acompañara o al menos nos dejara usar su carro.

El padre Martín estaba estudiando en su cuarto. Antes de que terminara de contarle, buscó las llaves del carro,

listo para salir. Me sentí aliviada, puesto que los sacerdotes tienen bastante influencia en la sociedad latinoamericana.

Mi corazón se deshacía a medida que nos aproximábamos al lugar donde el promotor había sido reclutado. No vi a nadie. Luego Carmen los divisó. Aproximadamente 20 jóvenes estaban alineados en dos filas. Rápidamente reconocimos a Chente, por la descripción que la mujer nos había dado.

Martín habló con el oficial, explicándole que Chente trabajaba con la iglesia.

"Todos tenemos la obligación de trabajar por la paz", respondió el oficial. "Usted lo hace siendo sacerdote y yo lo hago siendo soldado. Chente puede trabajar por la paz, bien sea por medio del ejército, o de la iglesia".

El soldado se volvió hacia los adolescentes alineados frente a él y exclamó, "¡Quieren estar en el ejército, ¿no es cierto?" Fue más una orden que una pregunta. "¿Quieren que yo sea su oficial?"

Se fijó en un nuevo recluta. "¿Qué opina? ¿Debo dejar que Chente se marche?" El joven agitado e inseguro no sabía qué responder.

"No, él debe quedarse", respondió finalmente el recluta de manera nerviosa.

"Se fija usted", dijo el oficial, sonriendo a Martín. "No puedo dejarlo ir, a menos que todos estén de acuerdo". Les preguntó a cuatro o cinco más, qué opinaban ellos.

En ese momento la respuesta que el oficial quería era clara, y cada respuesta negativa era más enfática. Luego le preguntó a todo el grupo.

"¡No!" gritaron al unísono.

El oficial llamó a Chente al frente. Yo rogué a Dios desesperadamente. Con una presión de grupo tan grande, no me hubiera sorprendido escuchar a Chente decir que quería quedarse. Pero en lugar de preguntarle, de repente el oficial cambió de idea y dijo que podía irse.

Me sentí aliviada, pero a la vez sacudida por el poder de la presión psicológica que había observado. Atrapados por el miedo, los jóvenes querían complacer a quien tenía el poder. Eran blanco fácil de las técnicas manipuladoras de los oficiales.

Chente fue dejado en libertad y el curso pudo desarrollarse como estaba planeado. Me sentía entusiasmada de capacitar a promotores de salud provenientes de las zonas de conflicto más aisladas. Finalmente, habíamos encontrado una forma positiva de trabajar con la gente con menos acceso a los servicios médicos.

Pasar tiempo con ellos me permitió penetrar en la vida de zonas controladas por la guerrilla. Me sorprendió saber que más de 5.000 civiles vivían al norte del río Torola, el límite territorial extraoficial entre el gobierno y la guerrilla.

Las diferencias entre mis amigos los desplazados de los campamentos y los promotores de las zonas en conflicto me impresionaron. Los que habían elegido permanecer en las áreas de conflicto habían luchado contra el miedo y la muerte. Tenían un sosegado sentido de dignidad, el cual contrastaba tajantemente con la falta de autoestima de los desplazados. Rosa me explicó su libertad.

> Hace algunos años cuando nos bombardeaban tuvimos que decidir si nos íbamos a quedar o íbamos a salir. Esto nos mantuvo en una confusión emocional constante. Pero aún cuando sabemos que podemos morir en nuestras casas, estamos más felices ahora que la decisión está tomada. Tenemos nuestras fiestas de nuevo. Y cuando los bombardeos comienzan, seguimos adelante. Todos tenemos que morir algún día y no vamos a arruinar nuestras vidas preguntándonos cuándo será.

Llenos de vida, los promotores de salud me ayudaron en una forma en que yo no había anticipado. Su naturaleza juguetona era contagiosa. Me di cuenta que me volvía menos reservada a medida que compartía su regocijo. Saqué tanto provecho como ellos de las técnicas de aprendizaje participativo que tratamos de implementar; desarrollamos juegos diseñados para animar a los tímidos y los involucramos en dramas muy chistosos ayudándoles para que llegaran a sentirse más cómodos frente a grupos.

Me deleité al ver a los promotores expresándose al dibujar los síntomas de diferentes enfermedades y haciendo mosaicos del reino de Dios. Nunca habían tenido la oportunidad de dibujar y colorear, ni de cortar y pegar.

Disfruté el entusiasmo de los promotores a medida que ellos entraron en confianza. Mis palabras de ánimo podrían haber sido dirigidas hacia mí misma. "No tiene que ser perfecto. Relájese. Dese una oportunidad. A nadie más le importa si no es perfecto". Quizás estaba preocu-

pada por la participación de los tímidos porque yo también luchaba contra la timidez. Dándoles libertad a ellos, me daba libertad a mí misma.

Empezábamos cada mañana con una reflexión bíblica. Una mañana leímos Mateo 8:18-22, en el que Jesús pide a los discípulos dejarlo todo para seguirle a él. "Síganme, y dejen que los muertos entierren a sus muertos", les dijo a ellos.

Uno de los participantes comentó: "Queremos seguirlo pero no queremos dejar a nadie atrás. Terminamos tratando de llevar el muerto con nosotros, pero eso sólo nos detiene; tenemos que continuar y dejar atrás a quienes optan por no venir con nosotros".

Fui desafiada no sólo por sus palabras, sino también por su ejemplo. ¿Cuánto exceso de carga llevaba conmigo? Recordé mi retiro y el llamado de Dios a soltar mi sobrecarga. Soltarla era claramente un proceso permanente, no algo que yo podía hacer de una vez por todas.

Los mosaicos que los promotores hicieron representando el reino de Dios también proveyeron material para reflexionar en su descripción del reino de Dios como justicia, paz, amor, comida, medicamentos, igualdad. "El reino de Dios ya está en medio de nosotros pero todavía esta acercándose", dijo uno de los promotores.

También discutimos sobre los valores del reino de este mundo. "En lugar de concentrarnos en destruir el reino de este mundo, necesitamos hacer énfasis en construir el reino de Dios",nos amonestó Juan José.

Aprecié la comprensión que tenían de la trascendencia del reino. Lo entendían como una realidad concreta que había llegado, pero no todavía en su plenitud. El comentario de Juan José acerca de construir el reino en lugar de destruir me recordó las reflexiones de John Howard Yoder en su libro *La política de Jesús*, en lo relacionado con el papel de la iglesia. "La mera existencia de la iglesia ... es en sí misma una proclamación, un signo, una muestra a los Poderes de que su permanente dominio ha llegado a su fin."[6]

Yoder sugiere que la iglesia no está llamada a tomar la ofensiva contra los poderes o "a destruir el reino de este mundo", en palabras de Juan José. Simplemente por ser comunidad cristiana, la iglesia desenmascara la ilusión de que las fuerzas de este mundo tienen el control.

Quizás la discusión que tuvo mayor impacto en mí ese año fue una acerca de la salud mental. La mayoría de los promotores ni siquiera habían escuchado el término "salud mental". Pero la experiencia de la vida les había dado una profunda perspicacia. "Cuando no decimos lo que pensamos y lo que sentimos, llegamos a enfermarnos", explicó una persona.

Otra explicó su entendimiento de los problemas relacionando la salud mental con el egoísmo. "Cuando estamos mal de salud mental, dejamos de pensar en otras personas. Nos volvemos egoístas. Y entre más egoístas llegamos a ser, peor llega a ser nuestra salud mental".

Nos dividimos en pequeños grupos, en donde los promotores hicieron una lista de los obstáculos que enfrentaban en su trabajo. Algunos obstáculos eran de logística. "Cuando llueve no podemos cruzar el río porque no hay puente". "Toma dos días de camino llegar al pueblo". "Tengo que ayudar a mi padre en la parcela".

Pero la mayoría de los obstáculos tenían que ver con el ejército. "Somos hostigados en los retenes militares". "Los soldados ni siquiera nos permiten llevar suficiente comida a nuestras casas, mucho menos medicamentos." "No tenemos libertad de decir la verdad sobre la injusticia". "Los soldados nos capturan y nos amenazan con bombardear nuestras casas".

Los promotores hablaron en términos generales sobre los abusos del ejército pero yo supe de varios incidentes recientes que confirmaban lo que ellos decían. Los residentes de cuatro aldeas fueron convocados al puesto de un comando del ejército donde se les dijo que sus casas serían bombardeadas si no salían de la zona. Un joven comenzó a circular inmediatamente una petición a la Cruz Roja para que les ayudara a permanecer en el lugar. Al día siguiente fue encontrado muerto en una zanja con las orejas y los dedos cortados.

Los retenes militares eran estrictos en algunas áreas. Después de caminar dos horas para comprar alimentos, no les era permitido a los aldeanos llevar una ración de maíz para más de tres días. A una mujer se le hizo regresar en el retén por no llevar permiso militar para sus compras. Ella sólo llevaba una cebolla, una libra de sal y una barra de jabón.

Me sentí sobrecargada a medida que cada grupo compartía su lista de obstáculos. ¿Estábamos locos al tratar de trabajar en salud en áreas de conflicto? ¿Qué de los riesgos que los promotores estaban corriendo? ¿Era yo responsable de su involucramiento en el trabajo, lo cual podía significar ser capturado o asesinado?

Después de exponer los obstáculos, discutimos sobre qué tanto impacto pensaban ellos que podían tener en sus comunidades trabajando como promotores de salud. Sus respuestas me tomaron por sorpresa. Fueron modestos acerca de sus limitadas capacidades, pero claros en que valía la pena intentarlo. La tensión con la cual vivían aún no había conquistado sus espíritus.

Desviándonos del plan del día, hice la pregunta predominante en mi cabeza: "¿Tienen miedo?"

"Por supuesto que tenemos miedo", dijo sonriendo Hilario. "Estaríamos locos si no tuviéramos miedo, pero también estamos dispuestos; es nuestro compromiso, y no nuestro miedo, el que determina lo que hacemos".

Yo había pensado en la relación entre el miedo y la verdad. Ahora los promotores articulaban la relación entre el miedo y el compromiso. El compromiso rompe con la esclavitud del miedo. La preocupación de que yo fuera en alguna medida responsable si algo les llegara a suceder era irrelevante. Su compromiso y su comprensión de las consecuencias sobrepasaban ampliamente los míos.

Dos años más tarde, Hilario fue asesinado cuando llevaba medicamentos a su aldea, fue visto por última vez cuando era golpeado por los soldados y subido a un helicóptero, todos los esfuerzos por localizarlo fueron inútiles. Varias semanas después, fueron encontradas en un bosque las partes de su cuerpo mutilado, en descomposición.

Otro promotor de salud, Alonso, me enseñó el significado de la muy común expresión salvadoreña: "Primero Dios". Fue la semana anterior al primer curso y Alonso estaba en Gotera, yo estaba tensa y quería saber quiénes iban a asistir.

"¿Vas a venir al curso?", le pregunté.

"Primero Dios", respondió él.

Su respuesta no fue lo suficientemente definitiva para mí. Le pregunté de otra manera. De nuevo, su única respuesta fue, "Primero Dios".

"Escuche, necesito saber cuántas personas piensan asistir. Sólo resta una semana. ¿No puede decirme con seguridad si usted va a venir o no?"

Entonces fue su turno de ser franco. "Espero venir", dijo. "Pero muchas cosas pueden interferir con mis planes. Me puedo enfermar, algo podría pasarle a alguno de mis hijos. Podría ser capturado, podría haber enfrentamientos o bombardeos, de tal manera que no podría viajar. Cualquier cosa es posible. Sólo puedo decir 'Primero Dios', estaré en el curso".

Me sentía insignificante ante su conciencia de que nuestras vidas están determinadas por factores fuera de nuestro control. Yo había experimentado en muchas oportunidades la verdad de sus palabras; la enfermedad de mi madre, los problemas de transporte en Bolivia, la guerra. Era una lección difícil de aceptar, a pesar de que se me recordaba una y otra vez.

El último de los tres cursos de una semana de duración fue programado para finales de octubre, pero una vez más me fue recordado que yo no tenía el control. El 10 de octubre de 1986, un terremoto sacudió a San Salvador. Hubo más de 1.000 muertos, 10.000 heridos y 200.000 personas quedaron sin vivienda. Yo estaba en Cacaopera cuando sucedió y ni siquiera sentí el temblor.

Cuando los rumores del terremoto comenzaron a circular, Patty, mi nueva compañera de trabajo, y yo encendimos la radio. Los informes eran deficientes y hacían énfasis en que todo estaba bajo control. Era imposible determinar qué tan serio había sido el terremoto. El ocaso del sol ese día fue impresionante. Vibrantes tonos rojos y rosados bañaron el pueblo de color, un desastre en la capital parecía una pesadilla lejana. Me acosté esa noche queriendo pensar que el daño había sido leve.

El terremoto era el único tema de conversación a la mañana siguiente en Cacaopera. Los rumores corrieron como pólvora. Parecía que la gente estaba asumiendo que toda persona a quien conocían en San Salvador había muerto. Me disgustó el clima de temor.

Patty y yo seguimos adelante con los planes de ese día pero decidimos ir a San Salvador al día siguiente. Cuando

nos acercábamos a la capital, saqué la cabeza por la ventana en busca de señales del terremoto. No vi nada raro y comencé a sentirme ridícula. Quizás me había dejado llevar demasiado por los rumores.

Al llegar a las afueras de la ciudad, tomamos un bus de servicio urbano. Entre más cerca estuvimos de la casa de CCM, más señales vi de la destrucción. Escuchamos que nuestro vecindario había sido gravemente afectado.

Mis sentimientos saltaron al extremo opuesto. Comencé a pensar que en mi deseo de no dejarme influenciar por informes sin confirmar, quizás yo había negado la realidad de que gente que yo conocía había muerto o estaba herida.

El bus esquivó los derrumbes y los árboles caídos. Finalmente, el conductor dijo que no podía continuar más. Al continuar a pie, pude ver las paredes derrumbadas y los techos hundidos. Por todas partes había escombros,y refugios temporales de plástico que cubrían camas, mesas y enseres personales. Al llegar a la casa del CCM mi corazón latía con fuerza.

Me sentí aliviada porque la edificación aún se mantenía erguida. Pasando por las oficinas de la Iglesia Luterana, ubicadas al frente, vi que las paredes estaban seriamente averiadas. Ansiosamente entré en nuestra casa y caminé de cuarto en cuarto. Los estantes se habían caído, los libros se hallaban esparcidos por todo el piso de la biblioteca. Las grandes macetas en el patio se habían roto, pero no había daños serios. Las paredes nuevas de cemento resistieron mejor que las viejas paredes de adobe de la oficina del frente.

La ayuda del extranjero llegó como siempre después de un desastre natural. Vi cómo cargaban las cajas de medicamentos en camiones, aspirina, analgésicos, antibióticos, los mismos medicamentos que necesitábamos desesperadamente en las áreas rurales. Me alegré por la muestra de ayuda internacional para los damnificados por el terremoto, pero me dolió el corazón por los miles que habían estado aislados y olvidados durante la guerra. Ellos también necesitaban comida y medicamentos. ¿Quién se preocupaba por ellos?

Mientras tanto, la guerra continuaba. El FMLN declaró una tregua unilateral el 11 de octubre, pero el ejército la rechazó al día siguiente. Hombres armados vigilaban la

iglesia luterana donde los socorristas iban y venían. Cuatro personas fueron capturadas el día siguiente al terremoto. El bombardeo continuaba alrededor del volcán Guazapa. El gobierno negó el derecho a aterrizar a 15 vuelos cargados de ayudas porque estaban destinados a la iglesia y no al gobierno. La guerra tenía prioridad, incluso en medio de un desastre nacional.

10

Dios está en Todas Partes

A pesar de sentirme satisfecha con mi trabajo, tuve un sueño que parecía decirme que necesitaba procesar lo que estaba sucediendo en mi interior. Soñé que buscaba un pasaje bíblico, pero que los libros estaban en desorden. Me sentí frustrada y confundida; el sueño me dejó con interrogantes. Mi trabajo iba bien, ¿qué estaba en desorden en mi interior? ¿Por qué la confusión?

Entre 1986 y 1987 el ritmo de vida fue agitado. Los programas que habíamos iniciado funcionaban en la medida en que se dedicaba suficiente energía a superar los obstáculos. Con la mejor voluntad puse todo mi empeño, sin embargo, empecé a preguntarme si se me iban a agotar las fuerzas. Anhelé que llegaran pronto mis vacaciones de marzo. Contaba los días hasta cuando podía tener un día libre, algunas veces, tenía que esperar varias semanas. Como debía hacer viajes nocturnos a las aldeas dispersas y vivir tanto en Gotera como en Cacaopera, me alegraba cuando dormía en la misma cama durante varias noches seguidas.

Comencé a cuestionarme si no era tiempo de salir de El Salvador. Un año de estudio en un seminario era una opción atractiva, al igual que recibir mayor capacitación en enfermería. Solicité ingreso a varias instituciones educativas e hice planes para retornar a los Estados Unidos en enero de 1988. Como tenía tiempo suficiente

en razón a mis vacaciones, decidí que podría ir a Guatemala durante una semana cada dos o tres meses. Encontré un convento que alquilaba cuartos y me di cuenta en el primer viaje, que esos días de soledad eran exactamente lo que necesitaba. Mi espíritu revivió cuando escuché a Dios y las voces que clamaban en mi interior.

Leí *Nuevas Semillas de Contemplación* de Thomas Merton y apunté muchas citas en mi diario. A medida que aceptaba de manera tentativa la invitación de Dios "tomar el riesgo de lanzarme al agua", comencé a descubrir que Dios era más grande que mis estrechas definiciones. Experimienté la verdad que Merton expresó: "Dios está en todas partes. Su verdad y su amor penetran todas las cosas, así como la luz y el calor del sol penetran nuestra atmósfera"[7] . Merton también articuló la vitalidad creativa de la fe que yo estaba comenzando a saborear: "Cada momento y cada evento de la vida terrenal siembran algo en el alma"[8] .

En junio fui a Guatemala, donde escribí en mi diario sobre mi fe en relación con el mundo que me rodeaba.

> No sé por qué llegué a creer, de manera sutil, que cada cosa a mi alrededor intentaba destruir mi fe; que la fe era tan delicada que teníamos que aislarla y protejerla de las influencias del mundo que pudieran arruinarla a la menor oportunidad que se presentara. Ahora, estoy viendo que Dios está presente en cada aspecto de la vida. Lo que Dios creó no puede destruir la verdadera fe. Sólo puede hacer huecos en nuestras falsas imágenes de piedad.

Me di cuenta de que estaba a la espera de reglas para proteger mi fe. Mi necesidad de tener límites definidos tenía su raíz en mi pasado. Mi madre contaba que un día cuando regresé de la escuela a casa, en primer grado, dije que yo era la única cristiana en toda la clase.

"¿Cómo lo sabes?", me preguntó ella.

"Porque yo soy la única que usa la gramática correctamente", dije orgullosa.

Dios me estaba llamando a dejar la seguridad de mi legalismo y entrar en una vida dirigida por el Espíritu. Mis relaciones con las personas a mi alrededor se vieron afectadas por mi creciente conocimiento de la omnipresencia de Dios, de toda su compasión y de mi nuevo deseo de caminar hacia lo desconocido. Fui menos legalista y,

por consiguiente, más abierta a mirar más allá de las apariencias externas. Esto me puso en contacto con algunas personas interesantes.

Me hice más consciente de la presencia de Dios entre los pobres. Comencé a interesarme por las comunidades intencionales como una opción, después que yo retornara a los Estados Unidos. Y con gran dolor me di cuenta de la verdad de las palabras de Thomas Merton. "Mientras estamos en la tierra, el amor que nos une traerá sufrimiento por el mismo contacto que tenemos el uno con el otro, puesto que este amor es la restauración de un Cuerpo de huesos rotos"[9]. Me vi forzada a analizar mis propias relaciones personales y a preguntarme si en mi vida yo estaba restaurando o fracturando los huesos de ese Cuerpo.

Buscar una nueva casa dónde vivir en Cacaopera me hizo recordar que los dilemas sobre el estilo de vida debían decidirse en el contexto de las relaciones personales, y no sobre principios teóricos. Se nos ofreció una casa nueva al borde del campamento donde yo estaba trabajando. Vivir ahí hubiera significado una interacción mucho más informal con la gente con la cual quería relacionarme, pero el contraste de una casa bonita al lado del escuálido campamento era demasiado para mí.

Sin embargo, tuve que admitir que no me hubiera sentido tan incómoda con la misma casa en otro lugar diferente. Me dí cuenta que vivir en estrecho contacto con los pobres me obligaba a examinar mi propia vida, y que los necesitaba para mantener con vida los dilemas sobre estilos de vida.

Durante mis vacaciones en Estados Unidos, luché contra un vago sentimiento de depresión; no sentí el mismo ánimo que había experimentado en mi último viaje. Muchos factores habían contribuido. Después de un año de turbulenta actividad, finalmente podía bajar mis defensas; las emociones reprimidas de miedo y de soledad, y de sentimientos agotadores tenían espacio para salir a flote. Pero, aunque era claro que muchos en mi familia e iglesia se preocupaban por mí, pocos entendían.

Me sentí aislada, yo había cambiado y mi sentido de "hogar" nunca podría ser igual. Esa pérdida me afligió. Mis sentimientos también se afectaron al pensar que en un año estaría regresando a los Estados Unidos para vivir. Durante mis vacaciones traté de imaginarme a mí misma

viviendo en los Estados Unidos de nuevo, y me di cuenta que el cambio sería difícil.

Me impactó la cantidad de personas sufridas que había en las iglesias de clase media. La gente luchaba por recuperarse de tanto abuso: abuso sexual, abuso de menores, abuso del alcohol, abuso de las drogas. ¿Por qué tanto abuso? ¿Por qué había tanta gente, cuya sociedad se definía como "exitosa", luchando contra tan profundo dolor?

Reflexionando sobre la identidad propia, Thomas Merton dice:

> Las personas que no conocen nada de Dios y cuyas vidas están centradas en sí mismas suponen que sólo pueden encontrarse a sí mismas afirmando sus propios deseos y ambiciones y apetitos en una lucha contra el resto del mundo. Tratan de llegar a ser genuinos apropiándose de los recursos limitados de las cosas creadas, enfatizando así la diferencia entre ellos y otros que tienen mucho menos o nada de lo que ellos tienen.[10]

Las ideas de Merton me hicieron pensar que, el hecho de que los norteamericanos pisoteen a otros para llegar a la cima, no se debía solamente al valor que la sociedad le da a la superación. El problema parecía más profundo, tenía que ver con el hecho de cómo nos vemos a nosotros mismos en relación con los otros.

En el vocabulario que se acostumbraba a usar en El Salvador, los norteamericanos somos una sociedad de oprimidos y opresores. Dominamos a quienes tienen menos y somos dominados por quienes tienen más, a medida que competimos por afirmar nuestra propia identidad; sufrimos por ser maltratados y por maltratar a otros.

Era muy fácil juzgar a aquellos que identificaba como opresores, pero me volví más compasiva cuando me di cuenta de que yo también, a nivel personal, era opresora. Por ejemplo, mi relación con Patty, mi compañera de casa, tenía sus altibajos. Aprendí mucho de ella acerca de educación popular y aprecié el impacto que su talento para la música tuvo en mi vida. Pero un pequeño incidente nos hizo descubrir que la dinámica opresor/oprimido entre nosotras evitaba que nuestra relación prosperara.

Habíamos ido a Guatemala para acompañar a nuestras dos compañeras de trabajo salvadoreñas para que cono-

cieran los programas de salud que se desarrollan allá. De regreso a nuestro hotel, después de un día largo, nos bajamos del bus cinco o seis cuadras antes de nuestra parada.

"¿Hay un bus desde aquí hasta el hotel?", preguntó Patty.

"No estoy segura. Es probable", respondí, comenzando a caminar.

Sintiendo la tensión esa noche, discutimos sobre qué andaba mal. Varias cuestiones surgieron, incluyendo mi forma insensible y dominante de actuar durante nuestro regreso al hotel. Me sentía confundida. No estaba segura de lo que había hecho. A medida que hablamos, se hizo claro que Patty no sólo había preguntado si había buses, en realidad, estaba diciendo que se sentía cansada y que quería ir en bus. Luego, se había sentido ofendida conmigo por haber seguido a pie sin tenerla en cuenta.

Yo sólo había escuchado la pregunta superficial; si hubiera entendido que ella quería ir en bus, habría estado dispuesta a complacerla. Nos dimos cuenta que había muchos ejemplos similares en nuestra relación.

Las personas oprimidas son típicamente "mudas", nunca han aprendido a hablar por sí mismas. Cuando comienzan, muchas veces lo hacen torpemente, como un pájaro que está aprendiendo a volar. Por otro lado, los opresores son típicamente sordos, cierran sus oídos a las voces que luchan por hacerse escuchar; su sordera no es necesarimente consciente. En nuestra relación, Patty era como la oprimida, que necesitaba hablar claramente, y yo era como la opresora, que necesitaba escuchar.

No estaba dominando a Patty intencionalmente, pero eso no disminuía el efecto que esto tenía sobre ella. Tuve que aceptar mi parte de responsabilidad, aunque Patty, por no expresar claramente sus necesidades, algunas veces permitía que se le dominara. La falta de comunicación dañó nuestra relación, y nuestra relación herida nos dolía a ambas.

Traté de aplicar, en un nivel más amplio, lo que estaba aprendiendo personalmente. ¿Pide Dios más que buenas intenciones? Una parábola corta del libro de Anthony de Mello, *El canto del pájaro*, cautivó mi atención.

> "Por el amor de Dios, ¿qué haces?" le dije al mono cuando lo vi sacando un pescado del agua y colocándolo en un árbol.

"Estoy salvándolo de ahogarse", fue la respuesta.[11]

Era fácil ver que el comportamiento del mono fue inapropiado. El mono, sabiendo que él podría ahogarse si estuviera en el agua, hizo lo que pensó que era útil. No entendió que los peces eran diferentes de los monos. Sus intenciones eran buenas, pero eso no ayudó al pobre pescado que agonizaba en el árbol.

Cuando no entendemos la perspectiva de los demás, respondemos de manera inapropiada. El 63% de los salvadoreños no tiene atención médica, hay una lista de espera de 20.000 personas, para ser operadas en los hospitales públicos, el 75 % de los niños menores de cinco años sufre de desnutrición, el desempleo es del 50%, [12]. Pero, sin entender la situación de los pobres, el gobierno de los Estados Unidos comenzó a enviar ayuda militar.

Así, los buenos cristianos norteamericanos contribuyen con sus buenas intenciones, a la muerte de los salvadoreños pobres. Haberlo hecho sin intención no significó que murieran menos salvadoreños a causa de la política internacional de los Estados Unidos que apoyaba al represivo gobierno salvadoreño.

Tampoco nuestra falta de conciencia significaba que nosotros no fuéramos afectados negativamente. Pagamos un precio alto, porque nuestra propia restauración depende de compartir nuestro alimento con el hambriento y de proveer un refugio para el que no tiene techo (Isaías 58:7-8). Nos dañamos a nosotros mismos y a otros cuando "cerramos nuestros oídos al clamor de los pobres" (Proverbios 21:13) y no reconocemos que conocer a Dios es defender "la causa del pobre y del necesitado" (Jeremías 22:16). Somos restaurados a medida que descubrimos que nuestra verdadera identidad no está basada en competir sino en responder compasivamente al débil y al necesitado.

La vida diaria mantenía mis meditaciones teológicas arraigadas a la realidad. Querer escapar fue una tentación. Amar en teoría a mis hermanas o hermanos en todo el mundo era más fácil que amar a personas tan cercanas a mí que me obligaron a cambiar. Me consolaron las palabras de Merton cuando se refiere a que el amor que nos une trae sufrimiento porque es el amor que recompone el cuerpo de los huesos rotos. Por lo menos, el dolor

de construir una comunidad era parte del proceso de restauración.

Mi principal proyecto en Cacaopera durante 1987 fue un estudio nutricional, comparando el estado nutricional de los niños en el campamento con el de aquellos que vivían en las aldeas circunvecinas. Como en el pasado, investigar las raíces de la desnutrición me enfrentó cara a cara con la política.

Inicialmente, planeé hacer sólo una comparación directa de los estados nutricionales. Sin embargo, al hablar con las familias del campamento supe que muchos de sus niños habían muerto. Comencé a preguntar por qué. De acuerdo con sus respuestas, el 16% de los niños menores de 15 años había muerto de sarampión, y el 25% de los menores de cinco años estuvo o estaba bajo tratamiento antituberculoso.

Estos datos me consternaron, pero no me sorprendieron, dado el ciclo de enfermedad y desnutrición; los niños desnutridos son más suceptibles a las enfermedades, y estar enfermos los hace más desnutridos. Cuando pesé por primera vez a todos los niños menores de cinco años en 1985, ninguno tenía el peso normal para su edad.

El programa de nutrición ayudó temporalmente en los casos más severos, pero yo quería una respuesta más duradera. Al darme cuenta de que las familias no estaban en capacidad de comprar alimentos de alto contenido proteínico, como leche y huevos, incluí en el estudio nutricional preguntas acerca de su economía familiar. La mayoría de las familias se ganaban la vida haciendo hamacas y bolsas de mezcal. Sacando cuentas, encontré que ganaban aproximadamente US$1,50 por persona a la semana, muy por debajo del sueldo mínimo oficial de US$2,0 dólares diarios.

Me enojé cuando supe que los negociantes que compraban las hamacas, las llevaban a la ciudad y las vendían por el doble del precio de compra. ¿Por qué no podían los desplazados formar una cooperativa y vender las hamacas ellos mismos?

Nunca olvidaré la respuesta de Jorge a mi idea. "Somos pobres porque somos como niños desobedientes que merecen el castigo de Dios." El terminó la conversación, reacio a escuchar una idea que podría implicar que él se estaba resistiendo a la voluntad de Dios.

Si no podíamos hacer mucho para mejorar la dieta, quizás podríamos romper el círculo de desnutrición, disminuyendo la transmisión de enfermedades contagiosas. El año anterior, se habían construido dos inodoros y una tubería para traer el agua al campamento, pero el pueblo tenía un acueducto inadecuado porque el alcalde había empleado dinero del proyecto de agua para comprarse una camioneta nueva.

El agua era distribuida a diferentes sectores del pueblo durante algunas horas al día, y la gente del campamento tenía suerte si había suficiente agua como para llenar sus ollas, mucho menos, para limpiar los inodoros. Discutimos qué podrían hacer para tener más agua. La discusión fue interesante, pero la gente no tomó ninguna acción concreta. Al fin de cuentas, si la pobreza era castigo de Dios, resistirse a ella podría entonces hacer aún peor su situación.

Empecé a preguntarme si habría interés en mudarse del campamento. Las familias habían venido originalmente del campo; quizás tendrían deseos de regresar; parecía la única forma de hacer más que un programa nutricional momentáneo. Me sentí optimista aunque recelosa cuando varias familias expresaron su interés.

Tuvimos varias reuniones en las cuales discutimos acerca de entregarles a los que regresaran zinc para reconstruir sus casas y fertilizantes para hacer su primera siembra. Todavía estábamos en la etapa de discusión cuando fuimos "neutralizados" por otro proyecto. Una organización cristiana de ayuda consideró a Cacaopera como un lugar prioritario. Construyeron nuevas viviendas de hojalata, le dieron a cada familia algo de mezcal para hacer hamacas, y donaron alimentos para seis meses. Sus medidas paliativas apaciguaron a la gente lo suficiente como para aplastar el ímpetu que había detrás de lo que planeábamos. Ninguno abandonó el campamento, y San José llegó a ser un tugurio permanente.

¿La organización era consciente, desde el comienzo, de lo que estaba haciendo? ¿Conscientemente formaba parte de los programas gubernamentales de pacificación que mantenían a la gente apaciguada en su condición? Nunca lo sabré, pero a propósito o no, escogieron el momento perfecto para aplastar las frágiles semillas de iniciativa que justo en ese momento comenzaban a echar raíces. Suponer la inocencia de sus intenciones antes que su

culpabilidad no cambiaba el efecto sobre la gente en San José. Me sentí triste y derrotada.

Cuando circularon rumores de que la guerrilla iba a atacar el cuartel militar de Gotera, se me recordó una vez más que yo no tenía el control sobre las circunstancias. Yo esperaba que no estuviéramos en casa cuando eso ocurriera, puesto que nuestra casa estaba localizada en medio de la zona militar.

No tenía razón para sospechar nada cuando me fui a dormir la noche del primero de mayo. Estaba profundamente dormida cuando algo me despertó; desorientada, salté de la cama y agarré mi bata de casa, que me habían enviado como regalo desde Hawaii; pensé que estaba en un hotel en Guatemala.

Al escuchar pasos en dirección a mi cuarto, creí que estaba a punto de ser asaltada. Cerré muy rápido, de un portazo, con el corazón latiéndome aceleradamente. Aún estaba ahí parada, con la bata en la mano, cuando escuché a alguien llamándome por mi nombre. Pensé que era la amiga que había visitado recientemente en Guatemala, así que abrí la puerta.

"¡Patty! ¿De dónde vienes?", exclamé cuando mi compañera de casa se entró a mi cuarto.

Me miró fijamente, desconcertada, tratando de descubrir si yo estaba medio dormida o si ya estaba neurótica por el bombardeo. "La guerrilla está atacando el cuartel", dijo.

"No pueden ser ellos", balbuceé. "Mira, el ventilador aún esta funcionando. La primera cosa que la guerrilla haría sería cortar la electricidad". Justo entonces, el ventilador zumbó hasta parar.

Nos sentamos por un momento a escuchar a medida que las dispersas explosiones se incrementaban en una cacofonía de morteros, granadas y fusiles M-60 y M-16. Me sentía hipnotizada por los destellos de las luces de las explosiones. Patty y yo discutíamos con calma qué tan lejos caían los morteros. Luego, algunos cayeron tan cerca, que pudimos escuchar caer pedazos de revoque. El soldado apostado al lado de nuestra casa disparó. El crugido de su ametralladora me hizo zumbar los oídos y aceleró mi corazón.

¿Qué hace uno mientras espera que un mortero mal dirigido le explote encima? Patty y yo cantamos. Canta-

mos himnos y coros. Cantamos en español y en inglés. Cantábamos cualquier canción en la que pudiéramos pensar. Aunque mis entrañas se estremecían, experimenté la paz de Dios en forma tal, que es imposible engañarme pensando que tengo el control de la situación.

Mis pensamientos se dirigieron hacia la no violencia. El impacto estremecedor de cada bomba que caía cerca me recordó el poder destructivo de las armas de fuego. Las consecuencias de mi posición pacifista, que siempre había dado por sentada, empezaron a ser más claras. ¿Realmente tenía yo el valor de escoger la opción de la no violencia?

Después de hora y media, el fuego disminuyó gradualmente; me eché a reir al pensar en que había despertado pensando que me estaban robando en Guatemala. Nuestras emociones reprimidas encontraron una buena salida, a medida que Patty y yo reíamos a carcajadas.

Preguntándome si la casa habría sido afectada, me dirigí hasta la bodega, el cuarto más cercano a la pared del cuartel. Me alivió encontrar todo intacto. Algunos tubos fluorescentes se habían destrozado contra el piso y las bolsas de 100 libras de leche en polvo estaban en desorden, comprobé que no era sólo nuestra imaginación sino que la casa estaba siendo sacudida.

Haber probado algo del temor y la impotencia, me llevó a tener más respeto por aquellos que habían elegido permanecer en sus casas a pesar de los bombardeos. Sabiendo que me sentía aterrorizada aún bajo la protección de las paredes de ladrillo, mi corazón se deshizo pensando en los desplazados apiñados detrás de paredes hechas tan sólo de cañas.

La guerra se estaba convirtiendo en algo cotidiano, y yo la tomé como algo normal. Sin embargo, me pregunté qué me estaba pasando; difícilmente respondí emocionalmente a algo, a menos que el caso fuera particularmente flagrante o que yo conociera a las personas involucradas. ¿Me estaba volviendo insensible? O ¿Estaba aislando mis emociones para poder enfrentar la presión? Tuve muy poco tiempo para considerar estas preguntas. En octubre de 1987 un grupo de refugiados salvadoreños de Mesa Grande, Honduras, retornó para reestablecerse en sus casas, y yo salí de Gotera para acompañarlos.

11

Odiando Toda Violencia

Los refugiados que vivían en Mesa Grande desde comienzos de los 80 habían estado hablando durante meses acerca de regresar a sus casas en El Salvador. De unos 10.000 aproximadamente, regresaron 4.000 en octubre de 1987 y otros grupos les siguieron después. Estaban preocupados porque, después de ocho años de vivir en el campamento, sus hijos estaban creciendo sin aprender a trabajar en la parcela. También habían sufrido violación de los derechos humanos por parte del ejército hondureño. Los refugiados se sentían como prisioneros en el campamento, sin permiso siquiera de salir a comprar comida. "Todos tenemos que morir algún día, y nosotros queremos morir en nuestras casas", explicó una mujer.

El regreso de los refugiados se dividió en cinco grupos, cada uno hacia una localidad diferente. Me uní al grupo que se dirigía a Las Vueltas, puesto que allí estaba ubicada la parroquia donde Marina había trabajado su último año y nosotras conocíamos a los dos sacerdotes. Finalmente, cuando los buses llenos de refugiados cruzaron la frontera el domingo en la tarde, me subí en uno de ellos. La gente estaba alborozada. Disfruté escuchando sus emocionadas conversaciones mientras señalaban las plantas y los árboles que habían extrañado en Honduras.

Pero cuando oscureció, el ambiente cambió. A causa de la repatriación, se instalaron varios retenes militares.

Ver a los soldados revivía memorias dolorosas. Combinada con la emoción del exitoso cruce de la frontera, estaba la incertidumbre de lo que sucedería de ahí en adelante.

Eran las 11 de la noche cuando llegamos al pequeño pueblo donde pasaríamos la noche. Las últimas horas viajamos por una carretera destapada; viajar en una caravana de buses levantaba mucho polvo, así que tuvimos que cerrar las ventanas; hacía calor y el hedor del sudor y de los orines invadía el bus. Con tantas paradas, el viaje de cuatro horas duró casi nueve; me alegró tenderme a dormir en la acera, esto era un lujo comparado con el estrecho y caluroso bus.

El terreno era ahora muy escarpado para que los buses pudieran continuar, así que tuvimos que esperar dos días para que unos camiones nos llevaran por cuatro kilómetros hasta Las Vueltas. Después de eso fuimos a pie, pues sólo pequeños jeeps podrían transitar por aquella carretera.

No tenía previsto vivir por mucho tiempo en Las Vueltas, pero decidí aplazar la fecha en que me había propuesto partir, de enero hasta mayo, cuando una pareja del CCM posiblemente vendría para continuar con el trabajo de salud en la parroquia. En Las Vueltas realicé algunos de los sueños que tenía para Gotera.

Disfruté mucho de la vida sencilla. Una trabajadora pastoral extranjera y yo vivimos en un cuarto con piso de tierra. Dormíamos en hamacas, nos bañábamos en el río, y compartíamos nuestras vidas con los vecinos. La interacción con la gente era parte natural de la vida diaria. No había casas bonitas ni paredes de convento que nos separaran de la gente.

El tiempo era propicio para el trabajo de salud en toda la parroquia, así que desde el comienzo mi trabajo en Las Vueltas se extendió más allá de la clínica. Marina había plantado las semillas en 1986, cuando pasó un año entero estudiando el libro *Donde no Hay Doctor*, con pequeños grupos en varias de las aldeas. Luego algunas personas asistieron a un curso de promotores de salud auspiciado por la arquidiócesis. Ahora esperaban seguimiento para poner a funcionar su pequeña clínica.

Los promotores de salud estaban entusiasmados; disfruté caminando de aldea en aldea visitándolos; cubrí ocho aldeas a lo largo de los 21 kilómetros de carretera.

Rara vez el ejército estaba presente y disfrutaba la libertad de caminar cuando y donde yo quisiera.

Algunos meses después de haberme mudado a Las Vueltas soñé que había ido al pozo del río en el que me bañaba siempre y encontré que se había secado. Caminé río arriba y hallé una puerta en una pared de cemento, cuando pasé a través de ella, vi un pozo rebosante de agua; me bañé allí, pero me sentí torpe y vulnerable porque era un paraje nuevo.

El sueño parecía indicar que yo necesitaba seguir adelante. Lo que fue significativo en el pasado se había secado; estaba entrando en nuevos pozos. Me sentí incómoda por estar acostumbrándome a los cambios, pero sabía que no podría volver atrás.

Regresar a sus casas revivió memorias en los refugiados, muchas de ellas traumáticas y dolorosas. Habiendo aprendido a no hacer muchas preguntas a los desplazados en Gotera, inicialmente también vacilé en hacerlas en Las Vueltas. No quise abrir viejas heridas que ellos no estaban listos a destapar, pero pronto me di cuenta que ellos estaban deseosos de compartir sus experiencias. Yo estaba contenta de escucharlos, ya que eso parecía importante para ellos y también me ayudaba a entender mejor su pasado.

Me inspiraron las señales de Dios que la gente encontraba en medio de su trauma. Cruz me contó de la huida de 700 personas, la mayoría mujeres y niños, de la persecución de los soldados. Era la época de lluvias, y sus pies húmedos estaban cubiertos de llagas; algunas infectadas y llenas de gusanos, la gente estaba tan desesperada por alimento que hicieron tortillas de retoños de banano y de tallos de árboles de papaya.

"Era peligroso con tantos niños pequeños", dijo Cruz. "Sus llantos podían poner al descubierto nuestro escondite, pero Dios hizo ciegos y sordos a los soldados, tal como en la Biblia".

"Teníamos miedo porque los bebés estaban llorando y los soldados estaban en una colina contigua. Esperaba que llegaran tras nosotros en cualquier momento, pero no llegaron. Más tarde, la guerrilla capturó a un soldado y le preguntó que si él o sus compañeros habían escuchado llantos. El respondió que habían escuchado un ruido pero que pensaron que era un enjambre de avispas".

Cruz continuó con sus reminiscencias: "Otra vez, yo estaba escondida con mi marido y tres niños en una cuneta, cuando inesperadamente olimos humo de cigarrillo. Investigando, vimos a los soldados que pasaban a nuestro lado. Nos quedamos paralizados, difícilmente nos atrevíamos a respirar. Ni siquiera tuvimos tiempo de agacharnos para escondernos, sin embargo, ellos no nos vieron. ¡Estoy tan agradecida que Dios los cegó!

"No obstante, no todos tenían tanta suerte", dijo. "Una madre joven trató de callar el llanto de su bebita mientras que pasaban los soldados. La vida de todo el grupo dependía de ello. En la desesperación, ella embutió un trapo en la boca de la niña, quien se asfixió. La pobre mujer estuvo fuera de sí por la culpa y la pérdida, pero teníamos que proseguir. Ni siquiera tuvimos tiempo para sepultar la niña, así que la madre la envolvió en una manta, dobló sus pequeños brazos sobre su pecho, y la dejó al lado del camino."

Margarita era mi vecina de 70 años de edad. Algunas veces me encontré pasando apresuradamente por su casa esperando que ella no me viera, ya que una vez que comenzaba a hablar era difícil que terminara. Pero una tarde ella me "pescó", fui inspirada y me sentí humilde por lo que ella compartió, especialmente porque en mis afanes casi había perdido la voz de Dios hablándome a través de ella.

Dijo que quería contarme un milagro que Dios había hecho en su vida. Una noche, al huir de los soldados, fue herida en una pierna por una granada de fragmentación. Estuvo dos semanas en un hospital provisional; cuando se unió de nuevo al grupo, estaba tan débil, que difícilmente podía caminar, tuvo problemas para mantenerse con el resto, y se resagó tanto, que se perdió.

Margarita estuvo 17 días errante en las montañas. Debilitada por su herida, y sin comida, pronto se vio incapacitada para continuar buscando a sus amigos. Cuando finalmente dos hombres la encontraron estaba tan débil, que ni siquiera podía hablar.

Pero el milagro que ella quería relatarme no era haber sido rescatada. "Las montañas son frías durante la noche", me dijo, "yo sólo tenía el vestido delgado de algodón que llevaba puesto, ¿pero, sabe qué? Todas las noches me acostaba en el suelo frío y duro y dormía profundamente. ¡Dios es bueno, ¿no?!"

Salí de su casa moviendo la cabeza, admirada por la fe de Margarita. ¿Qué debía hacer para desarrollar ojos que percibieran la presencia de Dios como Margarita lo hacía?

Algunas personas en Las Vueltas habían sobrevivido a la masacre del río Sumpul. Elena, una mujer vivaz de 50 años de edad, me contó lo que había sucedido.

> Eramos como unas 1.000 personas, la mayoría mujeres y niños. Estábamos acorralados por los soldados al frente y el río detrás, cuando el ejército comenzó a disparar, arreándonos como reses hacia el río.
>
> Mi marido y yo éramos parte de la multitud atropellada, abriéndonos paso desesperadamente por el estrecho camino hacia el río; nuestra única esperanza era cruzar el río hacia Honduras.
>
> Entonces llegaron los helicópteros y dispararon sobre nosotros desde el aire. Mi marido recibió un tiro en la cara. Su cabeza fue hecha trizas, pero ni aún así me detuve. La gente iba cayendo a mi paso. Llegué al río, pero los soldados hondureños estaban disparándonos desde el otro lado. La gente trató de cruzar como pudo, pero muchos no sabían nadar; si no eran heridos, se ahogaban.
>
> Afortunadamente, yo sabía nadar, así que fui río abajo y nadé bajo el agua. Cada vez que sacaba la cabeza para respirar, los soldados me disparaban, pero logré cruzar. Desde mi escondite vi a un soldado lanzar un bebé al aire y atravesarlo con su bayoneta. El río estaba rojo por la sangre de más de 600 personas asesinadas ese día.

Sentí como si ese año estuviera en un seminario, un seminario de experiencias intensas de la vida. Mis principales materias eran sufrimiento y violencia. A medida que la gente contaba sus historias, traté de entender su perspectiva de Dios y del sufrimiento.

Inicialmente les hacía preguntas como, "¿Alguna vez se sintió enojado con Dios por el sufrimiento que usted ha experimentado?" O, "Si Dios es bueno, ¿cómo pudo permitirle sufrir tanto?"

Pero pronto reconocí que ese tipo de preguntas resultaba extrañas para ellos. No entendían de qué les estaba hablando. Comencé a introducir mis preguntas, explicando que "cuando los cristianos norteamericanos sufrimos, tenemos la tendencia a pensar que Dios nos ha abandonado. Pensamos que si Dios es bueno, las cosas malas no deben suceder. ¿Cómo ha experimentado usted a Dios en su sufrimiento?

La abrumadora respuesta fue parecida a la de Elena, cuyo rostro se iluminó al declarar, "¡Si no hubiera sido por la presencia de Dios en mi sufrimiento, no estaría con vida ahora!"

Reflexioné en la respuesta de María, quien dijo: "La gente amargada es muchas veces la que no ha sufrido tanto. El verdadero sufrimiento te permite descubrir la presencia de Dios".

Reconocer la presencia de Dios en su sufrimiento no significaba que lo vieran como la voluntad de Dios. Pablo, un aldeano de 82 años de edad, articuló la causa humana del sufrimiento: "Dios no causa sufrimiento", explicó, "nuestro sufrimiento es causado porque no todas las personas reconocemos que ante Dios todos somos iguales, y que somos miembros de una misma familia. Los grandes pisotean a los pequeños".

El entendimiento de Pablo acerca del sufrimiento contrastaba tajantemente con el del hombre desplazado en Cacaopera, quien se veía a sí mismo como un niño desobediente que merecía el castigo de Dios. El sufrimiento era la consecuencia de sus errores, el resultado de su propio pecado. Por otro lado, los refugiados descubrieron que el sufrimiento también podía ser causado por el pecado de otras personas. Se veían como víctimas, como los "pequeños" que eran pisoteados por aquellos que no reconocían que Dios nos había creado a todos iguales.

La presencia de Dios en el sufrimiento de los refugiados no significaba una resignación fatalista a éste como la voluntad de Dios. Ni significaba que el sufrimiento debía ser abrazado como una forma de hallar a Dios. Debía resistirse el sufrimiento causado por la desunión entre las personas que Dios había creado como iguales; resistirlo acarreaba mayor sufrimiento en forma de persecución y hostigamiento, pero también acercaba a Dios a los que resistían. Encontraban sentido en su pena al dedicarse a una causa.

Pensé en otro punto de vista que había encontrado con respecto al sufrimiento. Recordé vívidamente un sermón dado por un predicador evangélico en la plaza central de Cacaopera. El texto usado fue Lucas 16. Un hombre rico y Lázaro, el mendigo, se mueren, pero Lázaro va al cielo mientras que el hombre rico va al infierno.

"Lázaro, sentado a la puerta día tras día, aceptaba con gratitud lo que llegara a sus manos", dijo el predicador. "No se quejó, no trató de arrebatar lo que él quería del hombre rico, y cuando murió, recibió su recompensa celestial".

Miré a mi alrededor a la gente que escuchaba atentamente. Todos eran pobres. Algunas mujeres tenían niños en el programa de nutrición. El predicador continuó invitando a la gente a aceptar sus penurias con paciencia, de tal manera que ellos, al igual que Lázaro, recibieran su recompensa celestial. Mi corazón gimió por lo que estaba escuchando. Cada cosa que yo conocía de Dios protestaba en contra de toda aceptación pasiva de la miseria, como la voluntad de un Dios justo y amoroso, para ser aliviada únicamente en el reino celestial.

Tres conceptos de sufrimiento estaban surgiendo. Primero, el sufrimiento como castigo de Dios por nuestros propios pecados; segundo, el sufrimiento para ser soportado en esta vida con el fin de recibir la vida eterna, y tercero, el sufrimiento causado por las relaciones distorsionadas entre las criaturas de Dios sobre la tierra.

Mi amigo en Cacaopera, el que explicó su dolor como un castigo de Dios, y los evangélicos que aceptaban el sufrimiento en sus vidas para ganar su recompensa eterna, relacionaban la respuesta de Dios, de manera directa, con las acciones de ellos. "Si yo soy malo, Dios me castiga. Si soy bueno, Dios me premiará". En sus esfuerzos por luchar contra el sufrimiento, encajonaban a Dios en forma rígida y predecible.

Pero aquellos que entendieron las relaciones distorsionadas como la causa de sus sufrimientos, no vieron a Dios como una figura de autoridad repartiendo recompensas y castigos. Dios no era la causa de sus sufrimientos. Ni Dios estaba meramente presente en su dolor; en realidad, Dios sufría junto con ellos.

La idea de que Dios sufre con nosotros llegó a ser importante para mí. Anoté una cita de Thomas Merton.

> Asesinatos, matanzas, revolución, odio, la masacre y la tortura de cuerpos y almas de [seres humanos], la destrucción de ciudades incendiadas, el hambre de millones, el aniquilamiento de poblaciones y finalmente la crueldad cósmica de la guerra atómica: Cristo es masacrado en Sus miembros, destrozado y despedazado; Dios es asesinado en la humanidad.[13]

También me conmovió la frase de un sacerdote sudafricano, Albert Nolan: "El sufrimiento hace visible a Dios como aquel contra quien se está pecando."[14] Nolan resumió dos conceptos claves en una sola oración. Primero, Dios realmente sufre con nosotros, y segundo, sufrimos no sólo porque somos pecadores sino porque otros pecan en contra de nosotros. Pecar contra otros es pecar contra Dios.

Me sobresaltó la idea de que aún hoy crucificamos a Jesús con nuestro odio, ceguera, injusticia y violencia. Pero si El sigue siendo crucificado, también sigue siendo resucitado de entre los muertos. La muerte y resurrección de Jesús tomaron un nuevo significado cuando los vi, no sólo como cosa del pasado, como hechos históricos, sino también como realidades que todavía siguen ocurriendo hoy.

El comienzo de la época de lluvias siempre me impresionó como una demostración simbólica de la vida que yo percibía en las personas a mi alrededor. Durante la época seca, el campo lucía como un desierto estéril y reseco por el sol. Los incendios causados por los azarosos bombardeos tornaban las colinas en un páramo erizado y chamuscado, pero después de sólo una o dos buenas lluvias, pequeños retoños verdes comenzaban a brotar. Hasta fui inspirada a escribir un poema.

Triunfos de Resurrección

Suaves gotas invocan la vida
desde el negro y tachonado ataúd de la tierra,
atrapado por el sol caluroso,
sellado por el fuego caído del cielo.

Débiles manojitos de verdor desafían la sepultura.
Botas negras pisotean la frágil vida nueva.
Crueles bribones muelen contra la tierra
la fresca faz de la esperanza.

Las pisadas pasan
y los débiles manojitos de verdor levantan sus cabezas.

La no violencia era otro dilema importante, ya que ser una pacifista en medio de la guerra hacía que surgieran muchas preguntas. En Gotera viví rodeada por las fuerzas militares del gobierno. En Chalatenango me encontré

en una región controlada por los rebeldes del FMLN. ¿Qué significa ser una pacifista que se identifica con personas involucradas en una revolución?

Anoté una cita de Arturo Paoli: "Una revolución es como un grito, es un problema que se descubre y se derrama en el piso, justo delante de todos".[15] La imagen me recordó un absceso que, si se deja sin tratamiento, crece hasta que la pus se acumula por debajo de la superficie, reventando finalmente. El absceso no puede comenzar a sanar hasta no reventar.

Descubrí que la violencia en El Salvador no comenzó con la guerra. La revolución era como un absceso que reventó por la presión del desasosiego social. Uno de los rebeldes lo describió en esta forma. "Miles de salvadoreños fueron asesinados antes de 1980 y nadie le puso cuidado a esto, pero tan pronto como los pobres se alzaron en armas para ponerle fin a sus sufrimientos, de repente el mundo entero empezó a preocuparse por la violencia en El Salvador. La violencia existía desde antes de la guerra".

En julio de 1988 asistí a un curso de teología de la liberación. El principal expositor era Gustavo Gutiérrez, considerado uno de los fundadores de la teología de la liberación. El dijo: "Dios es vida. La pobreza es muerte. Por eso estamos comprometidos con los pobres". Su afirmación sonaba verdadera, la pobreza mata a la gente tal como lo hacen las armas. Me di cuenta que mi entendimiento de la no violencia incluía la violencia militar, pero no la violencia más sutil, la de las estructuras opresivas.

Recordé experiencias en Gotera que me enseñaron sobre la violencia de la pobreza. Marta y Felícita vinieron a mi mente. Algunas mujeres de la iglesia de Cacaopera me dijeron que la hija de Marta, de 12 años de edad, estaba gravemente desnutrida. Parecía extraño que una niña de esa edad pudiera estar desnutrida, así que fui a visitarla. Al acercarme a la casa llamé saludando, pero nadie respondió. Llamé de nuevo y me acerqué a la puerta. Entonces vi a una mujer de mediana edad moliendo maíz. Escasamente me respondió, algo raro en la amable sociedad salvadoreña.

Le expliqué que había venido a ver a su hija; indicó con la cabeza hacia una hamaca; miré y sólo vi frazadas. Al acercarme noté que dos grandes ojos me miraban

fijamente desde una cara esquelética. Sonreí de manera forzosa y pregunté si podía levantar las frazadas. Quedé pasmada por lo que vi. Excepto por su hinchado vientre, no tenía más que huesos cubiertos por una floja capa de piel. Volví a colocar las frazadas y traté de organizar mis pensamientos.

Le hice algunas preguntas a Marta. Sus respuestas fueron breves y confusas; logré saber que su hija tenía diarrea y no podía comer.

En ese momento una vecina entró y me contó la historia. "Marta llevó a la niña al hospital la primera vez que tuvo diarrea. Era un gran sacrificio pues escasamente tenía para el pasaje en bus y para pagar la consulta en el hospital. Después de esperar toda la mañana, por fin llegó su turno para ver al médico.

"El le dio un vistazo a la niña y luego regañó a la madre. 'La niña no se ve enferma, usted me está haciendo perder tiempo, tengo gente más importante que atender que indios sucios'. Y las echó de su consultorio.

"Ahora ella se niega a ir de nuevo al hospital".

Me volví hacia la madre. "Fue injusto que el doctor la tratara de esa manera, esta vez su hija recibirá tratamiento; si ella no va, se va a morir".

Marta no estaba convencida. Por último, dijo que no tenía tiempo. "Mi marido murió hace un mes y tengo que prepararme para la misa de los 40 días".

Se me deshizo el corazón a causa de su dolor y de su pérdida. Amaba a su hija, pero estaba sumida en la desesperación; ella era considerada la escoria del mundo, una india, una pobre mujer, desplazada, sin marido. Otros esfuerzos por convencerla fueron infructuosos. La niña murió algunos días más tarde, asesinada por la violencia de la pobreza.

Felícita fue otra mujer que me introdujo a la violencia de la pobreza. Cada domingo después de la misa me acorralaba, divagando en una lista de confusos dolores y males. Yo le explicaba que no podía ayudarla y que ella necesitaba ir al hospital.

Finalmente fue. Fue tres veces y nunca logró ver al doctor. Para entonces reconocí que yo necesitaba involucrarme personalmente en su caso. Me enteré que ella había dado a luz a ocho hijos, pero que siete habían

muerto en la infancia. Parecía como si tuviera el útero prolapsado (una complicación de la preñez múltiple en la cual el útero desciende hacia la vagina).

Le ayudé a conseguir una cita con un doctor que la examinó y la programó para una cirugía. Felícita tenía una autoestima tan baja que cuando llegó al hospital era demasiado tímida para hablarle a la recepcionista, entonces le explicó a la mujer que hacía el aseo que ella tenía una cita, pero la mujer le respondió que los doctores estaban ocupados. Así que Felícita se fue a casa.

Lamenté no haber ido con ella. A la semana siguiente fuimos juntas al hospital; tuvimos que comenzar todo el proceso de nuevo para obtener una cita. Fue una de mis primeras experiencias con el sistema de atención de salud salvadoreño; entonces entendí por qué ella había ido tres veces al hospital sin lograr ver al doctor. Estuvimos apiñadas en una sala de espera junto con unas 300 personas. Nos mandaban de una fila a otra, si no lográbamos escuchar a las enfermeras cuando la llamaran por su nombre, perderíamos la cita.

Finalmente, logramos ver al doctor. El reprogramó la cirugía pero dijo que primero debíamos conseguir dos donantes de sangre. Encontramos dos voluntarios de su aldea y yo fui con ellos hasta el banco de sangre. Cuando llegamos allá, nos dijeron que no podían recoger la sangre porque no tenían bolsas para guardarla. Como yo era extranjera y tenía influencia, conseguí de la Cruz Roja, bolsas para la sangre, a una hora de camino. Por fin les sacaron la sangre a los donantes.

Felícita se internó en el hospital y esperó tres días. Entonces le dijeron que regresara a su casa porque el doctor estaba enfermo; se fue a su casa y regresó posteriormente para la cirugía. Finalmente, recibió su tratamiento, pero sólo debido a mi intervención y apoyo directo.

Las experiencias con Marta y Felícita habrían sido más fáciles de entender si hubiera podido calificar a los doctores como "mala gente". Pero no era tan sencillo. Muchos doctores habían tenido una educación interrumpida durante varios años porque el gobierno decidió cerrar la Universidad Nacional, acusándola de ser un semillero de comunistas. Las clases continuaron en 1985, pero el departamento de medicina había sido saqueado y ni si-

quiera tenía microscopios o libros para los estudiantes de medicina.

Después de graduarse de la universidad, los internos son enviados a hospitales rurales durante un año. A pesar de su inadecuada capacitación universitaria, trabajan allí sin supervisión alguna. Atienden un mínimo de 50 pacientes diarios por consulta externa y manejan muchas otras responsabilidades. El doctor que vio a Marta probablemente estaba cansado, agotado y escasamente capacitado. No había excusa por la forma como atendió a Marta, pero tratar de entender su perspectiva me hacia ver los hechos bajo una luz diferente.

Reconoci que buenos y bien intencionados individuos también forman parte de las estructuras violentas que oprimen al pobre. La maldad estructural tiene lugar porque es más que el total de los individuos que trabajan dentro de ella. John Howard Yoder explica que Dios prescribió las estructuras para proveer orden e igualdad. "Pero las estructuras no le sirven a la gente como deberían hacerlo. No nos capacitan para vivir una vida afectuosa, humana y genuinamente libre. Se han absolutizado a sí mismas y exigen de los individuos y de la sociedad una lealtad incondicional".[16]

Las estructuras y la gente dentro de ellas pecan contra el pobre de una forma que hace difícil identificar quién es el responsable. Incapaz de colocar el clavo de la culpa sobre otros, me vi forzada a admitir que yo también compartía parte de la responsabilidad por la violencia de la pobreza. Humildemente tuve que reconocer que el simple hecho de rehusarme a tomar las armas no me hacía una buena pacifista.

Sin importar qué tanto trate de evitarlo, yo estoy involucrada con las estructuras que perpetúan la violencia y la muerte. Al comer bananos cosechados por trabajadores mal pagados en Honduras, yo contribuyo a la muerte de sus desnutridos niños. Al tomar café salvadoreño, perpetúo la explotación de los campesinos que hacen el trabajo mientras que los propietarios de los cultivos se hacen ricos. No se puede escapar a las contradicciones. Me siento llamada a optar por la no violencia, sin embargo, no puedo liberarme de las estructuras violentas.

Fue de mucha ayuda identificar los diferentes tipos de violencia a mi alrededor: militar, de pobreza, estructural. Pero, ¿cuál sería la respuesta cristiana fiel? Me impresio-

nó hace varios años la comparación de Vernard Eller, de la violencia, con los remolinos. La espiral de respuesta a la violencia con violencia es como un remolino en un río: a medida que el agua entra en el remolino, gira más y más rápido. La única forma de detener un remolino es colocar una sólida roca en medio; los pacificadores estamos llamados a ser rocas en el remolino de la violencia. Estamos llamados a pararnos firmemente y decir: "La violencia se detiene aquí".

Una experiencia personal en una confrontación no violenta en Las Vueltas, mantuvo mis ideas ligadas a la práctica. Hubo enfrentamientos en los cerros durante varios días y estuve dos noches durmiendo interrumpidamente en el suelo, por el bombardeo y la balacera. La segunda noche las explosiones fueron tan cerca, que yo estaba segura que tendríamos aldeanos heridos para atender a la mañana siguiente en la clínica.

Después de una noche de tiroteo constante, el silencio de la mañana era aterrador. Al mirar hacia afuera, vi a los soldados tirados en el suelo frente a la casa. Tenían camuflaje de ramas soportadas de sus mochilas; tenían la cara grotescamente pintada de verde y negro. Me miraron con un silencio feroz.

Después de un tiempo, escuché el ruido de un helicóptero aterrizando cerca. Entonces oí el traqueteo de cadenas y metales. Habían traído dos grandes perros pastores alemanes, rastreadores, para ayudar en la intensa búsqueda casa por casa. Los soldados registraron escarbando pisos y patios, tumbando las cercas de piedra y aterrorizando a los aldeanos. Blandiendo garrotes, le decían a la gente: "Las armas son para la guerrilla y los garrotes para ustedes".

Al final de la mañana, el "material de guerra" que los soldados habían descubierto incluía una máquina de escribir de propiedad de la comunidad, cinco relojes, 10 radios de dos bandas, y los desechos de hojalata de un taller de hojalatería que habían calificado como una fábrica de bombas. Luego regaron gasolina sobre los efectos e hicieron una fogata.

Cerca de las 2:00 p.m. escuché un ruido fuera de nuestra casa. Salí y vi que se estaba formando un grupo de personas. Mauricio, el presidente de la aldea, había sido arrestado y lo estaban conduciendo a través de la

calle. Pronto, cerca de 150 personas se habían reunido para exigir su liberación.

Estuve pensando cuál debería ser mi papel. La iniciativa y la responsabilidad eran de la gente, pero quería que supieran que yo los apoyaba. Decidí pararme fuera de nuestra casa. Esto me puso a una distancia de aproximadamente un metro de la gente, pero exactamente detrás de la línea de soldados.

Los pensamientos daban vueltas en mi mente mientras permanecí ahí. Sentí un nudo en el estómago al ver a los soldados. Obviamente ellos no eran los campesinos forzados a prestar el servicio militar, por quienes yo frecuentemente me lamentaba. Estos eran profesionales endurecidos que disfrutaban con la expectativa de violencia. Estaban agitados, sedientos de sangre.

Frecuentemente me había preguntado cómo seres humanos; maridos, hijos, padres, podían cometer masacres. ¿Cómo podían lanzar bebés al aire y atravesarlos con sus bayonetas? ¿Cómo podían abrir a mujeres embarazadas y mutilar a sus hijos por nacer? Pero esa tarde sentí que estaba en presencia del mal. Comencé a sentir, sin entender todavía intelectualmente, el poder de las fuerzas de la maldad.

La confrontación continuó por dos horas, con una muchedumbre que exigía la liberación de Mauricio y los soldados que lanzaban amenazas y acusaciones. Entonces los soldados sacaron una cámara fotográfica. En un país represivo intimida pensar que la foto de uno está circulando entre los militares. Cuando la gente vio la cámara, trató de cubrirse la cara con sombreros, manos y brazos. Entendí su reacción, pero me sobrecogía verlos postrados ante la maldad. Odié ver a los soldados que se deleitaban en el poder que controlaban por medio de una pequeña caja negra.

Entonces vi a Pablo. Pablo, el anciano de 82 años de edad, estaba en medio de la multitud, al frente de la cámara. Mientras aquellos a su alrededor trataban nerviosamente de cubrirse la cara, él permanecía calmado y sereno, mirando a los soldados directamente a los ojos. El resistía su poder, desafiándolos a fotografiarlo, pero no era un desafío odioso o con enojo. Simplemente, él no tenía miedo. Como los soldados no podían intimidarlo, tampoco podían ejercer poder sobre él.

La tensión creció cuando los hombres con machetes comenzaron a acordonarse en la parte trasera de la multitud. Entonces llegó Angélica, la mujer de Mauricio, cargando en un brazo a su nieto de un año de edad y llevando agarrada con la otra mano a su hija de cuatro años. Llegó hasta el frente, abriéndose paso por entre la abrumadora multitud, y pidió la liberación de su marido.

Los soldados respondieron trazando una línea sobre el piso polvoriento.

"No respondemos por lo que pase si alguien pasa de esta línea", dijeron los soldados.

Angélica exigió ver al comandante. Pero ellos se negaron. El movimiento de su cuerpo transmitía su lucha interna mientras se debatía entre cruzar o no la línea.

Me perturbó el darme cuenta de la intensidad con la cual yo deseaba que ellos cruzaran la línea, para demostrarles el poder de la gente valiente, enfrentando de manera firme y no violenta la injusticia. Yo quería que ellos fueran fieles a sus valores y no se postraran, que hicieran lo que debían hacer con el fin de preservar la dignidad dada por Dios, encarando el mal. Pero la gente podía resultar herida o asesinada. ¿Qué derecho tenía yo para decir lo que debían hacer, cuando me encontraba en un lugar seguro, fuera del campo de batalla? No estábamos hablando ahora de teorías, sino de vidas.

Angélica tomó la decisión. Cruzó la línea. Apenas había dado un paso, cuando los garrotes empezaron a volar. Quedé hipnotizada al ver cómo golpeaban en el cuello y los hombros a una mujer de 20 años, llamada Cristina. Sentí que Angélica pasó corriendo junto a mí, hacia la casa, mientras que los niños gritaban aterrorizados. La niña de cuatro años había sido golpeada en la frente.

Todo esto escasamente se había registrado, cuando el estruendo cortante de un tiroteo estalló en el aire. Como ingenua extranjera que era, me tomé tiempo para ver si los soldados estaban disparando al aire o directamente contra la mulititud. Pero la gente, que había sido baleada en el pasado, inmediatamente se agachó para cubrirse. Puesto que sí estaban disparando al aire, permanecí en el lugar donde me encontraba; los oídos me zumbaban. Con un absurdo sentido de claridad noté que los residuos de

las explosiones del tiroteo caían lentamente, cubriendo como de cenizas mi falda azul.

El tiroteo no duró mucho. Pablo fue uno de los primeros en recobrar la compostura. El coronel, notando su obvia posición de influencia y respeto, lo llamó, con la esperanza de que Pablo convenciera a la gente de irse a su casa.

Pablo escuchó respetuosamente y regresó a la anudada multitud. "El coronel dice que ustedes deben irse a sus casas", dijo al tomar de nuevo su lugar. Entonces, como un padre reprende a su hijo desobediente, de manera calmada les dio una reprimenda a los soldados por abusar de su poder contra inocentes civiles.

Ya casi entraba la noche. Cuando el oficial declaró el toque de queda y amenazó con disparar contra cualquier persona que estuviera en la calle, la multitud se dispersó. Liberaron a Mauricio a la mañana siguiente.

Yo no conocía bien a Pablo antes de ese incidente, pero ahora estaba ansiosa por hablar con él. Era obvio que él era un ejemplo de resistencia no violenta, una "roca en medio de un remolino". Le pregunté cómo se había sentido durante la confrontación.

"Cuando pensamos que no podemos seguir, Dios nos da su mano y su Espíritu para continuar", contestó. "No tenía miedo porque estoy listo para morir". Entonces me contó de cuatro ocasiones diferentes en que estuvo muy cerca de morir pero su férrea voluntad de vivir le ayudó a superarlas.

Me impresionó que Pablo pudiera ser una roca en medio de la violencia, porque estaba listo a morir, a la vez que luchaba por vivir. Recordé el texto bíblico de 1 Juan, 3:16: "En esto conocemos el amor: Jesucristo puso su vida por nosotros. Y nosotros debemos poner nuestras vidas por nuestros hermanos [y hermanas]". El amor cambia nuestros instintos naturales de proteger y preservar nuestras vidas, por buena voluntad para morir a causa de nuestros amigos.

Tratar de aplicar mis convicciones sobre la no violencia era entrad en humildad. Las discusiones teóricas pueden darnos la ilusión de que estamos dispuestos a sacrificar nuestra vida para ser pacificadores, sin embargo, nuestra experiencia práctica destruye cualquier fantasía heróica. Yo había vivido dos confrontaciones similares con solda-

dos mientras arrestaban aldeanos. En ambas oportunidades luché contra las preguntas acerca de mi participación. "¿Cuál es mi papel como extranjera? ¿Es ésta una situación por la cual vale la pena morir? ¿Es la resistencia no violenta en este momento, en esta forma, lo que Dios me está llamando a hacer?" Deseé que todos estos dilemas se aclararan, pero siempre permanecieron en la penumbra.

Si yo iba a morir como pacificadora, quería que fuera por algo útil. Seguramente si supiera que al morir, salvaría la vida de alguien, estaría dispuesta a hacerlo. Mi muerte sería aun un testimonio de resistencia no violenta. Pero mi limitada experiencia me hacía preguntarme si una "muerte útil" no era una ilusión. Parecía más probable que yo muriera en circunstancias inciertas, dejando a las personas ajenas a la situación preguntándose si yo había desperdiciado mi vida por un criterio pobre o por una confusión entre cristianismo y política.

Mientras que los pacificadores discuten sobre cuándo morir a causa de una intervención no violenta, los soldados mueren cada día por culpa de las respuestas violentas al conflicto. No tenía qué responderle al combatiente marxista que me preguntó, "¿Por qué los cristianos, que creen en la vida después de la muerte, están menos dispuestos a morir que nosotros los humanistas? Uno pensaría que nosotros los que creemos que la vida termina aquí, estaríamos menos dispuestos a sacrificarla que los cristianos, pero esa no ha sido mi experiencia".

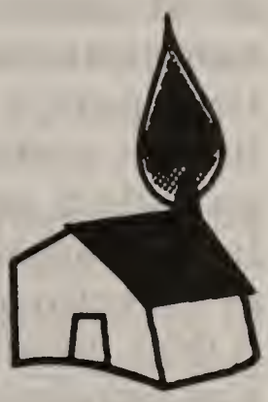
La combinación de reflexión y experiencia no me proporcionó soluciones, pero sí me aclaró algunos dilemas personales. Primero, sólo la gracia de Dios podría capacitarme para responder apropiadamente y de manera no violenta en medio de una crisis. Segundo, yo había sido arrogante al decir: "Los pacificadores deben estar tan dispuestos a morir por un cambio no violento, como los soldados están dispuestos a morir en la guerra". Las frases profundas pierden su poder cuando se repiten a la ligera, con poco entendimiento del compromiso requerido. Tercero, yo había juzgado a quienes se alzaban en armas, sin entender la violencia que los había conducido a esa decisión.

Llegar a ser más consciente de la fuerza de la violencia, me afectó emocionalmente. En 1989 escribí un apasionado registro en mi diario al darme cuenta cómo las tenaces

raíces de la violencia encuentran su expresión en cada aspecto de la vida.

> Odio la violencia. La odio. Odio la manera como ella hace que las personas desconfíen unas de otras. Odio el papel que juega en la debilidad de la gente por el poder y el dinero. Odio su arrogancia. Odio la forma como forza a gente buena y amable a responder a ella en la misma maldita manera. Odio la forma como hace que la gente mienta y engañe a otros, y las divisiones que causa. Odio la violencia, y no sólo la guerra. Esta guerra no es la causa de la violencia, es la reacción a ella.

Me sentí enfadada al ver cómo la violencia engendra desconfianza. La comunidad donde viví no era inmune a los problemas provenientes de la falta de confianza, a pesar de que las personas estaban decididas a trabajar juntas. Tampoco fui inmune a los efectos de la violencia sobre las relaciones personales. Mi reacción a la tensión y al estrés frecuentemente me impedía responderles de manera sensible a las personas a quienes yo amaba.



12

Herida, una y otra vez, Agotada

A finales de 1988 decidí continuar indefinidamente en El Salvador. Durante los primeros meses, después de haberme comprometido a vivir en Chalatenango, sólo experimenté los beneficios. Pude soñar con el futuro del trabajo en salud. Pude celebrar los pequeños pasos hacia metas a largo plazo sin la presión de querer alcanzar los objetivos antes de la finalización de mi contrato. Y lo más importante, pude profundizar mis relaciones de amistad con la gente, a medida que se puso en claro que íbamos a recorrer juntos un largo trecho. Sin embargo, no estaba preparada para el dolor causado por la pérdida de mis relaciones con personas a quienes amaba y que fueron asesinadas, capturadas o victimas de las fuerzas del gobierno salvadoreño.

Después de una larga serie de abusos contra los derechos humanos, escribí en mi diario,

> ¿Qué significado tiene asumir una teología que produce heridas y más heridas? No puedo compartir la vida de las personas de una manera significativa y decir ligeramente que sé que Dios me ha llamado a vivir aquí porque éste es un lugar saludable para mí.
>
> Sé que Dios me ha llamado aquí. No porque experimente el suficiente desafío que me ayude a crecer, sino porque éste es el lugar donde

> me siento dolida y agobiada, donde tambaleo al borde de la confianza y la fe, la duda y la debilidad. No quiero irme porque tengo la seguridad que mi corazón está aquí.

Durante 1989 el hostigamiento en contra de nuestro trabajo se dio casi cada mes. En enero, cinco compañeros de trabajo fueron arrestados cuando iniciábamos una campaña de vacunación contra enfermedades infantiles. Una pareja del CCM y su pequeño bebé de seis meses fueron sometidos a arresto domicilario por haber acompañado a un grupo de promotores de salud que buscaba la liberación de sus compañeros de trabajo. En febrero, el ejército confiscó medicamentos por un valor de $US 3.000 dólares, que habían sido comprados y empacados con mucho esmero. Nuestros esfuerzos para recuperarlos fueron infructuosos. Los soldados registraron nuestra clínica y acusaron públicamente a los trabajadores en salud de colaborar con la guerrilla. También confiscaron dos cajas de suministros dentales.

Abril trajo un mayor hostigamiento contra los esfuerzos de vacunación. A pesar de una epidemia de sarampión a nivel nacional, el ejército se negó a permitir que la Cruz Roja Internacional vacunara en Las Vueltas. Apreté mis dientes airadamente mientras que la tierra cubría el ataúd de la pequeña Jéssica, de dos años de edad. Había muerto de sarampión de manera innecesaria, porque el ejército le negó una simple vacuna.

También estaba Anabel, a quien se le negaron dos derechos básicos: el derecho a ser vacunda y el derecho a recibir atención médica. Su madre la llevó enferma de sarampión al servicio de urgencias del hospital. El doctor le prescribió un analgésico sin siquiera examinar a la niña. Anabel fue admitida en el hospital sólo después que su madre regresara acompañada por un doctor norteamericano. La niña murió al día siguiente.

El 22 de abril, los miembros del programa de salud de la iglesia estaban vacunando en nuestra parroquia. En una aldea los soldados alertaron a los padres para que no permitieran que sus niños recibieran la "vacuna de la guerrilla". En consecuencia, vacunamos sólo 12 niños. Más de 80 habían recibido la primera dosis el mes anterior.

Pensé en el amor de Jesús por los niños y en las recientes muertes innecesarias. Al escribirle a un amigo, le dije:

> Cualquiera que libra una guerra contra los niños pequeños es mi enemigo. Habiendo admitido esto, de repente me encuentro luchando contra el odio. ¿Qué significa "amar a mi enemigo"?
>
> Pero aún mientras lucho contra el odio, reconozco que he aprendido a amar más. Y a medida que batallo contra la repugnancia de la maldad, tengo un mayor aprecio por la hermosura del bien. Pienso que el dolor de la lucha no es un precio tan alto por dejar de ser alguien indiferente.

Los incidentes continuaron. Dos promotores de salud de Las Vueltas fueron arrestados a finales de abril; uno de ellos fue golpeado. En mayo, se le negó el ingreso a El Salvador a los directores nacionales del CCM porque sus nombres aparecían en una lista de personas no gratas. Un doctor extranjero encargado de los programas dentales fue expulsado en julio, y confiscaron unos US$30.000 dólares en medicamentos, destinados a toda la diócesis. Finalmente, después de una intensa presión internacional, se recuperó la mayoría de los medicamentos.

El mismo día en que los medicamentos fueron confiscados, otra clase de tragedia ocurrió. Victoria, una amiga cercana, salvadoreña, de Gotera, murió en un accidente automovilístico. Por vivir en una zona aislada, no me enteré de su muerte sino hasta cuando era demasiado tarde para asistir al funeral. Mi confusión emocional continuó, hasta cuando pude ir a Gotera algunas semanas más tarde.

En agosto, un compañero de trabajo, extranjero, fue amenazado por un escuadrón de la muerte. En septiembre, seis promotores de salud fueron detenidos cuando iban camino a uno de nuestros cursos. Uno de ellos fue interrogado durante cuatro horas porque los soldados encontraron en su cuaderno un diagrama que describía la transmisión de enfermedades infecciosas por medio del agua, los excrementos y los mosquitos. Los soldados alegaban que el triángulo con las flechas era un código para un ataque de la guerrilla.

Durante esos meses me fortaleció la descripción de Carlos Caretto sobre la celebración tradicional de las luces. Mirando fijamente las velas, los participantes repiten, "Esta vela es símbolo de Jesús, quien da luz a este mundo al ser consumido, de la misma manera que esta vela está siendo consumida". Escribí:

Una luz brilla en la oscuridad de El Salvador. Desde lejos es un hermoso símbolo de esperanza. Pero de cerca uno descubre que su caluroso y parpadeante brillo es alimentado por los cuerpos torturados de los salvadoreños dispuestos a morir por causa de sus hermanas y hermanos. La luz de la esperanza depende de aquellos dispuestos a ser consumidos por el sufrimiento y la muerte.

Al mismo tiempo, descubrí que había muchas maneras, nada llamativas, de ser consumido. Pensaba en mis luchas por proteger mi tiempo y mi espacio; en mis respuestas, a veces displicentes, a las interrupciones, y en mi individualismo profundamente arraigado. Dios me estaba llamando a entregarme, de manera libre y compasiva, al mundano meollo de la vida diaria.

Sin embargo, las raíces de la tensión que yo sentía eran más profundas que los abusos de los derechos humanos en sí. Mi tensión tenía que ver con el descubrimiento de que no era sólo que los soldados fueran mis enemigos, sino que yo también era enemiga para ellos. Yo estaba trabajabando con personas de comunidades repobladas que estaban comprometidas con la promoción del cambio social. Los militares se sintieron amenazados por el hecho de que la misma gente forzada a huir a comienzos de los 80, había regresado fortalecida por la unidad y la visión. Identificarme con ellos me convertía en enemiga del ejército.

Los militares consideraban que cualquier persona que trabajara con las comunidades repobladas era un izquierdista relacionado con el FMLN. En consecuencia, hacían todo lo posible por restringirles el ingreso a las zonas rurales en conflicto. El ejército les solicitó a las autoridades eclesiásticas que retiraran a los trabajadores pastorales, exigió salvoconductos militares que ellos mismos se negaban a otorgar, y les dificultó a los extranjeros la renovación de visas de residencia.

Aunque como extranjeros nuestras vidas no estaban en peligro obvio, implícitamente nos producía tensión. Las autoridades eclesiásticas no nos pidieron que nos fuéramos, pero a veces no nos sentíamos apoyados en nuestros esfuerzos por quedarnos. Como extranjeros, nos devolvían en los retenes militares, camino a Chalatenango, porque no teníamos permiso militar. Pero a aquellos que lo habían solicitado, de todas maneras se les había negado, así que nos vimos obligados a comenzar a salir de San

Salvador a las 3:00 a.m. para pasar por los retenes militares antes que los soldados estuvieran despiertos. En las noches, antes de viajar, me sentía tensa, incapaz de dormir, al preguntarme si nos harían regresar. En lugar de ser un tiempo para descansar del trabajo, los viajes a San Salvador se convirtieron en una faena que agotaba mis energías.

Aunque yo estaba convencida que estábamos en lo correcto al no permitirles a los militares determinar dónde trabajaríamos, aún sentía punzadas de culpa mientras manejaba por la carretera abandonada en medio de la noche. ¿Estaba escabulléndome en la oscuridad, desafiando a las autoridades establecidas por Dios? ¿O estaba obedeciendo fielmente a Dios antes que a los seres humanos?

Las tensiones políticas aumentaron a comienzos de 1989; los rumores de una insurrección se difundieron por todas partes. La intensificación del conflicto polarizó la situación, obligando a la gente a identificarse con uno u otro bando. No había espacio para la neutralidad; sentí la necesidad de definir mi posición de manera más clara. ¿Qué significaba tomar partido? ¿No estamos llamados los cristianos a ser reconciliadores neutrales en medio del conflicto?

Un folleto de Albert Nolan, un sacerdote sudafricano, me fue de gran utilidad. Nolan propone que los cristianos sí estamos llamados a tomar partido en cierta clase de conflictos. El identifica tres percepciones erradas en la posición de que ser un pacificador siempre significa reconciliar dos fuerzas opuestas.

Primero, la proposición de reconciliación asume que el conflicto está basado en malos entendidos que pueden ser aclarados, facilitando la comunicación. Pero en algunos conflictos hay un lado que tiene la razón y otro que tiene la culpa. Los cristianos no estamos llamados a reconciliar el bien y el mal, la justicia y la injusticia. Estamos llamados a abolir la maldad y la injusticia.

Segundo, la propuesta de reconciliación asume que una persona puede ser neutral, pero en casos de injusticia y opresión la neutralidad es imposible. Si no estamos con el oprimido, automáticamente estamos con el opresor, manteniendo, consciente o inconscientemente, la estructura dominante.

Tercero, la proposición de que los cristianos siempre deberíamos buscar la reconciliación y la armonía, presume que la tensión y el conflicto son males peores que la injusticia y la opresión.

Nolan escribe que "la verdad y la justicia deben ser promovidas a toda costa, incluso a costa de crear conflictos y disensiones a lo largo del camino".[17] Jesús fue claro: "¿Piensan que he venido a traer paz sobre la tierra? Les digo que no, sino división". En realidad, Jesús no quiso causar división, pero su postura clara inevitablemente dividió a la gente entre los que estaban con El y los que estaban contra El.

El conflicto en El Salvador se debía claramente a la injusticia que yo tenía que denunciar, no reconciliar. La zona donde yo vivía estaba controlada por los rebeldes. Ellos también estaban denunciando la injusticia, pero a la vez, estaban tratando de derrocar el gobierno por medio de la violencia. ¿Cómo debía relacionarme con ellos a la luz del mandamiento bíblico de someterme al gobierno como establecido por Dios?

Romanos 13 presenta a las autoridades gobernantes como siervos de Dios para hacer el bien, como líderes que no aterrorizan a las personas buenas. ¿Estamos llamados a someternos cuando se vuelca la tortilla y el gobierno persigue a aquellos que promueven el bien? Como dijo un miembro de una cooperativa local, "Incluso hacer el bien está prohibido (por los militares)". La gente en mi área había escogido el movimiento revolucionario como su legítima autoridad. Luché para decidir qué posición debía tomar.

Mi experiencia comprobaba que el gobierno revolucionario era una autoridad más justa que el gobierno salvadoreño legalmente reconocido. El papel de la iglesia de exhortar al gobierno a la justicia era relativamente fácil con los rebeldes que fomentaban el diálogo. Sin embargo, manifestarle sus opiniones al gobierno salvadoreño y a los mandos militares significaba arriesgarse a la persecución, el hostigamiento y a una posible muerte.

Llegué a reconocer que en una guerra civil, pueden existir dos autoridades gobernantes. El papel de la iglesia, de exhortar al gobierno a la justicia, es constante. Pero, la medida en que el gobierno y la iglesia puedan trabajar juntos depende de cómo sea aceptada la iglesia en ese papel.

Fue útil aclarar mis pensamientos, pero mis emociones aún clamaban atención. No teníamos idea de lo que sucedería si la guerra se intensificara. Pero si así fuera, las repercusiones contra las comunidades repobladas se daban por seguras. Luché por no dejarme llevar por los rumores, pero quise ser realista acerca del hecho de que podía ser herida o asesinada. En febrero le escribí una carta a una amiga.

> El significado del miércoles de ceniza me estremeció con fuerza. ¿Qué traerán los próximos 40 días en el desierto? ¿Alguien encontrará mi diario y leerá lo que yo estaba pensando y sintiendo justo antes de "el final"? ¿Qué tan cierta es la posibilidad de morir?
>
> Mi corazón está cargado de presagios. Mis amigos han hecho un compromiso. ¿Qué implica acompañarlos? ¿Me rechazarán los menonitas pensando que me dejé llevar por la política?
>
> La crisis es inminente. Siento más confianza de ser fiel en una crisis a corto plazo que en mi capacidad de ser fiel a largo plazo. Tengo el presentimiento que ésta va a ser una prueba de resistencia de larga duración. Los obstáculos me están desgastando, consumiendo poco a poco mis energías.

Mi compromiso con la no violencia me llevó a buscar formas creativas de resistencia. Seriamente pensé en cómo responder de manera no violenta al hostigamiento que experimentábamos en nuestro trabajo en salud. Las semillas de un sueño habían sido sembradas en Gotera cuando quise que las víctimas de la inadecuada atención médica manifestaran su protesta. El sueño comenzaba a realizarse en Chalatenango.

La verdad había sido un tema importante para mí por varios años. Ahora Isaías 59:14-15 cautivó mi atención: "La verdad ha tropezado en las calles, la honestidad no puede entrar. La verdad no se encuentra en ningún lado y cualquiera que esquiva el mal es perseguido".

Decir la verdad acerca de la injusticia es participar con Dios en la defensa de la causa de la rectitud. Tomando en serio el llamado profético a denunciar la injusticia, formamos una comisión para documentar los abusos sufridos por los pobres debido al sistema de atención en salud, el hostigamiento a los trabajadores en salud, y el bombardeo a los civiles. La comisión no sólo escribió los informes, sino que también organizó el manejo de emergencias. Por lo menos los promotores tendrían el respaldo

de la presión pública, como un sistema de respaldo no violento en los riesgos que ellos estaban asumiendo al servir en sus comunidades.

El hostigamiento del ejército a los trabajadores en salud tenía la intención de intimidarlos para que desistieran de su trabajo. Enojo, frustración y miedo son emociones muy fuertes que pueden destruirnos, o hacernos más fuertes. Albert Nolan escribe, "Un amor que es vigoroso, determinado y efectivo es un amor con coraje. El enojo no debe ser nutrido, debe ser transformado en fuerza, energía, determinación, creatividad y valentía".[18] Tener una forma organizada para que los promotores respondieran al hostigamiento, era una manera de transformar el enojo en una fuerza constructiva.

También me interesé en dar a conocer la razón por la cual la iglesia se había involucrado en brindar atención médica. Promover programas de salud desarrollados por la iglesia sin denunciar las insuficiencias del sistema de atención médica del gobierno, encubría temporalmente un sistema defectuoso. No promovió una solución a largo plazo. Denunciar al gobierno sin proveer una alternativa de atención en salud dejaba a los pobres sufriendo sin los más mínimos servicios básicos de salud. Los programas de la iglesia que yo conocía, eran mejores para proporcionar servicios de salud, que para señalar la injusticia que hacía necesaria la intervención de la iglesia.

La intensidad de la situación me forzó a vivir en el presente. Tratar con el pasado llega a ser un lujo, cuando sobrevivir en el presente exige toda nuestra energía; planear el futuro suena irrelevante para la gente que no sabe si estará con vida mañana. Encontré difícil hallar el espacio y el tiempo necesarios para preparar la gira de charlas, de dos meses de duración por los Estados Unidos y el Canadá, que comenzaría a finales de octubre.

El compromiso para hablar en esta gira era una carga para mí, por varias razones: emocional y físicamente estaba agotada; estaba acabando con mis reservas de energía y no sabía hasta dónde me alcanzarían. Sabía, por experiencias anteriores, que era capaz de comunicarme de manera efectiva, pero que me tomaría una gran cantidad de energía ejercitar mi lado extrovertido.

Estaba complacida de saber que muchas regiones de Norteamérica, de donde el CCM recibía apoyo económico, querían que yo les hablara, pero la apretada agenda me

agobiaba. Decidí hacer un retiro antes de comenzar. Esos cinco días me rejuvenecieron y me ayudaron a alcanzar el objetivo durante las tres primeras semanas de charlas, pero nada podría haberme preparado adecuadamente para luchar contra lo que seguiría.

El FMLN lanzó una ofensiva militar algunas semanas después de haber comenzado mi itinerario de presentaciones; el impacto psicológico agotó mis reservas de energía. Era demasiado: la preocupación por los amigos que estarían siendo arrestados, expulsados o asesinados; las preguntas acerca de lo que estaría sucediendo en las zonas rurales; la aflicción por el asesinato de los seis sacerdotes jesuitas (dos de los cuales conocía personalmente) y dos mujeres; la preocupación por los miembros del CCM y por el hecho de que nuestras oficinas habían sido allanadas y saqueadas; el enojo y la frustración por mi impotencia.

Mi resistencia llegó a su fin. A pesar de que era el tiempo ideal para hablar acerca de El Salvador puesto que el interés era grande, tuve que admitir que no podía continuar.

Después de cancelar mis compromisos, me fui a un campamento en las Montañas de las Cascadas, donde no hice otra cosa que dormir las primeras 24 horas. Fue bueno estar algo descansada para cuando llegó el mensaje de un radioaficionado diciendo que mi padre estaba en el hospital con un tumor cerebral.

13

Lucha y Esperanza

Al campamento donde había ido sólo se podía llegar por barco, el cual llegaba cada tercer día. El mensaje de radio, que decía que mi padre sería sometido a una cirugía cerebral el domingo, llegó el sábado en la noche. Afortunadamente el barco llegaría al día siguiente.

Entretanto, habían caído unos 30 centímetros de nieve, la primera nevada del invierno. Rodeada por la majestuosidad de las montañas cubiertas de nieve recién caída, resultaba difícil aceptar que mi padre podría estar seriamente enfermo. El domingo en la mañana esquié a campotraviesa mientras esperaba el barco. A la 1:00 p.m. comencé la larga jornada desde el estado de Washington hasta Ohio.

Llamé a varios amigos mientras esperaba mi vuelo de la 1:00 a.m., luego me senté sola en el restaurante del aeropuerto a escribir en mi diario. Me sentía abatida, aún aturdida por un desastre, cuando el siguiente me golpeaba con fuerza. Me aferré a la soledad del anonimato en el aeropuerto, sintiendo perfectamente que necesitaba aprovechar este tiempo de transición. Era el 26 de noviembre de 1989. Mentalmente, revisé el mes anterior.

Hacía exactamente cuatro semanas desde que había comenzado a hacer la gira en San José, California. Con un promedio de dos o tres presentaciones por día, había

viajado por California, Oregon, Michigan, Alberta y British Columbia.

El domingo 12 de noviembre, en la noche, la noticia de que la más intensa batalla de la guerra había estallado en San Salvador, agotó mi energía emocional. Tenía la noche libre y estaba sola en la casa donde me hospedaba, preparándome sosegadamente para la ocupada semana que tenía por delante. El informe de noticias sobre El Salvador, de un minuto de duración, perturbó mi calma. Preocupada y frustrada, traté de llamar a los miembros del CCM en San Salvador pero no conseguí comunicación. Apenas sí dormí esa noche, antes de volar hasta la ciudad de Calgary, en Alberta, Canadá.

Los enfrentamientos en El Salvador dominaron las noticias durante la semana siguiente. Lloré lágrimas de frustración por no estar en capacidad de acompañar a las personas a las que amaba, en un momento en que necesitaban mi apoyo. "Sé que no podría hacer nada que ayudara si yo estuviera allá", dije en numerosas llamadas telefónicas a la oficina central del CCM. "Pero quiero regresar tan pronto como sea posible. Hablamos tanto de 'acompañamiento'. ¿Qué es eso sino estar presente a pesar de nuestra impotencia e inutilidad?"

Al final de la semana estaba llena de esperanzas de regresar pronto, pero repentinamente el director del CCM le puso freno a mi entusiasmo. Habíamos identificado la educación en Norteamérica como una de nuestras prioridades. Continuar con las conferencias mientras El Salvador era noticia, era una oportunidad ideal. Saber que él tenía razón no me ayudaba con mi decepción. Pero fue la reacción de mi padre la que me tomó por sorpresa. El, que siempre apoyaba incondicionalmente todo lo que yo sintiera que necesitaba hacer, esta vez, de manera clara, no quería que yo saliera antes de lo planeado. Supe que necesitaba escuchar.

La decisión era mía todavía. Nadie estaba dándome órdenes. A la mañana siguiente yo iba a comenzar una semana de compromisos en British Columbia, Canadá. Tuve una tarde en la casa de una amiga en Bellingham, Washington, para decidir qué hacer. Parece que Dios no escuchó mis oraciones rogando que se abrieran las puertas para mi regreso. Mientras tanto, me estaba dando cuenta que podía enfrentar el temor mejor que la impotencia. Cualquier cosa era mejor que la frustración de no

poder hacer nada. Sin embargo, yo creía en la validez de escuchar el consejo de otras personas. No podía regresar en contra del consejo de mi familia y del CCM.

Habiendo llegado a esa conclusión, pude comenzar a sentir el agotamiento con el cual había luchado casi todo el año. Sería imprudente regresar en medio de una crisis, sintiéndome física y emocionalmente agotada. Incluso comencé a preguntarme si tendría la energía para otro mes de charlas. Traté de sacar la duda de mi mente. Había contraído un compromiso a sabiendas de que era una agenda pesada; era demasiado tarde para echarme para atrás. Por otro lado, no era alguien que se diera por vencida fácilmente. Sólo tendría que esforzarme un poco más; era lo último que podía hacer por la gente de El Salvador.

Pensé en mis emociones y me pregunté qué tan cerca estaba del nebuloso "punto límite". No estaba durmiendo en la noche y periódicamente mis manos temblaban con tanta fuerza, que difícilmente podía sostener una taza. Pero era mucho más fácil culpar a otros. Sentí que el CCM estaba pidiéndome demasiado al elaborar una agenda de ocho semanas sin siquiera un día libre por semana. Hasta cuando reaccioné y empecé a reclamar mi derecho a un descanso, había habido un trecho de tres semanas sin un solo día libre. Algunas veces la gente cae atrapada en las fallas, incluso en las de instituciones buenas y consideradas como el CCM. Las instituciones eclesiales no son inmunes a la tendencia estructural de deshumanizar.

Nadie me estaba pidiendo intencionalmente más de lo que yo podía dar, era mi responsabilidad reconocer cuándo la carga sobre mí estaba llegando a ser demasiado pesada. Decidí suspender las charlas. La reacción cuidadosa y compasiva de cada uno y todos los involucrados, confirmó que mi respeto por el CCM estaba bien fundamentado.

Mis meditaciones fueron interrumpidas por un informe de noticias sobre El Salvador, acerca de mi amiga Jennifer Casolo, emitido por la pantalla de televisión en el aeropuerto. Arrestada y acusada por los militares salvadoreños de esconder armas para la guerrilla, Jennifer había cautivado el corazón de los norteamericanos durante dos semanas de una penosa experiencia. Mi mente revoloteaba aquí y allá, entre El Salvador, las charlas y mi padre.

Los pensamientos acerca de la inminente cirugía de mi padre dominaron la última parte de mi viaje. Llegué al hospital una hora antes de la operación. Ansiosa por conocer los detalles, me enteré que él había tenido un ataque el sábado, durante el cual su lado derecho había quedado súbitamente paralizado; pensando que había tenido un derrame cerebral, lo llevaron rápidamente al hospital; una escanografía reveló que tenía un tumor cerebral grande.

Excepto por el hecho de que nunca lo había visto en la cama de un hospital, mi padre me pareció normal. Seguramente, pensé, él no podría tener un problema serio. Pero el doctor y él habían tenido una larga conversación en privado. Nunca supimos exactamente lo que pasó entre ellos, pero mi padre estaba evidentemente preparado para las difíciles consecuencias. Hizo que me acercara a su lado. Las palabras que pronunció están indeleblemente grabadas en mi corazón.

"Todavía estoy de acuerdo con la decisión que tomaste de ir a Bolivia, cuando tu madre estaba enferma", dijo. "Te dijimos entonces que habíamos dedicado tu vida a Dios cuando eras una bebita, y así fue. Quiero afirmar esto una vez más.

"Tú tienes un llamado de Dios que debes atender. Algunas personas pueden pensar que porque eres soltera debes cambiar tus planes para estar conmigo si es necesario, pero no quiero eso. Sólo te pido que me dejes expresar mis emociones cuando te vayas, sin pensar que mis lágrimas significan que no deseo dejarte ir".

Las lágrimas brotaron al abrazarnos, pero estaba tan agobiada por emociones contradictorias: gratitud, temor, amor, pesar, dolor, que no podía ni comenzar a expresarlas. Cinco o seis personas estaban en la habitación, como testigos de la bendición de mi padre. Como siempre, había sido mi apoyo y mi defensor, aún entonces mi padre me estaba protegiendo de la carga de las expectativas de otras personas, liberándome amorosamente para servir donde me sintiera llamada. Me pregunté si él habría hablado a propósito con los demás presentes, de tal manera que no pudiera existir duda acerca de sus deseos.

Pero el camillero estaba esperando fuera. Nos reunimos alrededor de su cama para orar antes que se lo llevaran. Durante las siguientes cuatro horas de espera, experimenté paz, no basada en la expectativa de que las

consecuencias fueran positivas de acuerdo con nuestras definiciones, sino en la confianza de que Dios estaba con nosotros.

Estábamos unas seis u ocho personas en la sala de espera cuando entró el cirujano. Aún hoy se me oprime el pecho al recordar el impacto de sus palabras. "...un tumor grande, agresivo y maligno en el lado dominante del cerebro . . . imposible de extraer completamente . . . sólo el tiempo dirá en qué medida podrá recuperarse".

Respiré profundamente varias veces tratando de deshacerme de la presión que me oprimía el corazón y los pulmones. Sólo pude pensar en la lenta y tortuosa lucha que se cernía sobre nosotros. ¿Sería una ventaja o una desventaja haber perdido ya a uno de mis padres debido al cáncer, y tener una idea de qué esperar? Fueron pocas las lágrimas que lograron brotar desde lo profundo de mi corazón. Sobrevivir había requerido que las suprimiera por demasiado tiempo.

Aunque mi padre me había dado su bendición para que regresara a El Salvador, luchaba con lo que debería hacer. Tomar un año para estar con él parecía tener sentido, hasta cuando consideré la situación en El Salvador. Entonces pensé que sería posible ausentarme. Mi padre tenía el apoyo de una familia amorosa y de los amigos, al igual que lo mejor de la ciencia médica. El apreciaría tenerme cerca, pero la necesidad más grande estaba en El Salvador. Decidí regresar a finales de enero, como lo había planeado inicialmente.

Los siguientes días fueron una confusión de noches de sueño interrumpido en el piso de la sala de espera de la unidad de cuidados intensivos, visitas que iban y venían, llamadas telefónicas, y sobre todo, de espera. Esperar, esperar, siempre esperar, al igual que como con mi madre. ¿Esperar qué? Esperar para ver si él estaría en capacidad de recobrar la movilidad de su lado derecho. Esperar indicios de que podría recuperar el habla. Esperar el informe de patología. Esperar que fuera trasladado a la sala de recuperación. Los días de espera se convirtieron en semanas. Esperar que mi padre volviera a casa. Esperar que terminara el tratamiento de radiación. Esperar la siguiente escanografía. Esperar los síntomas que indicarían que el tumor estaba creciendo.

Vivir con la espera, es una paradoja. Esperar el futuro tiende a no permitirnos vivir en el presente, pero aún

muriendo, mi padre me enseñó cómo vivir. Estuvo deprimido cuando cumplió 65 años en diciembre. Había esperado jubilarse con anticipación para que él y Donna pudieran servir como voluntarios. Pero se destrozaron sus sueños acerca del futuro. Tuvo que aprender a aceptarlo, antes de poder seguir adelante; una vez que lo logró, pudo experimentar la riqueza de cada día. Muchas personas nunca llegan a este punto.

"La esperanza perdurable no es algo innato, algo que poseemos al nacer", dice el teólogo alemán Jurgen Moltmann. "Ni la adquirimos sólo por experiencia. Tenemos que aprenderla".[19] Este teólogo explica que aprendemos la esperanza al obedecer al llamado de mantener nuestra causa en contra de la muerte y la desesperanza. Desesperarse es rendirse, es detenerse en el intento. Esto lleva a la desesperanza.

Aún aceptando lo inevitable de su muerte, mi padre necesitaba hacerle frente para vivir sus últimos días con esperanza y significado. Los salvadoreños, que estaban dispuestos a morir para que sus hijos tuvieran un mejor futuro, también aprendían a tener esperanza resistiendo la desesperación que amenazaba con destruirlos. Dorothee Soelle, otra teóloga alemana, lo expresa a su manera: "La lucha es una fuente de esperanza. No hay esperanza sin lucha".[20]

El dolor de la gente en El Salvador estaba tan presente en mi corazón, que no podía procesar la enfermedad de mi padre sin integrarla con el dolor de mis sufridos amigos. Me sentí aislada en mi proceso, separada de mis amigos en El Salvador e incapaz incluso de articular mi dolor en una forma en que aquellos que nunca habían experimentado el sufrimiento, pudieran entender. No escribí mucho en mi diario en esas semanas, pero lo que escribí fue significativo.

> Me resisto contra aquellos que actúan como si lo que le está sucediendo a nuestra familia fuera lo peor que le podría suceder. Sí, es triste y doloroso pero, ¿qué acerca de las personas que son cortadas en la aurora de sus vidas por falta de atención médica, o por la guerra, o por la represión; personas que nunca han tenido la oportunidad de crecer y desarrollarse porque son pobres y mueren de manera anónima?

También reflexioné sobre los milagros. ¿Estábamos en peligro de perdernos los milagros que Dios estaba realizando, por definir el milagro como una "sanidad sobrenatural"?

> Pablo, el anciano, dice, "Para quienes confían en Dios, ninguna tierra es estéril". Una parte de mi ser murió cuando el doctor dijo que el tumor era maligno y que no había podido extraerlo completamente. ¿Está muerta esa parte, desechada, eliminada para siempre? ¿O será como la semilla que cae en tierra y muere, y en consecuencia, produce muchas semillas?
>
> Aún cuando oramos por una sanidad milagrosa, me pregunto si hay algo más milagroso que Dios pudiera hacer que transformar en vida la muerte que permanece en cada uno de nosotros; transformar el sufrimiento en perseverancia, carácter y esperanza. La esperanza no puede brotar de nada tan malo como el sufrimiento, a menos que Dios esté vivo y activo, creando, a partir de aquello que significaba destrucción para nosotros, madurez y fortaleza.

En el mismo registro de mi diario escribí acerca de las interconexiones del sufrimiento. De nuevo recordé las palabras del anciano Pablo, arraigadas en la sabiduría que había alcanzado de la experiencia de la vida. "Nuestro sufrimiento es causado porque no todas las personas reconocemos que somos iguales ante Dios. Los grandes pisotean a los pequeños".

Pero las consecuencias de la entrelazada red de conexiones no son todas negativas. También experimenté el hecho de que vivir de manera interdependiente, como es la intención de Dios, nos capacita para lo que Dios quiere que vivamos. Yo pude ir a Bolivia mientras que mi madre estaba muriendo, porque otros en mi familia y en mi iglesia asumieron responsabilidades que de otra manera yo hubiera tenido que asumir. Ahora mi padre estaba habilitándome para continuar trabajando en El Salvador, permitiéndole a Dios satisfacer sus necesidades a través de otros. Y la cantidad de personas que lo apoyaban, lo facultaban para dejarme ir con la confianza de que no estaría solo.

Regresé a El Salvador el 24 de enero. Dejar a mi padre fue doloroso. Pero la presencia y la dirección de Dios me fortalecieron.

No estaba segura de qué esperar después de la confusión causada por la ofensiva militar y me sentí ansiosa

por lo que iba a encontrar. Mis papeles y las pertenencias que tenía en San Salvador estaban en buen estado, lo que era sorpresivo si se consideraba la forma como la guardia nacional había saqueado la casa, vaciando carpetas de papeles y esparciendo por todo el piso ropa, libros y fotografías.

Luego habían echado nuestras pertenencias en bolsas grandes de basura, las que luego llevaron a la jefatura de la guardia nacional. Gracias a la persistencia de los miembros del CCM, nos devolvieron la mayor parte de lo que se habían llevado (junto con un interesante surtido de diversos elementos de otras casas allanadas).

Recibí una maravillosa bienvenida al llegar de nuevo a Las Vueltas, después de tres meses de ausencia. "Sin ninguna duda éste es mi hogar", escribí. "La gente me ama y me acepta aún cuando no cumplo mis propias expectativas y tengo problemas para aceptarme a mí misma". Me tomó tres horas caminar las dos cuadras desde las afueras del pueblo hasta mi cuarto, mientras que la gente me daba una entusiasta bienvenida y me ponía al tanto de las noticias.

Poco tiempo después de regresar, ayudé a vacunar en Corral de Piedra, la última comunidad reestablecida por los refugiados procedentes de Mesa Grande, sin saber que menos de dos semanas más tarde, los helicópteros y los aviones de la fuerza aérea bombardearían la aldea, matando a cinco personas, cuatro de ellos niños, e hiriendo a otras 15. Llegué al pueblo inmediatamente después del bombardeo, justo cuando los aldeanos literalmente raspaban las últimas tiras de carne mutilada del piso y de las paredes, y cerraban los ataúdes.

Al día siguiente, aproveché la oportunidad de que alguien iba a San Salvador para ir y llamar a mi casa. Las noticias me causaron gran dolor. Mi padre había estado en el hospital durante una semana con neumonía. Había olvidado el impacto fuerte de las noticias procedentes de mi casa cuando un ser querido está entre la vida y la muerte. Al día siguiente, durante nuestro regreso a Chalatenango, los soldados nos detuvieron en el retén desde las 7:30 a.m. hasta las 3:30 p.m. Al momento de llegar a Las Vueltas, me sentía agitada y molesta.

Las siguientes semanas fueron ocupadas pero positivas. Entre tanto, llegó la noticia de que mi padre no se estaba recuperando bien de la neumonía. A pesar de

estar absorbida por la intensa vida diaria, periódicamente me encontraba llevada a mi otra realidad de manera súbita. Mi corazón se aceleraba cada vez inesperadamente llegaba un jeep a Las Vueltas. ¿Sería Cathy, una amiga y compañera de trabajo, que traía noticias de mi padre?

El jueves 11 de abril en la tarde, estaba sentada en mi cuarto terminando de preparar los últimos detalles del curso de salud que comenzaría el domingo. Al escuchar un carro, levanté la mirada y vi pasar la camioneta de la comunidad, con dos hamacas colgadas en la parte trasera, el corazón me dio un vuelco, alguien estaba herido o enfermo. Corrí hacia la clínica.

Algunos hombres de la aldea vecina habían encontrado una granada mientras estaban pescando. Pensando que estaba desactivada, uno de los hombres la golpeó con el machete, y la granada explotó. El murió y otros tres resultaron heridos. Las heridas de Teodoro, de 18 años de edad, eran graves; uno de sus ojos no se pudo salvar y el otro estaba tan inflamado, que era difícil predecirlo.

Separados por horas de cualquier centro de atención médica por carreteras polvorientas, tuvimos suerte al encontrar a un médico del FMLN dispuesto a brindarle atención médica de urgencia. Ordenó dos unidades de sangre para Teodoro y le operó el ojo. A la mañana siguiente, parecía que Teodoro se recuperaría sin complicaciones, pero cuando tomó sus primeros sorbos de agua, entró en choque. Las heridas en el abdomen parecían simples rasguños, pero una esquirla pudo haber penetrado. El doctor lo operó y le encontró dos perforaciones en el estómago. La operación le salvó la vida, sin embargo, tenía que ser hospitalizado tan pronto como fuera posible.

Eran las 4:30 p.m. cuando se colgó la hamaca a la parte trasera de la camioneta, para que comenzáramos así el viaje de cinco horas hasta San Salvador. Nunca había sentido tan larga ni tan llena de baches la carretera; me pregunté si Teodoro sobreviviría al viaje. Eran las 9:45 p.m. cuando llegamos al primer retén del ejército. Tan pronto como los soldados se dieron cuenta que nuestro paciente era un hombre joven, nos acusaron de estar transportando a un guerrillero herido y nos detuvieron por casi dos horas. La tortuosa respiración de Teodoro resonaba en mis oídos; finalmente nos dejaron continuar, pero entonces comenzó a llover; yo me pregunté qué más podría ocurrir. Pronto lo sabría.

Llegamos a la sección de urgencias del hospital a la 1:00 a.m., la madrugada del viernes santo. No acabábamos de entrar, cuando nos asediaron oficiales de la guardia nacional. Evidentemente, los soldados del retén habían enviado un mensaje por radio, avisándoles que estábamos en camino. Afortunadamente el personal de urgencias insistió en brindarle a Teodoro atención médica inmediata, así que por lo menos él iba a ser atendido mientras que la policía nos interrogaba a su padre y a mí.

Las acusaciones, aunque no explícitas, sí nos fueron comunicadas claramente. Teodoro era un hombre joven herido por una granada, así que tenía que ser un guerrillero. Yo era una simpatizante de la guerrilla porque lo había traído para brindarle atención médica. El hecho de que él hubiera sido operado por un doctor de la guerrilla confirmaba sus sospechas; la policía dijo que mantendría a Teodoro bajo vigilancia. Nosotros notificamos el hecho a la Cruz Roja a la mañana siguiente y regresamos al hospital, donde Teodoro se estaba recuperando exitosamente de otra operación.

Afortunadamente la historia de Teodoro tuvo un final feliz. Por último, la policía dejó de molestarlo, él se recuperó, y únicamente perdió un ojo.

El 26 de abril recibí una nota en la cual se me pedía que llamara a mi casa tan pronto como fuera posible; estaba en el pueblo de Chalatenango, así que llamé desde ahí. Después de hora y media de frustración esperando obtener comunicación, por fin pude enterarme que mi padre tenía neumonía otra vez y que el tumor estaba creciendo. Como estaba planeando viajar a los Estados Unidos en mayo, cambié la fecha y salí dos semanas antes.

Cuando llegué, mi padre había superado la crisis y estaba mucho mejor; nuestro último mes juntos fue especial. Al darme cuenta que yo no tenía los hechos de su vida relacionados en orden, le pregunté si estaría interesado en que yo los escribiera. El respondió muy entusiasmado.

Así fue como pasamos horas hablando y mirando viejos álbumes de fotos. También discutimos sobre su funeral y otros temas difíciles que yo no había podido enfrentar antes de salir en enero. Nuestro acuerdo en mayo cuando partí fue que yo trataría de regresar otra vez antes que él muriera, pero que él no trataría de aferrarse a la vida sólo por mí.

Escribí: "Por una parte, lucho contra el deseo de que el proceso de su muerte no sea demasiado largo, y por otra, poder disfrutar cada día como un regalo". Ver a mi padre me ayudó a saborear cada momento. Sí, era difícil ser inválido, sentado día tras día en una silla realizando su fisioterapia a pesar de la certeza de estar peleando una batalla perdida, siendo dependiente, dejando ir sus sueños. Pero también era primavera y disfrutó de los pájaros, de escoger las flores que quería sembrar, y de discutir sobre la huerta. ¿Quién era yo para decir que por la calidad de su vida no valía la pena seguir luchando?

Vivir con la certeza de que somos finitos enriquece el presente. La ilusión de tener el control de nuestro destino es lo que nos empuja. Mantener esa pretensión de autosuficiencia agota nuestras energías. Entonces, cuando las ilusiones se deshacen y caen las pretensiones, estamos en libertad para abrazar lo que la vida nos ofrece.

Vi esto en mi padre; lo veo en mis amigos salvadoreños. Las amenazas de muerte que ellos sufren resucitan en novedad de vida. Como dijo el teólogo jesuita salvadoreño, Jon Sobrino, en una entrevista: "[Los oprimidos] no toman la vida por sentada. Para quienes tomamos la vida como segura, la vida no puede ser objeto de esperanza.... En presencia de la muerte, la vida en sí tiene sentido".[21]

La condición de mi padre se deterioró durante mi última semana en casa y el día anterior a mi partida todavía estaba con la duda de si debía irme. Escribí: "No puedo escapar de los extremos. En este momento estoy tan cerca de la situación en que puedo volverme loca preguntándome si en verdad existe alguna diferencia entre un día y otro, o si tal o cual síntoma es significativo. Cuando salga, estaré en el extremo opuesto, sin saber nada. Tengo pavor de estar aislada de nuevo".

Finalmente me decidí por lo que había hecho en el pasado. Mi padre tenía otra ayuda disponible. No me necesitaba para estar seguro de recibir el cuidado adecuado.

De regreso a Las Vueltas me conmovió la compasión que la gente me demostró cuando les comuniqué sobre la enfermedad de mi padre. No desestimaron mi dolor por contrastarlo con el suyo. Habían sufrido lo suficiente como para comprender que las comparaciones eran irrelevantes.

Yo todavía no había aprendido esto años antes cuando hablé con mi padre acerca del sufrimiento. De acuerdo con un artículo que había leído en ese entonces, el "verdadero" sufrimiento proviene de la opresión. Otras experiencias pueden ser dolorosas pero no son sufrimientos.

La respuesta de mi padre dejó mis distinciones intelectuales aleteando inútilmente. "Yo sufrí cuando tu madre murió", declaró con voz temblorosa por la emoción.

No dijo nada más. Pero supe que estaba equivocada al permitir que tenues puntos intelectuales interfirieran con la compasión.

Chenta me preguntó por mi padre una mañana, a la hora del desayuno. Hablamos de mis luchas, y luego, de manera natural, empezamos a hablar de las de ella; compartimos de manera profunda y genuina.

"Cuando estoy sola en casa, frecuentemente paso todo el día llorando", me dijo ella con lágrimas en los ojos.

Una norteamericana de 32 años de edad afligida por la inminente muerte de su padre y una campesina salvadoreña de 45 años de edad afligida por la muerte de su marido y de sus hijos, encontramos un sentido común en lo profundo de nuestro dolor.

En las reuniones de CCM, en julio, leí un artículo desafiante acerca de las misiones. ¿Cómo encarnamos la vida en medio de aquellos a quienes estamos llamados a servir? Jesús llamó al boyante joven rico a dejar su seguridad financiera a cambio de la seguridad ofrecida por una comunidad de discípulos. ¿Qué nos dice eso a nosotros?

"Estamos llamados a compartir la suerte de los pobres, lo cual no implica que estemos exactamente en la situación de ellos", comentó una amiga. "Significa más bien que debemos poner nuestra energía y recursos a su disposición".

Estas discusiones prepararon el terreno para un inesperado hito en mi vida: el 19 de julio hice una promesa solemne de compartir la suerte de los pobres. Diecisiete promotores de salud fueron testigos. Esto fue lo que sucedió.

Yo estaba participando en un curso de capacitación básica para nuevos trabajadores en la salud. Una de las clases trató el tema de la relación entre la desnutrición y

la pobreza, así que comenzamos el día dando a cuatro participantes un desayuno especial de fríjoles refritos, huevos, queso y leche. El resto de los participantes recibió simplemente fríjoles y tortillas.

El resultado fue sorprendente; al principio nadie dijo nada; parecía que no habían notado la diferencia. Entonces una de las participantes que había recibido un plato especial notó que no todos tenían lo que a ella se le había servido. Inmediatamente les pasó su plato a los demás, casi suplicándoles que compartieran su plato.

Cortesmente se rehusaron a hacerlo, nada molestos por estar comiendo los sencillos fríjoles con tortillas que ellos comían todos los días en casa. Pero la mujer con el desayuno especial estaba confundida y se paseaba desesperadamente por toda la casa, cada vez más agitada por su posición. Las otras tres personas privilegiadas tomaron su desayuno en completo silencio; pensé que la discusión iba a fracasar.

Después del desayuno, comenzamos las clases del día. Ibamos a empezar con algunos anuncios preliminares, pero el corto tiempo entre el desayuno y la sesión fue suficiente para que los participantes empezaran a hacer comentarios. Se vio claramente que nada tenía prioridad sobre la discusión en cuanto al raro desayuno. Recorrí el salón con la mirada; una de las cuatro personas tenía la cabeza inclinada sobre su puesto y se negaba a hablar.

"Alguien la llamó rica", explicó uno de los participantes a su lado. Ser llamado rico es un insulto entre los pobres, quienes relacionan la riqueza con la injusticia y el egoísmo. Otro de los cuatro, Lencho, no se encontraba por ninguna parte. Uno de los coordinadores fue a buscarlo y regresó diciendo que estaba llorando en la calle y que se negaba a regresar a la clase.

Lencho tenía unos 18 años, y era un nuevo promotor que yo no conocía bien. Fui a hablarle. "No fue justo lo que usted hizo", me dijo, mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas. "Usted no tenía derecho de dar a unas personas más que a otras. Si no había suficiente comida buena, usted ha debido dividir la que había en partes iguales. Eso no fue justo".

Lo que pensé que sería una dinámica para hacernos reflexionar, estaba tomando un giro inesperado. Le expliqué que sólo era una forma de llevar al grupo a hablar

acerca de la desnutrición y la pobreza, pero aun a mí las palabras me sonaban huecas.

"Usted no sabe cuánto he sufrido", me dijo. "Crecí como huérfano en la calle, viendo a otras personas comer buena comida mientras que yo tenía que luchar para sobrevivir. No me hubiera molestado para nada si me hubieran dado sólo fríjoles y tortillas, pero yo no merecía el mejor desayuno. No fue justo que yo tuviera un desayuno especial. ¿Cómo voy a regresar y mostrar mi cara al grupo, sabiendo que no merezco lo que me comí?"

Hablamos durante 30 minutos y él nunca dejó de llorar; no lloraba de enojo o frustración, ni era un buen llanto que finalmente le permitiera expresar sentimientos reprimidos. Las lágrimas fluían como si la experiencia hubiera perforado un pozo de dolor que podía taponarse, pero que nunca se secaría. Me agobió la sensibilidad de su corazón y la profunda sensación de indignidad. Me pregunté qué había hecho.

Estando sentada con él, recordé la historia que me contó un amigo de una experiencia durante el período de orientación con el CCM. A dos personas se les dio una cena especial, a un gran grupo se le dio algo sencillo y a los demás arroz. Sucedió que una de las personas que recibió la cena especial era una mujer que había sido bastante pobre, obligada a luchar mucho para criar a su familia. Pero su respuesta fue bastante diferente de la de Lencho. En su reacción ella expresaba que ya había sufrido bastante; era tiempo de voltear la tortilla y disfrutar de una buena comida.

Quise que Lencho pudiera hacer un reconocimiento similar de justicia. Por el contrario, él continuaba repitiendo, "Yo no lo merecía, no lo merecía". La injusticia destruye a sus víctimas desde adentro y desde afuera, los encierra en una jaula y los convence que eso es lo que ellos merecen. Aun cuando se supriman las barreras que los atrapaban, las personas como Lencho se sienten tan indignas, que de manera fatalista aceptan que lo difícil de su situación es la voluntad de Dios.

La falta de autoestima y dignidad de Lencho como ser humano creado a imagen de Dios era tan profunda, que ni siquiera pudo aceptar un regalo de buena voluntad tan pequeño como un buen desayuno. ¿Cómo podía responder yo? Mi reacción cambió de una sensación de culpa

por haber tocado sus heridas, a enojo por la sociedad que lo había forzado a tal punto.

"Dios está enojado por el sufrimiento que tú has soportado", le dije. "Dios nos ama a todos por igual. Cuando alguien toma más de lo que le corresponde, dejándote a ti y a otros como tú, deambulando por las calles, Dios se enfada. Tu dolor está consumiendo tu espíritu; a menos que encuentres una salida constructiva, te destruirá; el enojo legítimo provocado por la injusticia es bíblico".

Lencho no respondió, pero pronto indicó que regresaría al grupo con la condición de que no tendría que hablar.

Regresamos a la clase. "Lencho se siente mal por haber recibido un desayuno que no merecía", dije yo. Miré el salón lleno de campesinos pobres. "Ustedes no merecían nacer en familias salvadoreñas pobres y yo no merecía nacer en una familia norteamericana rica. ¿Pueden entender lo mal que me siento, sabiendo que recibí algo que no merecía?"

Ellos movian sus cabezas. Afirmando que el desayuno especial nos había ayudado a superar algunas de las barreras culturales y de clase social que nos separaban.

Anteriormente habíamos hablado del hecho de que los pobres viven muy cerca y se necesitan el uno al otro. Sus vidas se relacionan y se entrelazan de manera natural. Por otro lado, los ricos se aislan viviendo independientemente detrás de muros y cercas.

Les recordé que los cuatro que habían tenido el desayuno especial no se hubieran sentido mal si hubieran comido por separado, porque habrían asumido que cada uno estaba comiendo el mismo tipo de comida. "Muchas personas ricas ni siquiera se dan cuenta de la miseria del pobre, porque sus caminos nunca se cruzan". Una vez más sentí que nos abríamos paso al entendernos el uno al otro.

Pero las normas que favorecen a los ricos y que refuerzan la victimización de los pobres son difíciles de romper. Cuando terminamos de almorzar ese día, la cocinera, sintiéndose muy mal porque yo no fui una de las cuatro personas que había recibido un desayuno especial en la mañana, me ofreció un segundo plato de sopa. Fui la única persona a la cual ella se acercó.

Mientras rechazaba el ofrecimiento de la cocinera, me sentí observada por una de las coordinadoras del grupo,

con quien yo había estado trabajando de cerca durante los últimos dos años. Ella se había dado cuenta del intercambio entre la cocinera y yo. Más tarde me dijo que ahora entendía por qué me había negado a estrenar mis nuevos tenis hasta cuando ella pudo reemplazar sus gastadas sandalias de caucho.

A raíz de la discusión de la mañana, Dios me había dado discernimiento para entender algo contra lo cual había luchado desde hacía dos semanas en nuestras discusiones en el CCM.

Compartí mis pensamientos con los promotores. "Yo no tengo cantidades de dinero, por lo menos comparándome con los demás norteamericanos, pero sí tengo recursos, educación, oportunidades, seguridad; no es justo que yo tenga muchos más recursos que ustedes, no los merezco.

"Pero tengo dos opciones. Puedo aislarme de ustedes de tal manera que no me sienta culpable, o puedo dedicar mis recursos para su beneficio. Hoy decido dedicarlos a ustedes".

De esta manera, me comprometí a compartir la suerte de los pobres. Esto fue una confirmación de la dirección que mi vida había estado tomando desde hacía un tiempo.

Dos semanas más tarde recibí otra nota en la que se me pedía que llamara a casa tan pronto como fuera posible. Puesto que de todas maneras tenía planeado ir a San Salvador al día siguiente, empaqué rápidamente mi maleta y salí esa misma tarde. El pronóstico médico era grave. La condición de mi padre se estaba deteriorando rápidamente, esta vez no por neumonía o cualquier otro problema secundario, sino por la presión en su cerebro.

Llamé de nuevo al siguiente día. Estaba inquieto y tenía dolores severos; mi hermana le colocó la bocina del teléfono en el oído. Le hablé y respondió con una entusiasta mezcla de palabras inentendibles. Más tarde me enteré de que, excepto por ese breve período de lucidez, él había estado todo el día indiferente. También pudo descansar luego de mi llamada. Parecía poder relajarse, una vez que supo que yo me había enterado que él estaba muriendo.

Compré mi pasaje para viajar a casa al día siguiente. No tenía ninguna garantía de lo que encontraría al llegar a casa. En mayo mi padre había estado mejor de lo

esperado, no parecía probable, pero quizás lo superaría de nuevo. Era difícil saber cómo prepararme psicológicamente, mientras vacilaba entre no querer encontrarlo muerto, y esperar que su agonía no fuera prolongada.

Hice una corta escala en Miami y aproveché para llamar a casa para confirmar mi hora de llegada. Fue entonces cuando me enteré de que mi padre había muerto a las 9:50 la noche anterior. Donna no había podido lograr comunicación con San Salvador. Aislada y sola en un aeropuerto lleno, traté de llamar a cinco o seis amigos diferentes, pero era domingo en la tarde en tiempo de verano y nadie estaba en casa. Me senté, luchando por contener las lágrimas; supe con qué estaba tratando, pero quizás, después de todo, hubiera preferido no enterarme todavía.

La siguiente semana fue una confusión de planes para el funeral, decisiones y personas. Anhelaba estar en soledad y me sentí aliviada de poder pasar algunas semanas en el convento de la Casa Madre Loretto en Kentucky, el mismo lugar en donde había hecho mi retiro en octubre; estaba contenta de tener un lugar apacible donde poder leer y escribir. La idea de escribir un libro se me había presentado inesperadamente en enero, y tenía la sensación de que escribir sería parte de mi proceso de sanidad.

Aunque se me había ocurrido que la pérdida de mi padre sería diferente de la de mi madre, me tomó por sorpresa la cantidad de pérdidas enlazadas que venían juntas. Un capítulo de mi vida se había terminado, el capítulo donde yo era la hija cuidada por mis padres, donde "hogar" era un lugar específico, donde mi padre me unía a mis hermanas y a la iglesia de toda mi vida.

El capítulo que acababa de terminar ya había estado en camino de cerrarse, pero la transición normalmente es gradual, los roles cambian cuando los hijos adultos llegan a cuidar a sus padres ancianos. El tiempo había redefinido a Springfield, del lugar donde me sentía segura de "pertenecer", al lugar donde simplemente me crié. Mi sentido de hogar ya estaba en transición cuando mi padre se enfermó. Así que aún cuando lamentaba mi pérdida, no estaba segura de si lamentaba el recuerdo de lo que había tenido, un ideal de lo que hubiera querido tener, o una realidad concreta.

Aquellas tres semanas en Kentucky fueron renovadoras. Sin embargo, no sentí mi pérdida sino hasta cuando llegué a El Salvador. Estar con amigos que habían cami-

nado conmigo a través de los meses de espera, me ayudó a bajar las defensas emocionales. Tratar de volver a la vida "normal" me recordaba que había algo que estaba terriblemente mal.

Reconocí la necesidad de vivir un proceso de duelo, pero las responsabilidades del trabajo y la posibilidad de otra ofensiva militar mantenían mis sentimientos refrenados. Una anotación en mi diario en octubre registra mis pensamientos.

> Hoy hace dos meses que mi padre murió. Siento mis emociones sumergidas, a pesar de que creo que podrían salir a flote si tuvieran la oportunidad. Pero, ¿dónde está la oportunidad? Sobrevivir exige mantenerse hacia adelante constantemente. El presente lo consume todo. Crear el espacio para lamentar el pasado, requiere esfuerzos específicos.

Quise aprender lo que Dios quería enseñarme a través de mi dolor. La tristeza era una emoción tremendamente agobiante durante ese tiempo; mi propia tristeza me hizo más sensible al dolor de otros; sentía como si la tristeza estuviera penetrando en mi vida como una lluvia torrencial, hiriendo profundamente y erosionando mi corazón.

Pero si esto era lo que Dios tenía para mí, quería abrazarme a ello. Estoy agradecida con una amiga que me recordó que, si bien nosotros aprendemos del dolor y el sufrimiento, también tenemos el derecho bíblico de oponernos a ellos. Dios desea el gozo y la plenitud para nosotros; podemos reclamarlos al mismo tiempo que aceptamos lo que vamos aprendiendo de las experiencias de la vida.

Me sentía deshecha y agotada en el mes de noviembre, entonces tomé dos días libres en San Salvador. Estaba bien mientras me mantenía ocupada, pero tan pronto como descansaba me sentía exhausta y deprimida. No era sorprendente que noviembre fuera difícil. La cirugía de mi padre había sido hacía exactamente un año, los cumpleaños de mi padre y de mi madre eran ambos en los primeros días de diciembre, y la Navidad siempre trae recuerdos. La intensificación de la actividad militar ese noviembre fue emocional y físicamente agotadora. Me di cuenta que necesitaba tomar medidas específicas para responder a mi tensión.

14

Viviendo las Contradicciones

Fui a los Estados Unidos de vacaciones por dos semanas, siguiendo mi instinto, fui al convento de la Casa Madre Loretto en Kentucky. Había estado allí en dos ocasiones y sabía que era un lugar de oración y tranquilidad. Cinco meses después todavía estaba ahí, escribiendo este libro.

Enero fue particularmente significativo a medida que trataba con mi impotencia, mi enojo y mi tristeza.

14 de enero de 1991

Llegué a la Casa Madre Loretto el domingo en la tarde. Ya sé que éste es el lugar donde podré comenzar a trabajar honestamente con la oscuridad. Una amiga sabia entendió rápidamente lo que yo estaba tratando de expresar; ella identificó el elemento de enojo, en el cual yo no había pensado como tal, estoy segura que ella tiene razón al opinar acerca de mi necesidad de sacar a la luz ese sentimiento.

Fue espantoso permitirme a mí misma experimentar la oscuridad. No podía ver, no entendía. Me tranquilizó el Salmo 97:2, el cual describe a Dios rodeado por espesas nubes y oscuridad. Tenía que estar dispuesta a entrar en la oscuridad en mi búsqueda de Dios. También me inspiró Job; en el capítulo 23, él afirma: "El Omnipotente me tiene aterrorizado. Aún no me ha callado la oscuridad, la

espesa oscuridad que cubre mi rostro". Job no se dio por vencido en su terror. Yo tampoco debía.

18 de enero de 1991

El martes en la mañana traté de identificar mi enojo, que era nebuloso y vago. Estaba en el bosque cerca de la laguna, pensando en el temor; no sentí miedo de morir cuando estuve atrapada en medio del ataque del 20 de noviembre, pero sí temía morir innecesariamente. No quería que mi muerte fuera inoficiosa. De repente entendí, mi enojo se debía a mi propia impotencia.

Me sentí impotente e incapaz de enfrentar el dolor y la muerte. Hice crugir pequeñas ramitas rompiéndolas a medida que las lágrimas de frustración brotaban de mis ojos. Pero las ramitas no eran suficientes. Alcé una rama grande y la golpeé contra el suelo; luego encontré otra y la hice añicos contra el tronco de un árbol; luego otra y otra. Fue un desahogo perfecto para mi rabia. Me tomó por sorpresa la fuerza de mis sentimientos, pensé que podría trabajar hasta agotarme y aún dar mi vida, pero nunca sería suficiente.

Durante los siguientes días reflexioné en Jesús y la impotencia que debió sentir en la cruz. ¿Cómo podía pasar de la oscuridad, el enojo, y el miedo al otro extremo, donde la impotencia da lugar al poder de Dios?

Una vez que el enojo pasó, me llené de tristeza.

18 de enero de 1991

Ayer me desperté sintiéndome triste. Hay demasiada tristeza en este mundo y ahora estamos en guerra en el Golfo Pérsico; pienso que Dios debe sentirse igualmente triste.

Una amiga hizo una importante distinción entre la tristeza y la depresión. Ella dijo que los cristianos sensibles al dolor de Dios por la condición humana sentirán tristeza. Normalmente podemos soportar la tristeza sin ser subyugados por ella. La depresión se da si la tristeza llega a ser tan grande que nos agota.

Se me ocurrió que mientras el enojo necesita ser transformado en energía creativa, con la tristeza se necesita hacerse amigo de ella. La tristeza la llevaré siempre conmigo, hasta cierto punto. Necesito abrir los estrechos canales de mi corazón de tal manera que la tristeza pueda atravesar mi vida, fluyendo hacia el corazón de Dios.

La impotencia era un hilo común cuando pensaba en el enojo, la compasión y la espera. Me enojaba ante mi propia incapacidad, que me impedía acompañar de manera compasiva a la gente en su dolor. Era más fácil retirarme. Esperar también tenía connotaciones negativas. Identifiqué esperar con no hacer nada.

21 de enero de 1991

Esperar es difícil. Hubo casi un alivio cuando estalló la guerra en el Medio Oriente, porque por fin había terminado la incertidumbre. Había ocurrido lo inevitable. ¿Cuánta destrucción habremos causado simplemente porque cualquier acción era mejor que la "impotencia" de la espera?

Pero Dios nos llama a esperar. Esperar en Dios implica descanso y fortaleza. "Es bueno esperar sosegadamente la salvación del Señor".

Durante los últimos meses en El Salvador, me había sentido golpeada por la injusticia, la violencia y el dolor. Sintiendo la realidad de la maldad, yo no podía mantener una perspectiva ingenua de la vida.

23 de enero de 1991

Habiendo desechado la ingenuidad, ¿cómo puedo aún abrazar la vida como buena y como un don de Dios? ¿Cómo puedo aceptar que el mal existe y todavía sorprenderme por él?

Me acuerdo del carro de Cathy. Lo pedí prestado, esperando que no encendería en la mañana, así que cuando prendió inmediatamente, me sorprendí gratamente. Pensé que quizás debería esperar de la vida lo mismo, estar preparada para lo malo y sorprenderme por lo bueno. Pero eso no es lo que yo quiero, deseo pensar que la vida es buena porque esa es la forma como Dios propone que sea.

Supongo que lo que estoy diciendo es que quiero arriesgarme con esperanza, no con la cándida presunción de que la vida debe ser fácil, sino con la elección consciente de dejarme sentir afectada por la maldad que yo sé que existe.

A medida que me puse en contacto con mi aflicción, me di cuenta que no sólo estaba lamentando la muerte de mi padre sino también mi impotencia y mi pérdida de la inocencia.

26 de enero de 1991

La aflicción incluye la desilusión, los momentos de sentirse impotente,

la duda en uno mismo, la inseguridad, la separación. Me aflige no ser quien quisiera ser. Me desilusiono conmigo misma cuando no cumplo con mis expectativas. Deseo tanto hacer lo correcto, hacer lo que es más útil, llegar hasta la raíz de los problemas y no sólo aplicar pequeños vendajes superficiales.

Era difícil ser paciente y permitirme a mí misma el tiempo que necesitaba. Una vez que tengo cierto discernimiento sobre un problema, tiendo a pensar que debe solucionarse de inmediato. Me sentía culpable por el lujo de tomarme tiempo y espacio para reflexionar.

28 de enero de 1991

Hay demasiado trabajo por realizar. ¿Cómo puedo justificar el tiempo para reflexionar cuando hay otros que lo necesitan más que yo? Es difícil ser tierna conmigo misma.

Aquí estoy, en la Casa Madre Loretto, un ambiente impregnado con el calor de la madurez y la oración. ¿Por qué tengo el privilegio de estar aquí? Intelectual y teológicamente, me digo a mí misma que esto es un regalo de la gracia de Dios, que no puedo explicar. Sólo puedo aceptarlo con un corazón agradecido. Creí que eso era lo que estaba haciendo, hasta el otro día, cuando Susana masajeó suave y tiernamente los nudos de mi espalda y mi cuello.

Cuando ella salió, lloré durante varias horas. ¿Por qué era tan difícil recibir calor y afecto? Dolorosamente estaba consciente de que no puedo ser benévola con otras personas si no lo soy conmigo misma, y cuando soy violenta conmigo misma, también lo soy con otras personas.

A medida que manejé mis emociones, la tensión física que había estado sintiendo en mi pecho se acentuó más, o por lo menos, se hizo más obvia. Recordé cuando estuve sentada en el hospital, esperando al cirujano después de la operación de mi padre; finalmente el doctor llegó y supe que en un minuto la espera terminaría. Mi corazón se endureció, preparado para cualquier cosa.

29 de enero de 1991

He estado tratando de ablandar mi corazón. Levanté barreras para protegerme, para excluir el dolor del centro vulnerable de mi ser. Irónicamente, ese mismo hecho de autoprotección ahora me está asfixiando, la coraza tiene que ser desarmada.

Cuando permito que caiga la coraza que oprime mi corazón, y descienda a lo profundo de la oscuridad, descubro que hay otra

realidad más profunda. Comienzo a percibir no una luz que brilla, sino una incandescencia que alumbra. Un calor como la aurora, aguardando con esperanza para transformar la noche. Entonces sé que aún la oscuridad está circundada por la ternura y la misericordia.

Cuando me trato a mí misma con la misma bondad y misericordia con la que Dios trata nuestro mundo, en menor medida circunscribo la oscuridad de mis debilidades, dolores, dudas e inseguridades. Ellos no desaparecen, pero sus límites están definidos por la ternura; dentro de los límites de mi propia oscuridad hay espacio para el dolor, la duda y el miedo de otros.

30 de enero de 1991

Esta mañana me imaginé un alicate de presión, el rojo que está atornillado a la mesa de trabajo del taller de mi padre. Sentí mi corazón comprimido entre los dientes metálicos del alicate, pero luego el alicate fue reemplazado por unas manos tiernas, manos que proveían seguridad y apoyo, sin oprimir. Ellas me brindan lugar a medida que mi corazón se ensancha, permitiéndome espacio para crecer y madurar. Imaginé el alicate de presión aflojando y los extremos que apretaban, deshaciéndose, superados no por la fuerza, sino por mi rendición ante ellos.

Los meses en Kentucky pasaron rápidamente mientras escribí y disfruté de la compañía de las hermanas. Los signos graduales del paso del invierno a la primavera reflejaban el despertar que sentía en mi corazón y en mi alma.

Mi tiempo de escribir y reflexionar de manera concentrada estaba finalizando. Mi último domingo en la tarde me senté en el bosque cerca del lago, disfrutando de la sencilla serenidad y escribiendo en mi diario. "Tomó varios meses relajarme", escribí; "Me pregunto por cuánto tiempo me sentiré así una vez que regrese a El Salvador".

Estaba terminando la frase cuando alcé la mirada y vi un arco iris completo, tan claro y brillante, que se reflejaba en el lago. Me tranquilicé al pensar en el arco iris como en un símbolo de esperanza y de promesa. Las lágrimas y la oscuridad no son eliminadas, pero la luz reflejada en las lágrimas produce un caleidoscopio de color.

Regresé a El Salvador a comienzos de junio. Estaba preocupada por el regreso. ¿Perdería la perspectiva de nuevo? ¿Sería tierna conmigo misma y con otros en medio

de la realidad cruel de la guerra y la opresión? Cinco meses más tarde, estoy celebrando el hecho de que el proceso de sanación continúa.

23 de noviembre de 1991

Ayer mi mente divagaba mientras viajaba. Me sentí contenta y relajada. De repente vino a mi mente una pregunta: ¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde que me siento tan bien? En noviembre pasado estaba luchando contra la reciente muerte de mi padre y contra la intensificación de la actividad militar. El noviembre inmediatemente anterior, justo cuando había cancelado mis compromisos de charlas debido al agotamiento emocional y físico, me enteré de que mi padre tenía un tumor cerebral. ¡Por lo menos dos años han pasado desde que me he sentido genuinamente relajada y sana!

Me di cuenta que no podía identificar exactamente cuándo comenzó o cuándo finalizó la oscuridad. Pero, ¿había terminado? Quizás había cambiado mi percepción. Hacía un año, la oscuridad me rodeaba con desesperación. Entonces me sentía agobiada y asfixiada por la pesadez. Ahora percibo los aspectos positivos de la oscuridad; pienso en una semilla enterrada en la negrura de la madre tierra, sus tiernas raíces extendiéndose hacia abajo en busca de nutrientes y fuerza, pienso en la oscuridad de la noche y en el descanso; pienso en el oscuro silencio del útero de la madre mientras una nueva vida toma forma. Me siento tranquila. Ambos aspectos de la oscuridad son reales. La contradicción me impacta.

El hilo de las contradicciones avanza entretejiendo mis experiencias en Latinoamérica. He luchado con ser pacifista menonita norteamericana, con la seguridad de una educación y el apoyo de otros, mientras trabajo al lado de los pobres y los católicos en El Salvador, un país destrozado por la guerra.

En ocasiones, he deseado poder vivir en un mundo o en el otro, en lugar de tener que hacer un puente entre lo que parecen ser dos mundos diferentes. Pero a medida que reconozco las contradicciones y trabajo por integrar mis experiencias, descubro que las dicotomías y las distinciones que dividen "mi mundo en El Salvador" de "mi mundo en los Estados Unidos", son falsas. En realidad, estoy siendo extendida entre los polos de un solo mundo creado por Dios como una unidad, pero cortado y dividido

por los seres humanos a medida que competimos por el poder y el control.

Parker J. Palmer escribe, "De manera valiente llegué a ser un polo de oposición; viva la contradicción. Las falsas cruces desaparecerán mientras que aquellas que debemos aceptar permanencerán allí en medio de nuestras vidas, halándonos a la derecha y a la izquierda, hacia arriba y hacia abajo, hasta llegar a abrirnos en nuestro verdadero centro, un centro donde somos uno con Dios, un centro que únicamente encontraremos en el camino de la cruz".[22]

Vivir las contradicciones resulta doloroso. Preferiría resolverlas vivendo en el punto medio de ellas. Quiero llenar el orificio que se forma cuando me extiendo entre los polos, y no dejarlo vacío, pero el centro pertenece a Dios. Es un espacio santo en lo profundo de mi alma, donde Dios puede venir a habitar.

En su libro *Una Espiritualidad de Esperanza*, Segundo Galilea escribe: "La esperanza cristiana....es la diferencia entre la vida como un absurdo y la vida como un misterio".[23]

Buitres y mariposas, lo bueno y lo malo, la vida y la muerte. Vivir los polos de la contradicción es un misterio que nos da la vida.

NOTAS

1. Mary Jo Leddy, *Reweaving Religious Life* (Mystic Conn.: Twenty-Third Publications, 1991), p.126.
2. LTCA. J. Bacevich, LTC James De Hallums, LTC Richard H. White, LTC Thomas F. Young, "La Política Militar Norteamericana en las Pequeñas Guerras: El Caso de El Salvador", Marzo,1988, p.3.
3. Ibid. p. 13.
4. Alfonso Chardy, "Los Estados Unidos usarán a Centroamérica para probar la doctrina de 'paz violenta'", *Miami Herald*, Octubre 1, 1986.
5. Jack Nelson-Pallmeyer, *War Against the Poor, Low Intensity Conflict and Christian Faith* (Maryknoll, Nueva York, Orbis Books, 1989), p.31.
6. John Howard Yoder, *La Política de Jesús* (Eerdmans, 1979), p.150.
7. Thomas Merton, *New Seeds of Contemplation* (Norkfolk, Conn. New Directions, 1961), p. 151.
8. Ibid. p. 14.
9. Ibid. p. 72.
10. Ibid. p. 47.

11. Anthony de Mello, *The Song of the Bird* (Garden City, N. J. Image Books, 1982), p.8.

12. Tom Barry, *El Salvador Country Guide* (Albuquerque, NM. The Inter-Hemispheric Education Resource Center, 1990), p. 109.

13. Thomas Merton, *New Seeds of Contemplatio*n, p. 71.

14. Albert Nolan, *God in South Afric*a (Grand Rapids: Eerdmans, 1988), 67.

15. Arturo Paoli, Gather Together in My Name (Maryknoll, N.Y. Orbis Books, 1987) p. 60.

16. John Howard Yoder, *Política de Jesús*, p. 146.

17. Albert Nolan, "Tomar Partido", edición especial 2, año 3, p. 10.

18. Albert Nolan, *God in South Africa* (Grand Rapids: Eerdmans, 1988), p.104.

19. Jurgen Moltmann, *Experiences of God* (Filadelfia: Fortress Press, 1980), p. 19.

20. Dorothee Soelle, *To Work and to Love: A Theology of Creation (Filadelfia: Fortress Press, 1984), p. 161.*

21. Entrevista con Jon Sobrino, "El Amor Más Grande", *Sojourners Magazine*, Abril, 1990.

22. Parker J. Palmer, "El Camino de la Cruz", *Weavings*, Marzo/Abril, 1991, p.20.

23. Segundo Galilea, A Spirituality of Hope (Maryknoll, N.Y., Orbis, 1988), p. 17.

La Autora

Susana Classen nació en Springfield, Ohio. Es la menor de tres hijas, y creció al calor de un hogar estable. El compromiso de sus padres con la participación activa dentro de la iglesia, influenció grandemente su infancia.

Asistió a Eastern Mennonite College entre 1975 y 1979, donde obtuvo el título en enfermería. Después de graduarse, Susana trabajó en un hospital durante un año, y luego, aceptó un voluntariado con el Comité Central Menonita en Bolivia. Vivió en una aislada aldea boliviana por dos años, antes de trasladarse a El Salvador en 1984.

Ocho años más tarde, Susana continúa considerando que El Salvador es un país exigente, pero a la vez de mucha satisfacción. Su trabajo en salud le proporciona una variedad de oportunidades para identificarse con personas cuyas vidas han sido desgarradas por la pobreza, la opresión y la guerra.

Susana es miembro de El Círculo de Apoyo, una comunidad de 16 mujeres menonitas solteras, comprometidas en apoyarse mutuamente en su trabajo con los pobres.

DATE DUE

HIGHSMITH # 45220

At Goshen
M 4 L

M B C614cS 1996
Classen, Susan.
Vivendo las
contradicciones

DATE	ISSUED TO

M B C614cS 1996
Classen, Susan.
Vivendo las
contradicciones

HECKMAN
BINDERY INC.
JULY
Bound-To-Please® N. M
IND

GOSHEN COLLEGE - MENNONITE HISTORICAL LIBRARY
3 9310 02005984 4

GAYLORD S

Viviendo las Contradicciones

ENTRE BUITRES Y MARIPOSAS

Susana Classen y sus acompañantes se esfuerzan, en medio de las balas y las bombas, por llegar a un sitio seguro, entonces:

"Justo antes de Guarjila vimos una docena de buitres. Yo los ví desde lejos y tuve temor de encontrarnos con otro cadáver en la carretera... A medida que nos acercábamos, los buitres volaron con renuencia hacia una cerca. Entonces, descubrí cientos de mariposas amarillas y blancas paseándose en el mismo lugar. Y nosotros pasamos por en medio de su gracioso vuelo".

Classen comparte su búsqueda de sentido en medio de las contradicciones de la vida y la muerte, simbolizadas por los buitres y las mariposas.

Los buitres oscurecen una década que comienza con la muerte de su madre, la encuentra en la agonía de El Salvador, y termina con la muerte de su padre.

Pero también las mariposas danzan cuando Classen encuentra en la oscuridad, a un Dios que transforma la muerte en vida y la debilidad en fortaleza.

PORTADA: Pintada por una cooperativa salvadoreña de artesanos

CLARA SEMILLA

ISBN 958-95947-0-0

9 789589 594704